

Cuba, por lo menos la Cuba íntima, la que yo conocí en parte, era un país singular. Había algo de surrealismo en la conducta de las clases que se hacían llamar dirigentes. Yo salí de Cuba pocos días después del asalto al Moncada y me instalé en Miami en agosto de 1953. Pensé que mi exilio duraría, a lo más, unos seis meses. Grave error. Han pasado 47 años y todavía no he vuelto a vivir en mi país de manera permanente. De hecho, **no he regresado**. Ni creo que regrese nunca. Debo confesar que el exilio fue para mí una especie de liberación. Pude dedicarme con tiempo a lo que fue siempre mi pasión, es decir, la lectura. Yo nunca he sido un escritor sino un lector.

Durante los años que estuve en Miami, hasta la caída de Batista, me enteré de cosas sorprendentes. Por ejemplo, Carlos Prío, con la venia de Batista, siguió cobrando \$400,000 anuales que era la parte del botín que le había tocado en el negocio de las mieles. Batista no puso obstáculos a la entrega anual de ese dinero. De modo que teníamos un presidente constitucional depuesto por un golpe de estado, que vivía en el exilio y se dedicaba a conspirar contra el gobierno de Cuba y hasta anunciaba que pronto estallaría una revolución en la isla... y cobraba un dinero anual con la anuencia del mismo gobierno. Y nadie se asombraba.

Algo más. Todos los representantes y senadores del disuelto Congreso de la República, con dos o tres excepciones de honor, siguieron cobrando sus sueldos. Es decir, conspiraban contra Batista y recibían su cheque mensual. El hermano del presidente depuesto, su hermana, y un cuñado, que también era legislador, seguían cobrando. No sé hasta qué punto siguieron recibiendo sus cheques. Los periodistas que estaban exiliados entonces en Miami, que eran pocos, recibían todos los meses el producto de los puestos que habían tenido durante el gobierno de Prío. Para mí, aquello fue una sorpresa. Nunca lo entendí. No se puede negar que Batista fue generoso con aquellas gentes. Tal vez disfrutaba humillándolos.

¿Fue Miami, realmente, el centro de una conspiración para derribar al gobierno de Batista? Nunca, en ningún momento, yo vislumbré la menor señal de seriedad en todo lo que se hacía. Todo era fraudulento. Aunque hubo algunos infelices que lo tomaron en serio y pagaron con sus vidas. Recuerdo el caso de Ricardo Artigas, que había sido director de la lotería en el gobierno de Prío y había salido de Cuba, en 1952, con unos tres millones de pesos, según me contaba. Artigas vivió todo el tiempo convencido de que el **presidente Prío** iba a desembarcar en Cuba al frente de sus tropas para recuperar el gobierno. Todos los meses Artigas mandaba a buscar a La Habana a un brujo que le tiraba los caracoles. Inclusive un día Artigas me llevó a su casa y me dijo que me iba a enseñar algo. Entró en la habitación y al poco rato salió con un uniforme que se había mandado a hacer y que era una especie de coraza.

—¡Mi hermanito, no le entran ni las balas! —me dijo orgulloso.

Era su equipo para el desembarco.

Vivía Artigas tan pendiente de Cuba que todas las semanas mandaba a buscar unos sandwiches a un restaurante de La Habana y muchas veces tenía la gentileza de llevarme algunos a mi casa. Era un hombre bueno e ingenuo que veía por los ojos de Prío.

—Ricardo, entrégale tres mil dólares a Fulano para una acción... —le decía Prío a Artigas. Y Artigas corría al banco, sacaba el dinero y se lo entregaba misteriosamente al personaje. Estaba convencido de que él era el tesorero de una gran conspiración. Con los años, Artigas quedó arruinado y se tuvo que meter a bolitero. Murió en Tampa trabajando de cocinero.

Todo lo ocurrido en Miami, a partir del golpe de estado de Batista, fue, en rigor, una farsa. Nunca existió una conspiración seria. Prío disfrutaba simulando que estaba conspirando. Un día me dijo lo siguiente: “¡Yo obligué a Batista a sacar el sable!” Y lo decía con orgullo. Como si hubiera sido una estrategia admirable simular la existencia de una conspiración para tener a Batista nervioso todo el tiempo y obligarlo a estar siempre en estado de alerta... y asesinando gentes.

Hay muchas historias, a lo largo de aquel período de 1953 a 1959. Algunas muy tristes, porque hubo sacrificios de vidas.

Ya en 1955, a mediados de aquel año, cuando Castro y sus gentes son amnistiados por el gobierno de Batista, Prío se queda aislado en Miami. Invento entonces la tesis de regresar a Cuba. Yo hablé con él dos o tres veces y me dijo que estaba realmente dispuesto a buscar la paz. A los guapos de su grupo les decía que se trataba de una nueva estrategia.

Pero, en realidad, Prío tenía miedo de regresar. No estaba seguro de cuál sería la actitud de Batista. En una reunión que tuvo conmigo en la casa de Artigas me pidió mi opinión. Yo le dije que lo correcto era regresar.

—¿Qué gestión tú podrías hacer para establecer un contacto serio con Batista? —me preguntó.

—Lo único que se me ocurre es llamar a Sergio Carbó y que éste le sirva de intermediario con el gobierno...

Le gustó la idea. Llamé a Carbó. Al día siguiente estaba en Miami y se reunía con Prío en la misma casa de Artigas. Yo estuve presente. Casi le suplicó a Carbó que hiciera algo para ver cómo se podía resolver el problema. Almorzamos. Después yo llevé a Carbó al aeropuerto.

—¿Qué le pareció la entrevista? —le pregunté a Carbó.

—Yo no creo nada de lo que me dijo. Lo conozco bien. Dile que yo no me meto en eso... —me dijo.

Cuando le conté la cosa a Prío se derrumbó. Entonces le sugerí llamar a Miguel Angel Quevedo y éste, superando su temor a los aviones, voló a Miami.

Otra vez la misma escena en el mismo lugar. Prío juraba por todos los santos que él quería la paz. Que estaba cansado, inclusive que estaba arruinado, lo cual era falso. Miguel aceptó convertirse en mediador. A los pocos días me llamó Miguel por teléfono desde su oficina en La Habana.

—Dile al hombre que hable extensamente con Batista y que éste está dispuesto a todo con tal de que Prío entregue las armas que tiene escondidas en La Habana...

Llame a Prío por teléfono y le transmití el recado. Entonces se enfureció y daba gritos en el teléfono:

—¡Es una cabronada de Batista! ¡Yo no haré eso nunca! ¡Es un miserable!

A los pocos días leí en la prensa de La Habana que la policía había ocupado un cargamento de armas en la calle Lindero. Después, al día siguiente, ocuparon otras armas. Era obvio que Prío había entregado las armas. Entonces le anunció a la prensa que iba a regresar no recuerdo que día de agosto. El día que estaba señalado para el regreso me mandó un recado porque quería verme. Me reuní con él en la casa de Artigas.

Lo encontré completamente abatido. Parece que padecía de unos accesos de depresión muy fuertes. Se derrumbaba.

—No voy... —me dijo.

Yo no tenía mucha confianza con Prío. Pero tampoco sentía mucho respeto por él. Aquel juego tan estúpido en que me había utilizado comprometiéndome con Quevedo, me produjo una cierta indignación. Creo que le dije varias cosas desagradables.

Esa misma tarde agarré el automóvil y me marché para Key West para pasar unos días. Cuando iba por el puente de las siete millas oí que la radio de La Habana anunciaba que Prío había regresado a Cuba.

¿Qué había pasado? Me imagino que él había realmente entregado las armas y sus “conspiradores” en Cuba se habían dado cuenta y estaban indignados con él. Había sido, en realidad, una traición. Temeroso de la reacción de sus gentes, había decidido suspender el viaje. Después de la reunión conmigo no sé qué paso. Probablemente convenció a los tipos de que todo se trataba de una

jugada y de que él iba a encabezar la rebelión, etc.

Regresó a Cuba. Hizo declaraciones a la prensa. Se reunió con algunas gentes. Habló de política, etc. Con el propio Quevedo le mandó un recado a Batista sugiriendo que éste debía **indemnizarlo** con cinco millones de dólares por los gastos que había tenido con su gloriosa conspiración. Me lo contó Quevedo. Batista se indignó porque lo único que no se le podía mencionar a Batista era la palabra dinero.

Por mi parte, yo regresé a Cuba, con mi mujer y mis dos hijos, creo que en septiembre. Pocas semanas después se me apareció Miguel Quevedo en mi casa.

—Mira, Luis, Batista me llamó y me dijo que Prío había salido de la finca en el baúl de un automóvil para entrevistarse con unos cuantos gangsters en una casa del Vedado. Yo le dije a Batista que yo no garantizaba más la conducta de Prío y que hiciera lo que mejor le pareciera.

Yo no tenía contacto con Prío en La Habana. Pero para mí, conociendo al personaje, era evidente que los gangsters le habían metido miedo, él habría insistido en su tesis de la nueva estrategia de lucha, los tipos no habían tragado la excusa y ahora Prío estaba en un callejón sin salida.

Así fue. Al poco tiempo, se apareció en su finca el jefe de la policía, lo agarró por un brazo, lo llevó al aeropuerto y lo mandó para Miami sin muchas ceremonias. Le permitió que se llevara el cepillo de dientes. Prío desembarcó otra vez en Miami con la cara muy seria y no dijo nada.

Así era aquel pobre país. Sin darse cuenta, aquellos personajes, Batista, Prío, y los otros, todos los cuales se habían dedicado durante años a saquear al país, eran surrealistas.

**G**astón Baquero murió el 15 de mayo de 1997. En Madrid. Y dos días después apareció en *El Mundo* un artículo de Francisco Umbral, uno de los periodistas más famosos de España, hablando de Gastón.

¿Qué dijo Umbral? Vamos a ver, voy a tratar de hacer un resumen. En primer lugar, antes de avanzar en el juicio sobre el muerto, Umbral describe a Gastón como un tío Tom. Es un hombre escapado de *La Cabaña del Tío Tom*. Tenía la elegancia del mulato grande. Sus abrigos holgados los había heredado de un marqués más grande que él. Era embajador plenipotenciario de las repúblicas mulatas de la intemperie. Periodista sin periódico y poeta sin musa. Iba por las redacciones de periódicos mendigando colaboraciones. Y lo hacía con la altivez de los negritos buenos.

Es decir, para Umbral, el poeta Gastón Baquero no era otra cosa que un negrito bueno. Y algo más. Un intelectual de Batista. Era un gusanito de los que hacían cola en el auxilio social. Un negrito que vivía del caldillo de los cuarteles y la sopa de los conventos. Y todo esto mientras hacía de gacetillero literario. Era el Baudelaire de la negritud.

Entonces Umbral nos dice que Baquero ha muerto. Pero no sabe cuándo. No vale la pena. “Ha muerto tal que ayer o anteayer, en Madrid . . .”, dice. No sabe. Y entonces el ibero cuenta como era que Baquero tenía en La Habana un aya negra que le decía: “Duérmase vuesa merced...”

Para Umbral, como para muchos españoles, Cuba era y sigue siendo una colonia con esclavos y ayas negras. Ahora se ha visto esto con gentes como Aznar y Matute que no vacilan en ponerse de acuerdo con Washington para ayudarlos en la reconquista de la colonia.

Luego cuenta Umbral cómo al salir de la tertulia matutina del café Gijón él, Umbral, llevaba a Gastón a su casa en taxi. Y entonces Gastón se sacaba de los bolsillos del abrigo heredado unas yerbas para curarle el catarro y le daba consejos de hechicero cruzado de Tío Tom.

“Tenía Baquero la enfermedad de Europa, como todos los americanos... Era algo así como un Baudelaire con la negra Juana Duval”, termina diciendo mientras repite lo de: “Duérmase vuesa merced”.

Ese es el juicio que le merece Gastón a un periodista importante de Madrid, en un periodico importante. Un negrito bueno que andaba con unos abrigos heredados de un marqués y en cuyos bolsillos llevaba yerbas para curar catarros y que, además, escribía poesía.

Gastón Baquero fue, sin duda, el desterrado más importante que salió de Cuba en 1959. Olvidemos la política. Gastón era importante por su espíritu, por su genio poético. Nunca debió verse obligado a marchar al destierro. Y, por supuesto, nunca debió ir a España donde hay bichos como este Umbral, una especie de chulo de la literatura española que so pretexto de escribir al desgaire es capaz hasta de describir las tetas de su madre.

Umbral escribió en el pasado algunos libros interesantes. Tenía un estilo sólido y punzante. ¿Por qué es que se convirtió en un gacetillero medio porno dedicado al chisme? Tal vez es que en España, cuando vino el destape, fue de buen tono que las mujeres se encueraran y los hombres se bajaran los pantalones. Lo que en Europa se hace con moderación y buen gusto, en España se hace con exceso y en forma grosera.

Yo no conozco los antecedentes de Paco Umbral, pero me lo imagino, a juzgar por sus artículos y libros, como un viejo que lucha contra la calvicie y anda por los camerinos de las artistas vendiéndose como protector. Tiene un libro que se titula *Mis mujeres*, en el cual trata a todas las entrevistadas como si formaran parte de su serrallo particular.

En un artículo anterior sobre Gastón Baquero, a propósito de su muerte, yo mencionaba el hecho de que fue siempre maltratado en España. El lo soportó estoicamente. Nunca se quejó. Por lo menos, públicamente. Pero es obvio que España es un lugar inhóspito para los cubanos que se respetan a si mismos. El Matute que dijo recientemente que ellos tenían derecho a meterse en los asuntos de Cuba “puesto que Cuba había sido colonia de España” no es un caso único de arrogancia. El ejemplo de Camilo José Cela, que vino a Miami y dijo que ahora los cubanos podían arrepentirse de haberse liberado de España, es muy elocuente.

El caso de Baquero es revelador. Durante 38 años vivió en España, en una discreta miseria, bastante ignorado, siempre leal a lo que el consideraba sus raíces espirituales, y al final viene un patán de la literatura y lo describe como un negrito bueno que llevaba unas yerbas en los bolsillos del abrigo del marqués.

No hay derecho. Se puede escribir al desgaire sobre todo. No es necesaria la solemnidad para hablar de las gentes. Tampoco hay que derramar lágrimas sobre los muertos. Pero hay un límite, más allá del cual se pierde toda noción de decencia.

Yo sostengo siempre, sin entrar en generalizaciones, que todo lo malo que tenemos los cubanos, sobre todo la roña, nos viene de España. Es la herencia maldita. Anda por Miami una impresentable, llamada Margarita Ríos o Ruiz, vaya usted a saber, que en cierta ocasión, insultando a Gastón Baquero en la radio, dijo que “si los negros no la hacen a la entracla la hacen a la salida”. ¿Por qué? Porque Gastón Baquero había saludado con efusión a Dulce María Loynaz, que era una gran poetisa. Nada más. Es la herencia. ¿Qué diferencia hay, salvo la sintaxis, entre esta Margarita impresentable y Francisco Umbral?

Baquero había salido de Cuba a principios de 1959, perseguido por dos personajes de la fauna revolucionaria de la primera época. Uno se llamaba Carlos Franqui, que después huyó de Cuba con un rico botín en cuadros y joyas robadas, y actualmente vive en Puerto Rico y escribe en Miami para los miles de desertores que viven en la ciudad. El otro es el pintoresco mulato Guillermo Cabrera Infante, uno de los verdugos de los escritores y periodistas cubanos en la primera fase rabiosa de la revolución. Toda revolución es así. En su etapa inicial las miasmas salen a la superficie, pero después tienen que huir cuando las aguas

toman su justo nivel. Se le hizo a Baquero una campaña odiosa para obligarlo a asilarse en una embajada. Se ensañaron con él, tanto en el periódico *Revolución* como en las amenazas ocultas. ¿Cuál era su delito? Baquero era Jefe de Redacción del *Diario de la Marina*. No había sido nunca funcionario del gobierno de Batista. En los primeros tiempos había aceptado un cargo de Consejero Consultivo que no era otra cosa que una posición puramente decorativa. Pero se le persigue no por sus vinculaciones con la tiranía, que fueron pocas, sino por su talento, por ser un gran poeta. Lo persiguen los eunucos de la literatura como Franqui y Cabrera y los otros.

Gastón Baquero era un hombre fundamentalmente humilde. Cuando se asiló en la embajada del Perú, en La Habana, yo lo visité dos veces para ver como podía ayudarlo. Cada vez que entré en la embajada lo hice con el temor de que no me dejaran entrar o salir, porque yo estaba tanto o más perseguido que el propio Baquero. Pero la revolución, en los primeros días, no tenía bien engrasados sus servicios policíacos.

Gastón no tenía dinero. Al momento de salir de Cuba dejaba atrás a su madre que quedaba en la pobreza. Su mayor riqueza era una excelente colección de cuadros de los mejores pintores que se los habían ido regalando a través del tiempo. Me pidió que hablara con uno de los Prío, para ver si querían comprárselos. Fue inútil. Los Prío no sabían nada de cuadros. Luego me pidió que me llevara su automóvil para Miami para venderlo y enviarle los dólares a Madrid. Pagué los tres mil pesos que todavía debía en el carro y mandé a un antiguo chofer a llevarse el carro en el *ferry* que iba a Key West. Fue también inútil. Alguien denunció la maniobra y confiscaron el carro en el puerto. Metieron al chofer en la cárcel y éste me involucró a mí en la operación. Total, me tuve que esconder. O, al menos, cuidarme.

Baquero había decidido que se iría para España, donde tenía amigos.

—¿Por qué no te vas para los Estados Unidos donde podrías enseñar en una universidad? —le pregunté.

—El color de la piel no me beneficiaría en el norte... —me dijo.

—No creo que te vaya mejor en España.

—Sí, me irá mejor...

Estaba equivocado, por supuesto. España nunca ha sido acogedora con los cubanos de piel oscura. Tampoco con los de piel blanca si no tienen suficiente dinero. Gastón no podía prever que algún día un escritor roñoso como Paco Umbral lo describiría como *un negrito que vivía del caldillo de los cuarteles y la sopa de los conventos*. Gastón Baquero amaba a España y sus raíces culturales se nutrían de la distante península. No fue después de la muerte la única vez que Umbral maltrató al poeta inerme que no era capaz de dar bofetadas. Ya lo venía provocando desde antes abusando del espíritu pacífico de Gastón. Lo curioso, y lo que revela la cobardía de las gentes, es que después de publicado el artículo de Umbral nadie salió a decirle que estaba cometiendo una canallada más.

**Y**o soy hijo de un español de las Islas Canarias. Y por la vía materna también me entra sangre española. Eso explica por que yo suelo hablar mal de los españoles. No siempre, claro. Pero de vez en cuando me sale al aire la anti-España que todos llevamos adentro. Como dijo aquel, “media España muere de la otra media”.

Cada vez que voy a Cuba me indigna ver al español que anda por la isla a paso de conquistador. El hecho de que los cubanos hayan expulsado a los americanos les permite creer a los españoles que han recuperado en parte la colonia. Yo he visto en la Plaza de la Catedral, en un café, a un grupo de españoles borrachos comportarse como lo hacían antes los americanos en los bares de La Habana.

Algunos columnistas de la prensa española hablan de Cuba como lo hacían los voluntarios en la

época en que fusilaron a los ocho estudiantes de medicina. Paco Umbral, por ejemplo, al hablar de los cubanos, y recuerdo el caso de Gastón Baquero, lo hace con la misma insolencia que animaba a los voluntarios españoles que en el mes de enero de 1898, al ver que se les iba entre las manos la colonia, recorrían las calles de La Habana repartiendo garrotazos entre los negros.

Que me perdonen los buenos españoles, que los hay. Tiene que haberlos. Pero antes de ir a Cuba hoy, a buscar negras muertas de hambre, se les debiera dar un curso a los españoles para que se comporten decentemente.

La idea que teníamos los cubanos, y que se nos inculcaba a los niños en las escuelas, de que Cuba había logrado su independencia de España, a partir de 1898, era falsa. El castigo que nos dieron los americanos consistió, precisamente, en consolidar sutilmente el dominio español en Cuba a partir del 98. La Habana en que yo crecí, a partir de 1916, era española por los cuatro costados. Casi todas las actividades, “menos la política ramplona, estaba controlada por los españoles. Desde los curas hasta los zapateros, pasando por los bodegueros y los conductores de los tranvías eléctricos, todo estaba en manos de los españoles. Por eso, en 1933, el presidente Grau San Martín tuvo que dictar una ley que se llamó del 50 por ciento. Mitad y mitad. Es decir, en 1933 los cubanos éramos tan humildes que nos conformábamos con la mitad de los trabajos en una patria supuestamente liberada. Y así y todo, los españoles y los americanos se disgustaron con aquella ley y la tildaron de comunista. Es decir, entre 1898 y 1933, durante 34 años, los cubanos no habíamos tenido ni siquiera la mitad de la independencia.

El gobernador militar americano, Leonardo Wood, que llegó a general por intrigas palaciegas, al tomar posesión de su cargo en 1899, reunió a un grupo de españoles, precisamente los que estaban vinculados al *Diario de la Marina* y les dijo que levantarán la cabeza:

—Ustedes no tienen que callarse la boca ni aguantar nada... Ustedes deben hablar en voz alta y caminar con paso firme por esta tierra porque ustedes tienen tanto derecho como los cubanos... —les dijo Wood a los españoles estimulándolos a que no se dieran por vencidos.

La historia registra que en aquellos tiempos, muchos españoles intentaron convencer a Leonardo Wood para que les dieran la ciudadanía americana. No lo consiguieron. Pero se hicieron ciudadanos cubanos. Mi padre, el primero.

En Cuba, a partir del 33, cuando Grau, se logró un cierto equilibrio y los cubanos tuvieron acceso a posiciones que antes ni soñaban.

La influencia de los españoles en la Cuba de hoy es grande. Yo diría que se están aprovechando de la situación de Cuba como país inerme frente a la agresión americana. Aznar y sus gentes hablan de Cuba con algo de insolencia. Basta sentarse en el lobby del Hotel Meliá Cohiba, en La Habana, para oírlos hablar como lo hacían en tiempos de Carlos V, cuando España era la dueña del mundo. “Cuba sobrevive gracias a nosotros”, parecen decir.

Yo he vivido, de cerca, todos los cambios que se han ido produciendo en España desde la guerra civil y que se advierten en el tratamiento que suelen dar a los extranjeros. La primera vez que fui a España el país tenía una actitud recelosa, pero humilde, frente al mundo. Era el año 1946.

Recuerdo que cuando le di cincuenta dólares a una muchacha del Pasapoga me dijo: “¡Arrea, con esto puedo comprar la Telefónica!”

Durante los años 1956 y 1957 viví parte del tiempo en Madrid. Ya los españoles se estaban recuperando. Hasta conspiraban contra Franco con mucho cuidado. En aquellos tiempos hablé mucho con Dionisio Ridruejo y Tierno Galván. España seguía todavía como el país más desolado e inerme del mundo. La prensa era horrorosa. El Ministro de Gobernación, que se llamaba Camilo no recuerdo que, y que le decían **Camulo**, me empezó a vigilar y tuve que salir subrepticamente del país. El embajador de España en Cuba me puso una denuncia en los tribunales de Cuba por “ofensas al

Generalísimo”. No pude volver a España hasta muchos años después.

Hay una enorme diferencia entre la España de 1957 y la del año 2001. El español ha recuperado su soberbia, lo cual no es malo. Africa ya no comienza en los Pirineos como decían los franceses. Ahora España es parte de Europa. Lo que resentimos los cubanos, que somos españoles de otro modo, y tal vez mejores, es que vuelvan a portarse en la isla como si fueran colonizadores.

**R**ecibo una llamada por teléfono. Es una amiga que tuve hace mas de 40 años. No sabía de ella desde la última vez que salí de Cuba. Era bella.

—Luis...

—Sí, ¿quién?

—Es Fulana.

—¡Cuántos años sin saber de ti!

—Si, verdad...

—¿Cómo estás?

—Mal. Me estoy muriendo...

—No...

—Sí, dice el médico que me queda menos de un mes de vida. Tal vez días.

—Me duele saberlo...

—Gracias. Es cáncer, ¿sabes?

—Es un horror.

—¿Tú como estás?

—Ahí voy, poco a poco...

—Quería despedirme de ti...

—Gracias, mi amor. Créeme...

—Me cuesta trabajo hablar...

—Ya veo. Ojalá...

—Nada, no hay esperanzas...

—Entonces... tú...

—No hay mucho que decir. Siempre te he recordado.

—Y yo a ti...

—Bueno, Luis, nos vemos... —dice ella.

—Nos vemos... —digo yo.

**S**i se hiciera un recuento de todos los insultos que se le han dirigido a Fidel Castro durante 42 años, incluyendo el relato de los planes que se han elaborado para asesinarlo y los intentos de invadir la isla e infiltrar *teams* de terroristas, sin olvidar a los salvadoreños pagados por los cubanos ricos de Miami, se podría lograr un grueso volumen de miles de páginas. Desde hace años, muchos años, los periódicos y estaciones de radio y televisión de Miami han estado recogiendo insul-

tos contra Castro. Es muy curioso. A pesar de ese largo esfuerzo por convertirlo en un monstruo abominable, el hombre se mantiene en pie y disfruta de un asombroso prestigio en el mundo entero. La única excepción es Miami y algunos pequeños núcleos en el norte. Y ni siquiera esto, por lo menos no del todo. La conducta de los cubanos que se hacen llamar exiliados es ambigua. El exceso de pasión que demuestran algunos parece responder al despecho del amor no correspondido. Hay una mezcla de amor y odio en muchos cubanos. Sobre todo, entre los desertores del castrismo (las viudas) que constituyen la mayoría de lo que grita y brilla en el Miami cubano.

En privado, muchos abogados cubanos se enorgullecen de haber sido compañeros de Fidel en el Colegio de Belén y en la Universidad. Otros cuentan, con orgullo, cómo una vez se fajaron a puñetazos con Fidel. En los primeros años del anti-castrismo, en Miami, aquellos que habían estado cerca de Fidel en las lomas o en el gobierno exigían figurar en primera línea puesto que las experiencias vividas a su lado los dotaba de un prestigio particular. Aspiraban a recibir más dinero de los agentes de la CIA. Y lo interesante es que recibían un tratamiento especial.

Es decir, el cubano que haya estado cerca de Fidel, en algún momento de su vida, disfruta de un cierto prestigio. Carlos Franqui, que huyó de Cuba diez años después del triunfo de la revolución con una enorme fortuna en cuadros y joyas, y ha vivido siempre del producto de su botín, ha hecho carrera en el exilio a base de su relación con Castro. Ha escrito libros horribles. Es un colaborador insigne del *Herald*. Su socio, Cabrera Infante, que recorre el mundo proclamando que Fidel lo quiere matar porque le teme a su encendida pluma, ha logrado con este truco que le den hasta premios literarios. Cada vez que llega a una ciudad convoca a los periodistas y discretamente se compara con Salman Rushdie, condenado a muerte por los iraníes. “Tengo que cuidarme mucho... Mi cabeza tiene un precio” dice. Los periodistas bajan la voz para desearle buena suerte. Montaner, el llamado Carlos Alberto, no ha querido quedarse atrás y se ha inventado una historia maravillosa sobre el día en que vio a Fidel en calzoncillos. Es lo más cerca que el hombre ha estado de la gloria y lo ha contado con una emoción que permite sospechar los conflictos que tuvo en la pubertad. Los calzoncillos de Castro le dejaron una huella imborrable.

Algún día, cuando todos hayamos muerto, se podrá estudiar con calma y sin prejuicios, esta extraña relación de amor y odio que tienen los cubanos con Castro y hasta que punto, silenciosamente, en los momentos de mayor soledad (tal vez cuando se sientan en el *toilet*) admiten que están orgullosos de que el país haya parido un líder político de la envergadura de Castro.

Hay un hecho que muchas gentes no quieren admitir. Y es que Castro, a los 74 años, tiene una excelente salud y se conserva ágil y fresco de mente. Eso nos permite entender que le quedan muchos años de vida. El actual presidente de los Estados Unidos es el décimo presidente que ha tenido que soportar la injuria de que una antigua colonia se les haya sublevado. Y, algo todavía peor. Y es que el rebelde (Castro) se ha convertido en una figura de relieve internacional con la cual hay que negociar de todas maneras. Confieso que yo siempre he tenido una visión un poco despectiva de la historia de Cuba. La he visto siempre como una larga sucesión de claudicaciones, sobornos, complicidades y derrotas. Soy de los pocos cubanos que sospechan que las generaciones que lucharon por la independencia, con algunas excepciones, fueron débiles e incompetentes y se entregaron mansamente al vecino poderoso del norte que invadió el país en 1898 para “liberarnos”. Tengo que admitir hoy, en el año 2001, que nunca pensé que Castro se mantuviera firme en su posición durante 42 años frente a los Estados Unidos. A través de un largo proceso que me ha llevado de la oposición a la adhesión he tenido que aceptar que Castro es una excepción en la historia de Cuba.

Eso que llaman el exilio cubano, donde hay tal vez más de un millón de cubanos, y que algunos

pretenden describir como un vasto movimiento de oposición a la revolución es, para mí, el indicio más claro de la inconsistencia del pueblo cubano. Es como una llaga. Son las gentes que se fueron del país para ponerse al servicio del enemigo de la revolución. En 42 años no han podido elaborar un repertorio de ideas aceptables. No tienen ideas. No tienen principios. Son gentes que se han puesto al margen de la historia. Eso explica su pavorosa ignorancia, y explica también por qué los americanos los han manejado como marionetas. Lo único que pueden exhibir como triunfos son las enormes fortunas que han hecho, utilizando, en algunos casos, procedimientos fraudulentos. Es igno- nio pensar que las cosas van a cambiar y estas gentes van a tener regreso al país de origen. De hecho, se han segregado del tronco nacional. Son residuales.

Los tiempos están cambiando lentamente. El anti-castrismo es una cosa fofa, manejado por gentes incompetentes y venales. Es obvio que 42 años después el destino de Cuba se está forjando en las entrañas del país. De allí tienen que salir las respuestas.

Las instrucciones que le dio el presidente McKinley al abogado Elihu Root la noche del 24 de julio de 1898, en sus oficinas de la Casa Blanca fueron muy precisas. Era necesario poner en ejecución un plan beneficioso para Cuba y, al propio tiempo, equitativo para los Estados Unidos. Un plan en que se cumpliera la promesa del Congreso y que evitara a Cuba “experimentos, desórdenes y quiebras”. En pocas palabras, retener el control de la isla tratando de respetar, al mismo tiempo, el compromiso adquirido mediante la resolución conjunta. Era necesario buscar una fórmula legal y Root era la persona indicada para llevar a cabo esa delicada misión.

Tradicionalmente, los Estados Unidos siempre necesitan razones morales para llevar adelante sus planes de conquista. Evidentemente, la prensa americana de fines de siglo, al agitar el problema de los crímenes que estaban cometiendo los españoles en Cuba, colaboró abiertamente para crear las razones morales que iban a justificar el asalto a Cuba *para liberarla* de sus verdugos. Esto fue más necesario después de la llegada a Cuba del General Weyler con su política de exterminio. Por otra parte, hoy es posible entender que la campaña de Gómez para incendiar propiedades americanas tenía un propósito muy claro, y era incitar a los americanos a intervenir. El mismo Gómez pidió la intervención, en febrero de 1898.

Ya en poder de la isla, es decir, cumplida la primera parte, era necesario darle forma a la conquista. Era necesario insistir en la tarea humanitaria, en el sacrificio que habían hecho los americanos para expulsar a los españoles, pero, al mismo tiempo, tenían que asegurar y legitimar la posesión de la isla.

Un artículo, publicado por aquellos días en que se aprobaba la Enmienda Platt, en la revista *Review of Reviews*, y firmado por un tal Walter Wellman, recogía admirablemente las ideas de Elihu Root en torno al caso de Cuba. Al parecer, y según rumores, el artículo había sido escrito por el mismo Root. O, al menos, inspirado por él.

“La isla de Cuba será una república independiente, pero sus poderes serán limitados y sus relaciones internacionales restringidas”, decía el artículo. “Estado soberano en el nombre, de hecho no será más que una colonia autónoma colocada bajo la égida de los Estados Unidos. Cuando en un próximo porvenir el hijo de Cuba, desde la costa de su fértil isla dirija la mirada hacia los campos donde cimbrean las palmeras, podrá decir sin equivocarse: Esta es una nación. Y cuando, volviéndose, fije su vista en el mar, tendrá que decir: Esta es una dependencia”.

Este párrafo, escrito o inspirado por Elihu Root, a quien se debe considerar el padre de “la nueva Cuba” de aquellos tiempos, podría explicar muy bien cual ha sido la tragedia histórica de Cuba y hasta donde la ambigüedad de los Estados Unidos en su conducta con relación a la isla ha sido la causa de largos años de inestabilidad e insatisfacción que vinieron a desembocar en una violenta revolución contra los Estados Unidos en 1959. Todavía en los tiempos modernos, específicamente en 1998, los cubanos aliados de Washington en la lucha contra la revolución cubana, siguen insistiendo, en artículos y libros, que Cuba “debe ser una dependencia de los Estados Unidos”.

Sigue diciendo el artículo mencionado: “Porque Cuba no se erija en estado soberano, desde el punto de vista internacional, y porque carezca de una libertad absoluta para dirigir sus relaciones exteriores (facultad de celebrar tratados y declarar la guerra) así como para disponer sus fortificaciones, de su ejército y de su marina, no se deduce, en modo alguno, que se rompa la promesa hecha a Cuba por los Estados Unidos. Son muchos los que concuerdan con el ex-Secretario de Estado, Mr. Olney, en la opinión de que el Congreso de los Estados Unidos no debió haberse comprometido a dar a Cuba la independencia cuando estalló la guerra con España”.

Es decir, más claro: los Estados Unidos cometieron un error al hacer una promesa. Necesitan apoderarse de Cuba porque eso viene dado por una política que se trazó desde muchos años atrás. Se dan cuenta que están cometiendo una canallada histórica y que eso es inmoral y abusivo. Pero tienen que buscar la fórmula para que la canallada parezca un acto humanitario.

Sigue diciendo el artículo: “No cabe duda de que esa promesa fue hecha con mucha precipitación y en un acceso de sentimentalismo y que, además, era innecesaria y pudo evitarse sin faltar al propio respeto y al respeto debido a otras naciones. Pero la promesa se hizo y no es posible admitir su incumplimiento”.

En el artículo se continua diciendo que todo lo que se había hecho hasta ese momento en Cuba obedecía a un plan perfectamente definido. La idea de convocar a una Asamblea constituyente, en cuyo texto se fijasen las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, formaba parte del plan. Se había meditado cuidadosamente el alcance de cada palabra en la convocatoria

El articulista, que se supone que es Elihu Root, explica que durante las tres cuartas partes del siglo XIX los Estados Unidos han tenido una política cubana definida e inalterable. Esa política se resume en pocas palabras: si Cuba pasa a poder de otra potencia, esa otra potencia tiene que ser Estados Unidos. “Ahora que se ha producido la intervención para separar a Cuba de España, haciendo grandes sacrificios, la política de Estados Unidos ha adquirido mayor eficacia”, se dice en el artículo.

“El sistema de gobierno que en Cuba se establezca debe revestir, más o menos acentuadamente, el carácter de un experimento: el buen éxito es probable, pero no seguro... El país necesita de nuestra guarda y protección”.

Y más adelante: “¿Qué se hará con la Constitución que apruebe la Convención? Antes que nadie, recibirá el presidente la Constitución, y si obtiene la aprobación de este cuerpo vendrá la proclamación oficial... La nueva Cuba será una nación, pero no un poder soberano... exteriormente será una dependencia y estará bajo la protección del gran poder americano.

Esto era lo que se publicaba en la prensa americana en los días en que se estaba discutiendo la nueva Constitución y su apéndice. De una forma cruda, sin titubeos, se discutía la situación de Cuba y se planificaban las condiciones que tendría que aceptar el protectorado.

La decisión de tomar a Cuba estuvo siempre presente en las intimidades de la política americana. El senador John Sherman dijo una vez, después del estallido revolucionario de 1895 en Cuba, que no había poder en la tierra que pudiera impedir que los Estados Unidos avanzaran sobre Cuba. Era cuestión de tiempo y esperar la oportunidad. Las cartas de Teddy Roosevelt, Subsecretario de Marina, a Cabot Lodge, son reveladoras de lo que se estaba cocinando dentro del gobierno. “Nosotros

podemos poner nuestra flota en las costas de Cuba 48 horas después que se declare la guerra...”, le dice el 21 de septiembre de 1897. Ya habla de enviar una fuerza expedicionaria a Cuba. También menciona la ocupación de Manila. Roosevelt tiene prisa. Le preocupa que España tome la iniciativa. “Si les damos mucho tiempo es posible que alemanes e ingleses, y posiblemente franceses, les enseñen cómo colocar minas y usar torpedos para defender los puertos de Cuba”.

Es decir, todo lo que ocurrió después, incluyendo la voladura del Maine, sirvió solamente de pretexto para justificar el zarpazo. Ocurrió lo que tenía que ocurrir. Era el destino manifiesto. George F. Kennan, en su libro sobre la Democracia Americana, entre 1900 y 1950, señala que entre las nueve semanas que transcurrieron después del estallido del Maine y el comienzo de las hostilidades, España estuvo a punto de ceder a todas las exigencias de Washington. El 10 de abril el embajador americano en Madrid, un hombre moderado según Kennan, reportó que si McKinley podía aplazar una decisión era posible conseguir antes del 1 de agosto una solución en base a tres posibilidades: la independencia total para Cuba, o una autonomía aceptable para los insurgentes, o una cesión de la isla a Estados Unidos. Era obvio que España había llegado al final. Ya hemos visto cómo el Gobernador Ramón Blanco le escribió a Máximo Gómez casi ofreciendo la independencia a cambio de un acuerdo con los cubanos para rechazar la invasión americana. El mismo día 10 de abril la reina había decretado una suspensión de hostilidades en forma unilateral.

¿Por qué Washington precipitó la guerra con una nación como España que estaba cediendo en todo lo que se le había pedido? Está muy claro que, aunque McKinley no quería la guerra y se mostraba vacilante, existían fuerzas en el país que exigían la guerra. Era el 1898, un año de elecciones congresionales. La prensa era guerrerrista. La opinión pública estaba convencida de la misión salvadora y caritativa que tenían los Estados Unidos. Pero, en el fondo, había razones más profundas. La conquista de Cuba venía ya determinada por la historia. Era algo que no dependía de quien estuviera en la presidencia o quienes fueran los congresistas. Era algo inevitable, como decía el senador Sherman. Y la sola amenaza de que los cubanos pudieran obtener la independencia por una negociación con España, dejando afuera a los Estados Unidos, era algo impensable para los sectores expansionistas. No se le podía permitir a los cubanos que se liberaran de España por sí mismos. Por eso España, a pesar de su disposición para ceder, fue obligada a ir a una guerra que tenía perdida de antemano. Los líderes de la insurrección cubana actuaron como cómplices de los Estados Unidos.

Kennan, en el libro ya mencionado, tampoco entiende por qué Estados Unidos se tiró sobre Filipinas y Puerto Rico cuando, ciertamente, todo el problema estaba planteado en torno a Cuba. No existía una justificación para lanzarse sobre Filipinas. Se sabía que ellos, Roosevelt y Dewey, querían la guerra. Kennan llega a la conclusión de que hubo una intriga muy hábilmente manejada entre un cierto número de personas bien situadas en el mundo de Washington. Los expansionistas, bien instalados en las esferas del poder, entendían que era el destino el que los impulsaba a adquirir nuevos territorios. Otros creían que el deber de una nación cristiana como Estados Unidos era regenerar a los ignorantes habitantes de aquellos países que estaban ocupando.

Cuando los Estados Unidos, en 1901, decidieron imponerle a Cuba la Enmienda Platt y convertir la isla en un protectorado, hubo alguna oposición entre los cubanos que habían estado luchando desde 1868 hasta 1898 por la independencia, y que habían tenido que incendiar la isla de un extremo al otro, pero, sin embargo, y esto es lo sorprendente, hubo también una extraña debilidad frente a la presión americana, hasta el punto de que las mentes más lúcidas del país se rindieron a las pretensiones de Washington. En esta conducta, tan incomprensible, sería necesario ir a buscar la explicación del drama de Cuba a partir de 1902. Los que habían luchado tan arduamente por la independencia no supieron consolidarla en la paz. Lo que ha ocurrido en Cuba, a partir de 1959, hasta hoy, es una consecuencia de aquella temprana debilidad. Estados Unidos, ahora se puede ver con

mayor claridad, debió haber tropezado en 1901 con la intransigencia cubana para frenar sus apetitos de dominación.

Lo curioso de todo esto es que en el Senado de los Estados Unidos, al discutirse la Enmienda Platt, se dio una recia batalla que pasó casi inadvertida para los cubanos. Los senadores Morgan, Bacon, Foraker, Pettus, Teller, Culberson, Mallory, Clay, Berry, Tillman y Jones dieron una dura lucha para impedir la aprobación de la enmienda. Sobre todo, el senador Morgan. Faltó sin embargo voluntad e inteligencia entre los cubanos de la época para enfrentarse a las pretensiones americanas. Habría sido preferible desenmascarar a McKinley y Elihu Root y rechazar la pretensión de establecer el protectorado. “¡Qué difícil situación hubiera afrontado McKinley ante su pueblo y ante el mundo al verse impedido, por la repudiación cubana de la enmienda, a continuar indefinidamente la ocupación militar de la isla, retardando y violando con ello los solemnes compromisos contraídos por el estado norteamericano con la Resolución Conjunta del 20 de abril de 1898!”, dice Roig de Leuchsenring en su libro sobre la Enmienda Platt.

Lo cual es cierto. Tuvieron que transcurrir 58 años, desde 1901 hasta 1959, para que los Estados Unidos se enfrentaran a la firme voluntad cubana de defender la soberanía.

Por supuesto, y este es el punto clave, no hay que olvidar que tanto el General Wood como el Secretario de Guerra, Elihu Root, manejaron muy hábilmente el halago y el soborno. Los que habían peleado tan valientemente en la manigua se rindieron ante las maniobras de los americanos y llegaron a aceptar la imposición del protectorado.

Hubo, por otra parte, un hecho evidente, que no se puede descontar. La influencia americana en Cuba se estaba ejerciendo desde mucho antes de que estallara la revolución del 95. No solamente en el aspecto económico sino también en un sentido moral. Estrada Palma, por ejemplo, que fue impuesto por Leonardo Wood como primer presidente de la nueva república de 1902, había expresado ideas francamente anexionistas desde el año 1869, en Guáimaro, y también en el año 1878. Ya, en 1898, Estrada Palma que había sustituido a Martí como delegado en Nueva York del gobierno revolucionario, le estaba enviando informes semanales al presidente McKinley sobre la situación cubana y sugiriendo una intervención de los Estados Unidos en Cuba “para imprimir moralidad a la administración de nuestra hacienda”. Estrada Palma era partidario, y dejó bastante documentación sobre sus ideas, de que Cuba quedara bajo la protección de los Estados Unidos mediante una “intervención indirecta”. Esto explica por que McKinley y Elihu Root lo impusieron en la presidencia. Era un hombre confiable. Con Estrada Palma se estableció una tradición que ha durado hasta nuestros días. La del “hombre de los americanos”.

Otros dos ejemplos de la buena disposición de los cubanos para aceptar la protección americana fueron Enrique José Varona y José Antonio González Lanuza, dos grandes figuras de la intelectualidad de la época. Varona no aceptó ser candidato a la Convención Constituyente porque no creía, sinceramente, “que los cubanos pudieran disponer por sí solos de su destino”.

“Los Estados Unidos han salvado a Cuba para la civilización y la humanidad y este es un título eterno a nuestra gratitud”, le escribía Varona al General Ramos. Varona, por supuesto, no defendió el protectorado, pero tampoco lo combatió. Simplemente, se abstuvo. José Antonio González Lanuza si defendió activamente el protectorado. Inclusive llega a desear que la ocupación americana dure un poco más.

Es decir, estaba difundida la idea de que era conveniente aceptar la imposición de la enmienda para salvar la república. Los que propugnaban la resistencia contra los Estados Unidos, aun a riesgo de provocar una sublevación en el país, eran los menos, y sus voces fueron apagadas. Los años bochornosos que van de 1902 a 1959, y la trágica situación que ha vivido Cuba desde 1959, se hubieran podido evitar si los Estados Unidos, desde los inicios de la independencia, hubieran enten-

dido claramente que podían mantener buenas relaciones con Cuba pero que no podían convertir la isla en un simple protectorado manejado desde Washington. Cabe señalar que la poca prensa que había en Cuba en 1901 y 1902 formuló severas protestas contra las pretensiones de dominación de los americanos, pero lo cierto es que fue la prensa de los Estados Unidos la que protestó con mayor ardor hasta el punto de que algunos diarios llegaron a publicar que era casi inevitable que los cubanos se lanzaran nuevamente al campo de batalla para combatir a las tropas de ocupación, tal como había ocurrido en las Filipinas.

“**N**unca son más bellas las playas del destierro que cuando se les dice adiós”, escribió Martí. Algunos podrían interpretar estas palabras en el sentido de que llega un momento en que se siente amor por esas playas. Que se llega, inclusive, a sentir nostalgia del destierro. Porque el destierro puede llegar a ser nuestra verdadera patria. Yo que soy un desterrado de casi medio siglo en ocasiones ya no se cual es mi verdadera tierra. En rigor, ya no soy ni de allá ni de aquí. ¿Es bello el destierro porque lo vamos a dejar atrás, porque lo abandonamos? ¿Es bello porque vamos a empezar una nueva vida al retornar a nuestra tierra? ¿Es decir, porque cesa la tortura de la ausencia?

No lo creo. Cuando llegamos al destierro es como si entráramos en un mundo de sombras. La sombra de la muerte acompaña siempre al desterrado y su vida queda en suspenso. Piensa que al regresar la reanudará donde la dejó, pero eso es ilusorio. Sobre todo si se trata de una ausencia muy larga y sin esperanzas. Si alguna vez regresa lo hace a un mundo que no se parece al que dejó atrás.

Pero, además, el destierro le roba al hombre lo que más quiere. Ya no hay esperanzas de sobrevivir en los hijos. De pronto descubre, al paso de los años, que los hijos pertenecen a otro mundo y a otra lengua, tal vez. Y si el desterrado tiene que vivir en los Estados Unidos no tardará en enterarse que el apellido que le deja a sus hijos si es hispano es casi una afrenta. Los deja inermes, con un Martínez, o un González, o un Ortega, en un mundo lleno de rechazos. Lo que distingue al desterrado de otros seres que se mueven a su alrededor, y con los que tiene que convivir siempre provisionalmente, es que a su vida siempre le faltará algo, nunca estará completa. Siempre está a la espera de algo que no llega.

Hay un destierro que es fatídico. Es cuando éste se prolonga mucho, tanto que parece eterno. Y pasan los años, muchos años, y la tierra donde el desterrado nació se transforma y es otra. Ya no es su tierra, aquella donde nació y creció. Las gentes de su tiempo han muerto, o han envejecido demasiado, tanto que están envueltos en las sombras del olvido.

Yo recuerdo que muchos años después de la muerte de mi padre fui al lugar donde el nació, en Las Palmas, de las Islas Canarias, y me pasé varios días buscando el rastro de mi padre y de su familia. Fue inútil. Era como si mi padre no hubiera sido nunca de allí. Como si yo no hubiera tenido un padre isleño. Como si nunca hubiera existido. De modo que yo no puedo ni siquiera regresar a la tierra de mi padre. Si su propia tierra, aquella en que nació, ha sido transformada por los años, y si la tierra del padre ya no es más lo que parecía ser de acuerdo con las historias de la niñez, ¿a dónde es que puede regresar el desterrado? En su pasado lo que quedan son las tumbas.

Ahora, es ilusorio pensar que en el destierro se puede encontrar la libertad. Uno sale de su país en busca de la libertad y lo que encuentra en el otro es algo distinto. Es la seguridad. La libertad plena, absoluta, ilimitada, profunda, sólo se tiene en el contacto con los jugos de la tierra que lo vio nacer y vivir, y amar. Su libertad en el país a donde fue a buscar refugio siempre estará condicionada.

Y si ha tenido que cambiar de una lengua para otra su situación será peor, porque no hay una verdadera libertad fuera del ámbito de la lengua materna. En tierra prestada, y con lengua también prestada, la libertad parece estar humillada.

Lo más bello de Martí fue su final heroico y sin esperanzas. Fue siempre, casi siempre, un desterrado que soñó con volver a una tierra paradisíaca que apenas si conocía y al abrazo con unos cubanos que tampoco conocía muy bien porque los veía con los ojos de la pasión.

¿Qué le pasó a Martí cuando tropezó con la realidad de la tierra que tanto había soñado? ¿Cómo fue que obró en su espíritu la altanería de Máximo Gómez? ¿Y qué sintió cuando Gómez lo dejó solo, en compañía de un pobre muchacho, y se fue a combatir? Debe haber sido un instante de soledad angustiosa. Las sucias discusiones que había tenido con Gómez y Maceo deben haber sido como dagas en su corazón. Y, además, lo dejan atrás, como un bulto. ¿Dónde estaba la fraternidad que tanto había proclamado? Es fácil sospechar que saltó sobre su caballo y se lanzó al campo, seguido de su infeliz ayudante a pesar de ser tan mal jinete, con la esperanza de encontrar la muerte. ¿Qué esperaban aquellos tipos? ¿Qué Martí se metiera debajo de una piedra esperando que ellos retornaran del combate?

Cuando yo hablo de los desterrados no me estoy refiriendo al millón y medio, y tal vez más de cubanos que se han organizado como minoría étnica en los Estados Unidos. Estas gentes, en su mayoría han estado ajenas a las amarguras del destierro. No se puede generalizar, claro. Hay miles de excepciones. Pero el cubano, en realidad, no ha sido un desterrado sino un desertor en busca de bienes materiales y de la paga que le ofrecieron para que le diera la espalda a su tierra. De hecho, ha sido una emigración de sentido económico, disfrazada de exilio. Y utilizada por la política americana para sus fines de acosar a Cuba. Este es el origen de las comunidades cubanas en los Estados Unidos. Hay una mayoría silenciosa que asume su papel con honestidad y se limita a sobrevivir como lo que son, emigrantes. Pero hay una minoría que se envuelve en la palabra exilio con la intención de obtener ventajas. A muchos les ha ido demasiado bien. Han prosperado y hasta se han hecho millonarios y multimillonarios.

En mi caso, la experiencia del destierro ha sido muy dura. Cuando regresé a Cuba, en 1959, descubrí que ya aquella no era mi tierra. Lo que encontré fue la hostilidad de los que se habían apoderado del país y de todas las virtudes. El dilema era muy claro. O te vas o terminas en la cárcel. No fui el único, por supuesto. Fui rechazado y tuve que huir para refugiarme, otra vez, en el destierro. Y he aquí lo interesante, los culpables habían ya ocupado todos los espacios del exilio, del destierro, y estaban imponiendo sus normas. Los que ayer eran verdugos se presentaban entonces, en Miami, como víctimas. Fue a partir de entonces que se construyó en Miami, a pocas millas de la isla de Cuba, un mundo alucinante formado por antiguos criminales, por desertores del nuevo sistema, por viejos delincuentes políticos incorporados a la estrategia americana para obtener beneficios económicos. Miami ha sido una tierra de aluvión donde una masa de cubanos de escasos recursos intelectuales, ha sido manejada por bandas de pícaros para simular un exilio y manejar millones de dólares.

Pasan otros 36 años, y regreso otra vez en 1994 a la tierra donde nací y lo que encuentro es un país devastado donde todo ha cambiado. Ya no es el país de mi juventud. Allí están las calles, las mismas casas, pero todo es distinto. Allí están los cubanos, pero no son los mismos. Allí están los recuerdos, pero llega un momento en la vida en que uno tiene que huirle a los recuerdos. Ni siquiera la lengua es la misma. Ya mi profesión no existe. Es otra cosa. Es cosa de país sitiado por el vecino poderoso.

El desterrado que salió de su país hace casi medio siglo, en busca de protección y para prepararse para el futuro, llega a descubrir que nunca tuvo futuro, nunca vivió proyectado hacia el futuro sino amarrado al pasado, moviéndose siempre entre gentes hostiles con las cuales ha llegado a

no tener nada en común. Queda, sin embargo, una esperanza. Nos queda, al menos, a los que hemos sacrificado una vida entera al servicio de un país pequeño y martirizado, la esperanza de que al fin, inevitablemente, prevalecerá la verdad y la justicia y todo el sufrimiento de tantos años no será en vano.

**E**l presidente de los Estados Unidos en 1898 en los días en que su país se lanza a la conquista de otras tierras era, según decían sus íntimos, un hombre de profundas convicciones religiosas. En el caso de las Filipinas, McKinley decía que había sido **un regalo de Dios**. Durante algún tiempo estuvo dudando si quedarse con las islas o no y esto lo atormentó mucho. Buscó consejo en algunos amigos, pero no lo encontró. Hablando un día con un grupo de reverendos McKinley contó que, después de rezar mucho y pensarlo mucho, había llegado a la conclusión de que tenía ante sí cuatro opciones. La primera era devolverle las islas a España, lo cual era inaceptable porque habría sido algo deshonesto. La segunda era entregárselas a otra nación, lo cual también era inaceptable porque habría sido un mal negocio. La tercera consistía en dejarle las islas a los mismos filipinos, lo cual era imposible, porque sobrevendría la anarquía ya que los filipinos eran ignorantes e incapaces de gobernarse a sí mismos. La cuarta opción era, precisamente, que los Estados Unidos se quedaran con las Filipinas para educar y civilizar y cristianizar a los pobres filipinos. McKinley estaba contento por haberse decidido por la cuarta opción y decía que Dios lo había iluminado. (Aunque no hay ninguna referencia histórica que revele cómo era que había decidido quedarse con la isla de Cuba, a pesar de las promesas de respetar su independencia, es posible pensar que había tenido las mismas dudas que lo asaltaron en el caso de las Filipinas y que el mismo Dios lo había guiado en la dirección que tomó.

Lo interesante es que los americanos, por razones religiosas, resuelven siempre sus dudas a favor de sus propios intereses. Es posible que los 10 presidentes americanos, desde Eisenhower hasta Bush, crean, de verdad, que la política genocida que han seguido en el caso de Cuba, durante 42 años, se debe a un mandato secreto de Dios

**A** los 85 años uno escribe mal. Las ideas se enredan un poco. La memoria a veces falla. Otras veces uno tiene tendencia al patetismo. Alguien dijo alguna vez que **la queja es la prostitución del carácter**. Es cierto. Se pierde carácter cuando uno deja escapar los quejidos. Me parece que 85 años, con una vida tan desgarrada como la que hemos tenido todos los cubanos de estos tiempos, son muchos años.

Yo viví en Miami desde 1953 (después del asalto al Moncada) hasta 1955, cuando se produjo una especie de amnistía y el propio Castro salió de la cárcel. No pude trabajar en nada en aquellos tiempos. Viví de unos ahorros que me quedaban. Fue un tiempo que dediqué al estudio de la historia de Cuba. Hice algunos viajes. Recuerdo que en un corto viaje a México me localizó Jorge Agostini. Me explicó que tenía un plan para provocar un alzamiento en la Marina de Guerra. Agostini quería que yo lo ayudara a viajar a Miami para hablar con Carlos Prío. Necesitaba recursos económicos para volver a la clandestinidad en Cuba y llevar a cabo su plan. Cuando regresé a Miami le expliqué el caso

a Carlos Prío y me dijo que trajera a Agostini.

A los pocos días ya estaba Agostini en Miami y se entrevistaba con Prío. El pobre Jorge, que era un gran tipo, pero no muy brillante, estaba encantado. Le advertí que tuviera cuidado con Prío. Tanto él como su esposa, Emma Surís, estuvieron hospedados todo el tiempo en mi casa. Allí iba Prío a conspirar con su nuevo delegado en Cuba.

Lo cierto es que al poco tiempo Prío le entregó una pequeña cantidad de dinero a Agostini, con la promesa de enviar más después, y el hombre se embarcó clandestinamente para Cuba, saliendo de un aeropuerto cerca de Miami en un pequeño avión. Emma estaba en estado y se quedó en mi casa. Pero fue imposible aguantarla, porque a los pocos días se fue para Cuba.

Durante algún tiempo no supe más de Agostini. Se estaba moviendo en La Habana con grandes dificultades. Un día, por la mañana, me llamó Emma desde el aeropuerto de Miami. Estaba aterrada. Creía que a Jorge lo iban a matar. Laurent, un viejo enemigo, lo estaba acosando. Emma se hospedó esta vez en casa del ex-Coronel León.

Esa misma noche estalló la noticia. Emma Surís estaba desesperada. Quería regresar a La Habana esa misma noche. Yo le envié un recado a Carlos Prío con Artigas. Emma quería verlo. Prío dio la excusa de que estaba muy enfermo, pero me mandó mil dólares para que Emma se fuera para Cuba y pagara el entierro. No me atreví a decírselo a ella. Localicé a Antonio Prío y le conté lo que había hecho su hermano. “¡Este hermano mío es un imbécil!”, me dijo Antonio, siguiendo la costumbre de los tres hermanos de insultarse unos a otros. Y al poco rato me envió dos mil dólares más para que se los entregara a Emma Surís. Al día siguiente salió la mujer para La Habana para enterrar a su pobre marido. Agostini cayó víctima de su inagotable optimismo. Yo guardo un buen recuerdo de este hombre infeliz y no olvido todas las historias que me hizo de la época en que era jefe del servicio secreto de Palacio, en tiempos de Grau.

España se benefició de las rivalidades que existían en el siglo XIX entre Inglaterra y Estados Unidos. En 1825, Canning decía, con toda claridad, que ellos “querían que Cuba permaneciera unida a España”. Y agregaba: “Si esto no puede ser, queremos la isla independiente, bien sola o bien en conexión con México. Pero lo que no debe ser ni podemos consentir es que ninguna potencia marítima (por ejemplo Francia o Estados Unidos) tome posesión de ella”.

Esto explica por qué Estados Unidos, aun cuando se estuvo hablando siempre de comprar la isla a España, se abstuvo de arrojar sobre Cuba. ¿Por qué es que a fines del siglo ya Washington se siente en libertad de avanzar sobre ella? Henry Adams, en su autobiografía, explica el cambio de posición de la Gran Bretaña. La necesidad de protegerse de Alemania lanzó a los ingleses en brazos de los Estados Unidos. Para protegerse de sus enemigos europeos, a partir de 1895, Inglaterra empezó a buscar la alianza de los pueblos anglosajones. Es decir, lo que era imposible en 1825, ya a fines del siglo podían hacerlo impunemente. Inglaterra había dejado de ser un obstáculo en el Caribe.

Pero la guerra que comenzó en Cuba en 1895, la guerra que organizó Martí, fue, en cierto modo, un obstáculo para los expansionistas porque la opinión pública americana, movida por la prensa, llegó a simpatizar con la idea de la independencia de Cuba. La campaña de prensa a favor de los insurrectos fue un freno para los que querían apoderarse de la isla. Ni Cleveland ni McKinley, que lo sustituyó en marzo de 1897, aceptaron, en ningún momento, los proyectos del Congreso para reconocer la beligerancia de los cubanos. McKinley se opuso resueltamente a admitir oficialmente

que existía un gobierno cubano en los campos de Cuba. Sabía, y no se ocultó para decirlo, que al reconocer la beligerancia de los rebeldes se amarraba las manos. Quería sentirse libre de compromisos con los cubanos para poder llevar a cabo sus planes.

Pero ya, desde 1897, en Washington se empiezan a hacer planes para la ocupación de Cuba y Puerto Rico. En 1912 el General Enrique Collazo reprodujo en un libro una carta del Subsecretario de Guerra de los Estados Unidos, J.C. Breckinridge, enviada el 24 de diciembre de 1897 al General N.A. Miles, jefe del ejército americano, en la cual carta se expresan, en forma muy clara, los planes que ya se estaban haciendo para invadir Cuba y Puerto Rico.

Enrique Collazo fue un actor importante en la guerra de independencia. Siempre dio muestras de un espíritu crítico poco común. Fue uno de los agentes designados por Martí para organizar la sublevación de 1895. Graduado en la Escuela Militar de Segovia, España, Collazo, muy joven, se incorporó a la lucha armada que comenzó en Cuba en 1868. Luego volvió a la manigua cuando estalló la guerra en 1895. Peleó al lado del General Calixto García en Oriente. Publicó varios libros sobre la guerra y sobre la conducta de los americanos en Cuba. Probablemente su obra no tuvo mucha difusión porque Collazo fue un hombre que discrepó, desde el principio, del ambiente de complicidad que prevaleció en Cuba a partir de la ocupación americana.

La carta de Breckinridge que reprodujo Collazo en 1912 no ha sido muy comentada en años posteriores, y algunos hasta han insinuado que se trata de una carta apócrifa. Collazo, sin embargo, se inclina a creer que es auténtica.

La carta del Subsecretario de Guerra al General Miles contiene las instrucciones del departamento para “la próxima campaña militar en las Antillas”. En ella se habla de la “misión política” que tiene que desarrollar Miles como General en Jefe de las fuerzas americanas.

Es importante tener en cuenta que la carta tiene fecha de diciembre de 1897. El autor explica lo que es necesario hacer en los casos, distintos, de Cuba y Puerto Rico. El Subsecretario confiesa que el móvil principal de los planes de expansión en las Antillas es “resolver de una manera eficaz y rápida el conflicto de razas que cada día aumenta en los Estados Unidos merced al crecimiento de los negros”.

El autor de la carta cree que una vez que las islas de las Antillas estén en poder de Estados Unidos “no tardarán en ser desbordadas por una invasión de negros”. Estos, cree él, se irán para las Indias Occidentales ya que allí existen “ventajosas circunstancias para ellos”.

Al hablar de Cuba el autor de las instrucciones afirma que “sus habitantes son por regla general indolentes y apáticos”. En materia de educación se hallan “colocados desde la más refinada hasta la más grosera y abyecta”. Sus habitantes (los de Cuba) son indiferentes en materia de religión “y por lo tanto su mayoría es inmoral”. Son de pasiones vivas. Sensuales. Tienen ideas vagas sobre lo justo y lo injusto. Son propensos a la violencia.

Mr. Breckinridge no acepta la idea de anexar inmediatamente a estas gentes a la federación americana. Son elementos perturbadores. Sería una locura anexarlos. Antes hay que sanear el país “aunque sea aplicando el medio que la Divina Providencia aplicó a Sodoma y a Gomorra”.

He aquí un párrafo textual de la carta del Subsecretario:

*“Habrá que destruir cuanto alcancen nuestros cañones, con el hierro y con el fuego; habrá que extremar el bloqueo para que el hambre y la peste, su constante compañera, diezmen su población pacífica y mermen su ejército: y el ejército y aliado habrá de emplearse constantemente en exploraciones y vanguardias para que sufran indeclinablemente el peso de la guerra entre dos fuegos y a ellos se encomendarán, precisamente, todas las expediciones peligrosas y desesperadas...”*

Luego sugiere que la base de operaciones hay que establecerla en Santiago de Cuba y desde allí se puede ir avanzando hacia Camagüey. También tendrán que enviar un ejército a Pinar del Río para completar el bloqueo marítimo de La Habana.

Y luego resume:

*“Nuestra política se concreta a apoyar siempre el más débil contra el más fuerte hasta la completa exterminación de ambos para lograr anexarnos la Perla de las Antillas”.*

El Subsecretario de Guerra, J.C. Breckinridge, termina su carta sugiriendo que la época probable de la campaña será el próximo mes de octubre. Pero es necesario tener todos los detalles listos por si fuera necesario precipitar los acontecimientos.

Collazo, al reproducir la carta, dice que le cuesta trabajo admitir tanta perfidia. Elogia la bondad y la simpatía del pueblo americano en el trato a los cubanos. Pero, sin embargo, cree que los políticos americanos son capaces de realizar cosas como las que se expresan en la carta. El libro de Collazo en el cual reproduce la carta fue publicado en 1912.

No estaba equivocado Collazo al juzgar a los políticos americanos. La conducta que han seguido los diez presidentes que han gobernado en Estados Unidos durante los 42 años de acoso al pueblo de Cuba los revela como gentes sin escrúpulos morales.

No eran muchos los americanos que sabían donde estaban las islas Filipinas. Y mucho menos sabían lo que era Manila. Sin embargo, en el mes de mayo de 1898, saltaron de alegría cuando se enteraron de que la escuadra del Almirante George Dewey había destruido totalmente la flota española en la bahía de Manila. Fue una gran noticia para los americanos. Los filipinos los recibieron con entusiasmo porque creían que iban a liberarlos del yugo español. Algo parecido a lo que ocurrió en Cuba. Ya existía en las islas una complicada guerra de guerrillas contra la dominación española. De cierto modo, aunque no oficialmente, los invasores, en los primeros tiempos, hicieron promesas a los filipinos apoyando la independencia de las islas. Pero, a medida que avanzaban los días, el líder rebelde filipino, Aguinaldo, iba entrando en sospechas. El 5 de enero de 1899, después de firmado el tratado de París, Aguinaldo proclamó la República Filipina y asumió la presidencia. El 4 de febrero, americanos y filipinos intercambiaron disparos en Manila. McKinley recibió la noticia en Washington con evidente disgusto. “Nunca soñé que los filipinos responderían a nuestra compasión con el mauser”, dijo. El presidente, obviamente, esperaba que los filipinos le estuvieran agradecidos por haber invadido las islas. La lucha en las Filipinas duró hasta 1902 y tuvo un enorme costo en vidas para los Estados Unidos y mucho más para los filipinos. Los americanos fueron acusados de haber cometido horrendas masacres en las islas. Todo eso tuvo mucha influencia en el curso de los acontecimientos en Cuba. Por un lado, la crueldad de los americanos en el tratamiento de la insurrección en Filipinas sirvió para frenar la rebeldía de los cubanos. Por el otro, el temor de los americanos a que se reprodujera en Cuba la insurrección de Filipinas los obligó a ser muy cautelosos. Podría decirse, tal vez, que lo de Filipinas los impulsó a **sobornar con más intensidad a los cubanos para impedir la sublevación**. La posibilidad de otra guerra en Cuba, esta vez contra los americanos, estuvo siempre presente, tanto en la mente de muchos cubanos disgustados como en la de muchos americanos. Las intenciones de anexionar a Cuba sin contemplaciones, echando a un lado la Resolución del Congreso, tal como querían muchos dirigentes políticos y muchos periodistas, y tal como se planteó en el mismo Congreso, fueron refrenadas por temor a que Cuba siguiera el camino de los rebeldes filipinos. No habría sido lo mismo hacer una masacre con los cubanos, a pocas millas de las costas de Estados Unidos, que hacerla en las Filipinas, al otro lado del mundo. Por esta razón, los Estados Unidos tuvieron que acudir a formas más sofisticadas y encubiertas con el propósito de **quedarse** con Cuba guardando las apariencias. Esto es, convertir a Cuba en una colonia disimulada.

Una república de opereta, con unos gobernantes dóciles, al servicio de Washington. En Cuba se creó un modelo de dominación imperial que después sirvió a los americanos para resolver problemas en otros países. Esta ambigüedad, que duró desde 1902, con todas sus falsificaciones, hasta el estallido de 1959, es lo que explica la violenta revolución de Fidel Castro. En 1959 ocurrió la sublevación que debió haberse producido en 1901 o 1902. La guerra que se re-inicia en 1959 es la continuación de la que iniciaron los cubanos en 1895. El lapso de tiempo que va de 1898 a 1959, que fue de 61 años, la isla estuvo, realmente, bajo la dominación americana y ellos son responsables de todos los vicios del período republicano.

**H**ay algunas cosas que me siento obligado a esclarecer. Después del asalto al Cuartel Moncada, que fue el 26 de julio de 1953, al día siguiente la policía de Batista invadió el periódico *Pueblo*. Aquel día 27 el diario iba a salir con la mejor información sobre lo que había ocurrido en Santiago de Cuba. Era un lunes. Me llamó el Ministro de Gobernación, un sujeto un poco equívoco llamado Ramón Hermida, y me dijo que el Consejo de Ministros había acordado ponerme un censor. Pero que no me preocupara, que todo se arreglaría. Lo que hice fue acordar con los otros tres periódicos censurados que no saldríamos a la calle si se nos imponían limitaciones demasiado estrictas. El censor llegó respaldado por una patrulla de la policía. Se alarmó al ver el periódico que iba a salir y me exigió que lo cambiara todo. Me negué. La policía comenzó a hacer disparos dentro y fuera del periódico. El censor arrojó las planas que ya estaban hechas al suelo. Rompieron a culatazos algunos linotipos. Fui agredido físicamente por algunos agentes de la policía. En definitiva, *Pueblo* no se publicó aquel día 27. Los otros periódicos, por supuesto, aceptaron la censura y se publicaron. Aquella noche del 27 dormí en casa de Gastón Baquero, en el Vedado, y al día siguiente me estacioné en la Asociación de Reporters. Vino a verme Anselmo Alliegro y me dijo que Batista quería que fuera a verlo para darme excusas. Me negué. Lo vas a perder todo si te vas, “me dijo Alliegro. Y así fue. Pocos días después me marché a Miami. José López Vilaboy, que era un usurero, me compró mis acciones a precio de gallina flaca. Meses más tarde, también a través de mi hermano Raúl, le vendí a Vilaboy las acciones que había pagado Antonio Prío y le devolví el dinero. Me quedé con la propiedad del título de *Pueblo*. De acuerdo con la ley no podrían seguir publicando el periódico con ese título. Pero no les importó.

Lo curioso es que la SIP me dio de baja como miembro y me lo comunicaron oficialmente. A través de todo el gobierno, la SIP siempre mantuvo una, silenciosa complicidad con Batista. Las protestas contra la censura eran meras formalidades. Lo cual no es extraño si se tiene en cuenta que todos los periódicos de Cuba, menos *Bohemia*, se plegaron al gobierno.

De modo que mi exilio comenzó en agosto de 1953. En 1955 Batista le permitió al Congreso que aprobara una ley de amnistía para sacar a la calle a los participantes en el asalto al Moncada. También fueron incluidos todos los exiliados. Yo intervine, de algún modo, con Miguel Quevedo (que vino a Miami) para arreglar el pleito que tenía Prío con Batista. Un poco temeroso, Prío regresó a Cuba. Y a los pocos días, creo que en septiembre, yo me embarqué con Olga y los niños para La Habana.

Hubo un breve período de paz. Castro estaba en libertad y vivía en casa de su hermana Lydia, en el Vedado. Yo tuve algunas esperanzas de retornar al periodismo. Miguel Quevedo me ofreció la dirección de *El Crisol*. Estaba en negociaciones para quedarse con el periódico. Fue imposible. Cuando Quevedo le informó a Batista que yo iba a ser el director del periódico su respuesta fue neg-

tiva. Se opuso. Quevedo no quiso desafiarlo. A principios de 1956 yo inicié una negociación con los dueños del *Diario de la Marina* para hacer un diario. Propuse a Gastón Baquero como director. Mi intención era evadir la presión que iba a ejercer Batista. No dio resultados. Barroso, uno de los altos ejecutivos de la *Marina*, consultó con Batista. Se repitió la negativa. Batista no quería nuevos periódicos y no quería que yo volviera a tener acceso a la prensa.

Ya, a principios de 1956, volvió a enrarecerse el ambiente. Fidel se había ido para México. A Prío lo sacaron de su casa y lo montaron en un avión para Miami. Yo era vigilado y apenas si podía moverme. No había manera de trabajar y ganarme la vida. Entonces decidí vender un pedazo de tierra que tenía en Arroyo Arenas e irme para Europa.

Creo que fue en mayo de 1956 que me embarqué en La Habana, en el ferry, para Key West, con Olga y los dos niños. Pasé unos meses en París y después fuimos en automóvil a Madrid. No voy a entrar en detalles sobre mi estancia en España. Me relacioné con elementos anti-franquistas y al final tuve que salir, precipitadamente, por la frontera después de publicar una ruidosa entrevista con Dionisio Ridruejo. Recorrimos toda Europa en automóvil y al regresar a París la policía francesa me detuvo y me dio 24 horas para salir del territorio. Me acusaban de haber tenido relaciones con los elementos de la lucha argelina.

El hecho es que alrededor de mayo o junio estaba otra vez en Nueva York con Olga y los niños. Y a los pocos días regresamos a Miami. No podía, ni quería, regresar a Cuba. El embajador español en Cuba, Lojendio, me había puesto una demanda en La Habana por “desacato al generalísimo”. Y el representante de Francia había protestado por los reportajes sobre Argelia. Pude comprar una casa en Coconut Grove, en Darwin Street, y reanudamos el exilio en Miami, cada vez con menos recursos. Los reportajes que hacía para *Bohemia* en la América Latina me permitieron obtener algunos fondos, no mucho. Trabajar en Miami, en aquella época, era imposible. Olga daba clases en algunos colegios.

Viviendo en Darwin, en 1958, fue que murió mi hermano Raúl. Pardo Llada y otros amigos hicieron algunas gestiones en La Habana para que yo pudiera ir al entierro de mi hermano.

Después del entierro estuve unos días en La Habana y hablé con mucha gente. El ambiente era tenso. Pardo Llada se había ido en esos días para la Sierra con Fidel Castro. El candidato presidencial del gobierno, Andrés Rivero Agüero, me envió un recado para que fuera a verlo. Me recibió después de las doce de la noche en su casa. No recuerdo donde era. Estaba fuertemente custodiado por el ejército. Rivero era un viejo amigo mío. Me habló con entera franqueza. Tenía asegurado el triunfo electoral, pero no sabía lo que iba a pasar después. Aunque fue siempre leal a Batista, no se ocultaba para criticarlo abiertamente. Estuvimos conversando alrededor de cinco horas, hasta el punto de que el sueño empezaba a dominarme. En síntesis, Rivero me pidió que le llevara un mensaje a Carlos Prío explicándole su situación y sugiriendo que lo ayudara. Rivero estaba dispuesto a cortarse el período y celebrar nuevas elecciones en dos años.

En efecto, yo le trasmití el recado a Prío. Y, como era natural en él, no sabía qué respuesta dar. “¿Qué tú crees?”, me preguntó. Yo le propuse que en vez de dos años le pidiera a Rivero Agüero que celebrara elecciones en un año. Quedó encantado con la idea. Probablemente, pensó que podría ser candidato otra vez. Prío estaba completamente ajeno a la verdadera situación en Cuba y al clima revolucionario que se estaba desarrollando en algunas provincias.

Llegaron las elecciones de 1958 y, por supuesto, ganó Rivero Agüero. Prío me pidió que fuera a La Habana para hablar con Rivero y decirle que él aceptaba su plan con la variante de un año en vez de dos. Llamé a Rivero por teléfono y le dije que volaría a La Habana en los primeros días de diciembre de 1958. Ya se estaba tambaleando el gobierno de Batista y ya Batista, según se supo después, había recibido la orden de Eisenhower de largarse del país. Estaba haciendo las maletas.

El secretario de Rivero me estaba esperando en el aeropuerto de Rancho Boyeros y me llevó

directamente a la casa del nuevo presidente electo. Estuvo de acuerdo con la proposición de Prío. Pero Rivero se sentía muy pesimista. Probablemente, ya sospechaba que Batista estaba preparándose para huir. Conversamos durante varias horas. Rivero era un hombre de largas conversaciones. No tenía fin cuando empezaba a hablar. Salí de su casa como a las cinco de la mañana.

Lo curioso es que cuando regresé a mi hotel, en el Vedado, un amigo que me había acompañado, había sido detenido por la policía. Lo habían interrogado exigiéndole que les dijera dónde yo estaba. Como yo había pasado por el aeropuerto sin registrar mi entrada en Inmigración decían que yo había entrado ilegalmente. Me fui del hotel y le envié un recado a Rivero diciéndole que la policía quería detenerme. Parece que se arregló todo porque esa misma tarde tomé el avión para Miami. Ya estábamos casi a mediados de diciembre de 1958.

El 1 de enero de 1959 me sorprendió en los momentos en que estaba viajando en automóvil, con Olga y mis dos hijos, por George y Alabama. Regresé a Miami el día 3 de enero. A los pocos días me fui para La Habana en el ferry que salía de Key West. Confieso que en aquellos días yo me hice la ilusión de que podría regresar a Cuba y trabajar otra vez en mi profesión. Yo no creía que Fidel Castro era serio en sus planes revolucionarios. Yo había vivido de cerca el proceso del año 1933 y estaba convencido de que Cuba no había producido nunca un dirigente político capaz de mantener una posición radical más allá de un año o dos. He visto siempre con escepticismo las tendencias revolucionarias en la isla. El tiempo me demostraría que me estaba equivocando.

En las primeras semanas de 1959 Cuba era un hervidero de pasiones. Recuerdo que fui a visitar *Prensa Libre*, que ya estaba en la Plaza de la Revolución, y me recibieron Humberto Medrano y Ulises Carbó. Estaban eufóricos. Ya eran revolucionarios. “Fidel viene a almorzar aquí una vez a la semana”, me dijeron con entusiasmo. Estaban orgullosos de las relaciones que tenían con Castro. Fui muy discreto con ellos. Me dieron la impresión de que podrían denunciarme a la policía como contra-revolucionario. Carbó estaba en el extranjero.

El pobre Baquero estaba aterrado. El gobierno había desatado una campaña feroz contra el *Diario de la Marina*. No sabía que hacer. Por lo pronto, cometió el error de devolver los sueldos miserables que había recibido como Consejero Consultivo, creyendo que eso lo salvaba. Carlos Franqui y Cabrera Infante, en el periódico *Revolución*, la emprendieron contra Baquero. En realidad, el periódico se dedicó a atacar a todos los periodistas y escritores que habían logrado algún nombre en el pasado. Franqui y Cabrera disfrutaban azuzando a la policía contra las gentes. Exigían castigo para todo el mundo. Al pobre Paco Ichaso le cayeron arriba y lograron que fuera enviado a prisión. Cuando salió en libertad se marchó para México y allí murió al poco tiempo. A Baquero no le quedó más remedio que buscar asilo en la embajada del Perú. Lo fui a ver a la embajada y estaba desconsolado. Me pidió que me quedara con su automóvil para venderlo en Miami y mandarle el dinero a España. Fue un mal negocio para mí. Tuve que pagar los tres mil pesos que todavía debía por el automóvil y sacarle pasaje en el ferry. Le encargué a un chofer que había trabajado conmigo en el pasado que llevara el carro al puerto para embarcarlo. Ocurrió que la policía agarró al chofer, le pusieron una pistola en la boca y lo hicieron confesar que era yo el que estaba enviando el carro para Miami. Al chofer lo metieron en la cárcel, se quedaron con el carro y dieron órdenes de apresarme por estar en complicidad con elementos contrarevolucionarios. A partir de ese momento tuve que esconderme. Más tarde tuve que contratar a un abogado para que defendiera al pobre chofer y finalmente tuve que sacar al hombre de Cuba e instalarlo en Miami, donde murió muchos años después.

Me faltó poco tiempo para darme cuenta de que yo no podría quedarme en Cuba. Miguel Angel Quevedo me decía que me quedara y me aseguraba que Fidel quería verme. Pero por otro lado la policía me andaba buscando. La situación mía en Cuba era difícil. La profesión periodística en Cuba fue siempre muy conflictiva. Una cantidad considerable de gentes mediocres, que cultivaban la

envidia con esmero, estaba siempre al acecho para destruir al que estaba indefenso. En los tiempos de agitación política, la chusma periodística se tornaba peligrosa. Carlos Franqui y Cabrera Infante, dos personajes llenos de resentimiento, se dedicaban desde *Revolución* a satisfacer sus viejos rencores contra todos los que se habían destacado en el periodismo. A Ichaso, prácticamente, lo mataron, y a otros muchos, menos destacados, los hicieron huir del país. Lo mismo que hicieron con Baquero y con Ichaso lo harían más tarde contra Miguel Quevedo. Una conjura manejada por Enrique Delahozza obligó a Quevedo a buscar refugio en una embajada.

Los ataques contra mí en *Revolución* eran constantes. Era obvio que me querían ver en la cárcel para sacarme del escenario. Yo seguí en La Habana, pero estaba convencido de que tendría que salir del país.

Fueron días muy tensos para mí. Era evidente que si caía en el engranaje de la policía revolucionaria no podría salvarme de una larga condena. No estaba dispuesto a asilarme en una embajada. Dormía en dos o tres sitios distintos para evitar que me detuvieran. Cuando veía movimientos sospechosos me mudaba para otro lugar. Algunos amigos, pocos, me ayudaron en aquellos días. Franqui y Cabrera Infante ejercían el papel de verdugos desde las páginas del periódico. Fueron muchos los que fueron fusilados o cayeron en prisión por las denuncias de ellos dos. Andando los años, tanto el uno como el otro, saldrían huyendo de Cuba. Franqui se alzó con una fortuna en cuadros y joyas.

El 1 de mayo de 1959 logré salir de la isla en un avión regular de la Pan American. Pancho Varona, que ya en aquel tiempo estaba trabajando en la contrarevolución, me acompañó al aeropuerto y entretuvo a los agentes de la policía que vigilaban las salidas mientras yo sacaba, a última hora, mi pasaje para Miami. Pocos minutos después volaba hacia la Florida.

Había estado en Cuba apenas cuatro meses, entre enero y el 1 de mayo. Al llegar a Miami me encontré con que tenía que compartir el exilio con los batistianos, la misma gente que en el pasado me había perseguido y arruinado. No fue fácil la convivencia, a pesar de que yo tenía muchos amigos entre aquellas gentes.

El período que va desde aquel día de mayo de 1959 y el otro día, a mediados de 1994, en que regresé, a Cuba, es decir, 35 años, creo que yo viví una rica experiencia. A través del estudio y la observación del medio en que tuve que vivir, y siempre alimentado por el escepticismo, que no me ha abandonado nunca, he llegado a tener una visión dramática de mis compatriotas y de mi tierra. Viví de cerca el nacimiento del anti-castrismo y la subordinación de los cubanos a los intereses americanos. También he presenciado como aquellos que fueron llegando como fugitivos durante todos esos años, se han ido apoderando del sur de la Florida y han acumulado enormes fortunas, muchas de las cuales se han basado, originalmente, en el narcotráfico y el lavado de dinero. Los fundadores del exilio cubano ya han muerto casi todos en el año 2000, pero han sido reemplazados por otros elementos, más jóvenes, muchos de ellos nacidos en los Estados Unidos, que han utilizado el caso de Cuba para lograr impunidad. Se ha establecido la noción de que los **combatientes por la libertad de Cuba** no deben ser perseguidos por la justicia americana. De tal modo que el exiliado opera con entera libertad y cuando cae ante un juez, por un robo, una estafa, o por lavado de dólares o tráfico de droga, casi siempre obtiene un tratamiento benévolo. En parte, porque el propio juez, muchas veces, pertenece a la mafia o tiene negocios con ella.

En los primeros tiempos, en 1959, se inició en Miami la conspiración de Trujillo. Hay que entender que Rafael Leonidas Trujillo fue el primer abanderado del anti-castrismo. La información me la suministró Andrés Rivero Agüero, quien viajó a Santo Domingo en el mismo avión que Batista. Al amanecer del 1 de enero de 1959 ya estaba Trujillo frente a Batista anunciándole que lo tenía todo preparado para invadir a Cuba con un ejército y acabar con la revolución.

Batista se mostró sorprendido por la proposición de Trujillo:

—General, eso no es posible... Tenemos que examinar la situación con cuidado. Yo creo... —trató de explicar Batista.

—No hay que analizar nada, lo que tenemos que hacer es actuar con rapidez, antes de que se organicen... —respondió Trujillo.

Batista insistía en que no era conveniente.

—Mire, general, usted ha tenido para donde correr, pero si yo no hago algo ahora para frenar ese movimiento llegará un momento en que yo mismo me veré en peligro... ¡Y yo no tengo para donde correr! —fue la respuesta de Trujillo.

A partir de aquel momento Batista quedó convertido en un prisionero de Trujillo. Pero la conspiración trujillista siguió adelante. Un grupo de cubanos se integró al plan. Al frente estaba el viejo General José Eleuterio Pedraza. Panchito Cajigas, que había perdido todo su dinero en Cuba, consiguió un préstamo de medio millón de dólares del rey del aluminio, que había sido socio de él, creo que se llamaba Arthur Mining Davies, o algo así. A Cajigas le hicieron creer que él sería el presidente del nuevo gobierno. También se incorporaron Emilio Núñez Portuondo y Luis Humberto Vidaña. En realidad, la conspiración estaba en su apogeo en Miami en el año 1959 y comienzos de 1960.

Yo hablé con Cajigas, que era amigo mío, y con Vidaña. Me llevaron a una conversación con Pedraza. El hombre estaba ya bastante viejo. Aparentemente, tenían algún apoyo americano, pero no era muy firme. La idea de invadir Cuba para barrer con la revolución y fusilar a Castro e instalar un gobierno manejado por Trujillo era absolutamente disparatada. Pero un grupo de cubanos de Miami, que habían estado vinculados al gobierno de Batista, daba por hecho que el triunfo era seguro. El pobre Pedraza daba la impresión de no tener la menor idea de lo que estaba pasando. En el fondo, la conspiración fue un pretexto para cogerle algún dinero a Trujillo y aprovechar el dinero que había coseguido el pobre Cajigas, que era un hombre decente e ignorante. Es el único caso que he visto de un cubano que invierta todo su dinero, el que le habían prestado, en una conspiración.

Fidel Castro desembarcó por las costas de la provincia oriental a fines del año 1956. El Ché, con cierto sentido del humor, escribió más tarde que no habían desembarcado sino que había sido un naufragio. Es cierto. Poco después del desembarco, los expedicionarios se metieron en un cañaveral y el Comandante González, que dirigía las tropas del gobierno, le dio candela al cañaveral. De lo ochenta y tantos invasores se salvaron muy pocos.

El corresponsal en La Habana de la United Press, que era un buen hombre llamado Francis McCarthy, reportó a Nueva York que Fidel Castro había muerto en el desembarco. El Comandante González, desde Oriente, informó al jefe del ejército que algunos de los expedicionarios se habían salvado del incendio y que estaban dirigiéndose hacia la Sierra Maestra para buscar refugio. Pidió permiso para continuar la persecución y aniquilarlos. Batista dio órdenes de que suspendieran las operaciones. Y así fue. Aquella orden dada por Batista tuvo una importancia enorme en la historia de Cuba. Si le hubieran autorizado a González continuar las operaciones Castro no habría llegado a la Sierra y nunca habría ocurrido una revolución en Cuba.

Unos meses más tarde, el corresponsal del *Times* de Nueva York, Herbert Matthews, logró llegar a la Sierra Maestra y entrevistó a Fidel Castro. El Ministro de Defensa de Cuba, Santiago Verdeja, declaró que era falsa la entrevista porque Castro había muerto en el desembarco. Matthews entonces publicó una foto con Castro.

Al día siguiente, Batista estaba reunido en su oficina del Palacio Presidencial con su ayudante Francisco Tabernilla y habían citado a Rafael Díaz Balart que conocía bien a Fidel porque su hermana había estado casada con él.

—Bueno, Rafaelito, te hemos llamado para que tú nos digas si ese hombre que aparece en la fotografía es Fidel Castro... Míralo bien.

—Presidente, no es necesario. Ya yo he visto la fotografía y puedo asegurarle que ése no es Fidel Castro... Herbert Matthews nos está metiendo un fraude... Castro debe estar muerto.

—¿Y cómo tú sabes que ese no es Fidel? —preguntó Batista...

—Bueno, muy fácil, porque Fidel nunca ha tenido barba.

Batista quedó muy complacido con las palabras de Rafaelito. Eso era, precisamente, lo que él quería oír.

Claro, ni Díaz Balart ni nadie podrían haber reconocido a Fidel en las fotografías borrosas del *Times*. La tupida barba de varios meses ocultaba casi completamente el rostro habitualmente lampiño de Fidel. Era absurdo pedirle a Díaz Balart que identificara al hombre de la fotografía. Batista, además, estaba convencido de que Castro había muerto en el desembarco. En la época en que se produce la entrevista de Herbert Matthews, Batista se siente muy seguro en el poder que ejerce. No cree que en la Sierra Maestra se pueda sobrevivir.

Estaba tan confiado que cuando en diciembre del 56, mientras estaba jugando al bridge en la casa de Yoyo García Montes, le informaron que se había producido un desembarco en Oriente, y que se trataba posiblemente de Fidel Castro, ni siquiera suspendió el juego. Tabernilla insistía en darle la información y Batista lo mandaba a callar... Unas dos horas más tarde, cuando terminó de jugar y se tomó un trago, llamó a Tabernilla, que era el jefe del ejército, y le dijo que le explicara lo que había pasado. Al recibir la información lo único que se le ocurrió fue pedir que le trajeran un mapa de la *Eso* y entonces, como un gran estratega, lo extendió sobre la mesa y dijo:

—Vamos a ver ¿por dónde desembarcó ese muchacho...

—Por aquí... —le respondió Tabernilla.

—Está perdido. Yo conozco la zona. Lo que tienes que hacer, Pancho, es llamar al jefe del escuadrón que cubre esa zona y decirle que les caiga arriba...

Y después se fue a dormir. González, que era el jefe militar de la zona, informó unos días después que casi todos los expedicionarios habían muerto en el incendio del cañaveral. Solamente tres o cuatro habían podido huir.

—Dile a González que suspenda la persecución, que ya eso no tiene mayor importancia... Están perdidos. —fue la orden final de Batista.

Así era aquel país en aquellos días finales de 1956 y principios de 1957. Lo que estremecería a Batista en aquel año de 1957, el 13 de marzo, fue el asalto al palacio, presidencial. Por primera vez sintió los tiros cerca de sus habitaciones y se espantó. Los asaltantes habían llegado muy cerca de su residencia en el palacio. Ya a partir de aquel momento Batista no pudo dormir tranquilo.

A través de los años, que ya son muchos, la muerte de Castro ha sido uno de los temas favoritos de las gentes de Miami que se dedican a vigilar a Cuba. En un tiempo se hicieron planes minuciosos para asesinarlo, pero fue imposible. El fervor anti-castrista no se elevaba hasta el punto de que alguien se jugara la propia vida para acabar con la del otro. Después, con los años, la cosa se desarrolló partiendo del supuesto de las enfermedades. A Castro se le han atribuido todas las formas

del cáncer. Cada vez que aparece en la televisión, los cubanólogos lo observan atentamente. Que si camina despacio. Que si está perdiendo el equilibrio. Que si tiene la mirada de tal o cual modo. Que si ha bajado de peso. Que la voz le suena opaca.

Hay gentes en Miami, fácilmente reconocibles, que cada vez que Fidel Castro se pasa varias semanas sin aparecer en público inmediatamente inventan la especie de que está agonizando o ya ha muerto. En cierta ocasión, no hace mucho, un personaje anunció que era inminente la muerte de Fidel, pero que nadie se preocupara, porque ya él, el personaje, había tomado las medidas oportunas para hacerse cargo de la situación. Inclusive las autoridades locales, siempre ineptas y corruptas, se prepararon para una emergencia. A lo mejor pensaron que podrían agarrar algunos billetes con la movilización.

En realidad, si se viene a ver, el ciudadano común que puebla las calles de los barrios cubanos de Miami tiene una cierta actitud ambivalente con respecto a Castro. En el fondo hay algo de secreto amor detrás de ese odio que proclaman con entusiasmo. Cuba no ha producido nunca, a través de toda su existencia, una figura del nivel histórico de Fidel Castro. En los primeros años de la revolución era posible dudar de esto. A estas alturas, sería una estupidez negarlo. En estas gentes que hablan horrores de Fidel Castro siempre se puede detectar una recóndita admiración. Y hay hasta un cierto orgullo en haberlo conocido. Carlos Franqui, por ejemplo, ha logrado cierta estabilidad económica gracias al hecho de haber vivido un tiempo cerca de Castro. Es su orgullo y su manera de vivir. Guillermo Cabrera Infante, por ejemplo, ha logrado una cierta notoriedad como escritor costumbrista gracias a que recorre el mundo hablando de Castro y proclamándose su enemigo a muerte. Inclusive, el Premio Cervantes se lo dieron a Cabrera Infante porque el señorito Aznar quería molestar a Fidel Castro. Fue un premio político dado a un cubano que presume de ser un perseguido de Castro y que se ha forjado una fama heroica con esa patraña. Yo creo que Castro ni siquiera se acuerda de Cabrera Infante, a pesar de que éste fue, en un tiempo, y durante años, un devoto servidor de la revolución cubana a nivel de calle. No hablemos de estos locutores de Miami que en un tiempo fueron casi voceros del castrismo y que hoy encienden los micrófonos con su odio. Están orgullosos de lo que fueron y se sienten autorizados para ser lo que son. Están ocupando un puesto, en la historia, aunque no sea de modo glorioso sino como ratas de la política.

El tema es largo y complejo y el tiempo breve. Estos odios que se desatan contra las grandes figuras que se meten en la historia han sido muy frecuentes. Despues que Martí murió en Dos Ríos, en 1895, estuvo a punto de ser sepultado en el olvido por sus contemporáneos que le guardaban rencor porque era grande y puro. Los americanos lo condenaron a una especie de ostracismo porque había sido anti-imperialista y había visto claro lo que podía pasar. Fue en 1921, cuando empiezan a emerger nuevas generaciones más atentas, que se tuvo que hacer un decreto para revivir a Martí. Increíble.

Pero, en fin, volviendo al tema. ¿Qué pasaría si muere Castro de alguna cosa prevista o no prevista? Algunos, en Miami, creen que todo el aparato revolucionario se vendría al suelo. Grave error. ¿Cuántas gentes en Miami se ocultarían en sus casas para disimular algún sollozo? ¿Cuántos se quedarían mudos pensando que con Castro se les muere un poco la propia alma?

Imaginemos lo que pasaría en Cuba. No es difícil. Dignatarios del mundo entero marcharían detrás del feretro de Castro hasta sepultarlo en algún lugar que quedaría marcado para las peregrinaciones futuras. ¿Lo duda usted? No lo dude. Ocurrirían cosas muy extrañas, porque Castro es, ostensiblemente, a esta altura de su vida, un sujeto de la historia. La muerte de Castro, después de 42 años al frente de un país sometido al asedio más brutal que se ha hecho en la historia de América, se convertiría en una bofetada histórica para el país que se ha impuesto la tarea de destruir al pueblo de Cuba. De pronto, el caso de Cuba, víctima de Washington desde 1898, cobraría un relieve nunca visto.

Es decir, es posible prever, tras un análisis de las fuerzas en presencia, que la muerte de Castro

podría convertirse en un salto histórico para consolidar la independencia y soberanía de Cuba. Todo lo contrario de lo que esperan los pedestres enemigos que hacen cálculos en base a sus apetitos más primarios. Para vislumbrar el futuro es necesario sobreponerse a las pasiones. Y eso es lo que hace la muerte, que es contagiosa. Cuando viene, nos damos cuenta, súbitamente, que toda muerte, de alguien muy odiado o muy amado, nos empuja un poco más hacia el desamparo. Un Castro muerto en la intransigencia, invicto, sería un ejemplo difícil de borrar.

**L**a muerte de Octavio Paz agrega más pesadumbre a nuestra soledad. Cuando se va un hombre así, tan lúcido, todos nos vamos un poco con él. Se siente más cerca la necesidad de morir. Algo se muere en todos nosotros. No tiene sentido elogiar al muerto, que no lo necesita. Porque lo peor es el sentimiento de orfandad que nos deja.

Lo grotesco es que en Miami, la muerte de este hombre ha hecho temblar los micrófonos, no porque haya desaparecido una figura egregia del pensamiento sino porque **ha muerto un anti-castrista**. Lo que fue Paz no importa. Su obra queda en la sombra. En la radio se repite con entusiasmo aquella frase de Octavio Paz: “nunca se es suficientemente anti-castrista”. En el *Herald* nos recuerdan que Paz acusaba a Castro de ser “un caudillo”.

¿Por qué un hombre tan lúcido como Octavio Paz pierde de vista la íntima realidad de Cuba y cae en una cosa semejante? Imposible hallar una explicación racional. Lo más probable es que Octavio Paz, como tantos otros, redujo el problema de Cuba a una lucha de comunistas y anticomunistas, y tomó partido por lo último.

¿Pero es tan simple el caso de Cuba? ¿Es realmente Castro un caudillo a la manera de Trujillo o Somoza? El formidable aparato de propaganda de los Estados Unidos, desde los primeros meses de 1959, cuando ni siquiera Cuba se había vinculado todavía a la Unión Soviética, planteó el problema de Cuba en términos de comunismo y anti-comunismo y arremetió contra la revolución para liquidarla. Han pasado 42 años. Ya no existe la Unión Soviética. El comunismo cubano es algo vago y confuso que no tiene ya nada que ver con la realidad de Cuba. Lo que queda es una isla acosada por los Estados Unidos. ¿Pero hay algo nuevo en esto? ¿Cómo es posible que hombres tan lúcidos como Octavio Paz no hayan podido entender que al margen de la izquierda o la derecha, al margen de comunismo y anticomunismo, al margen de si la revolución sirve o no sirve, todo el meollo de la tragedia de Cuba reside en la firme decisión de los Estados Unidos de considerar a Cuba como parte del territorio americano?

¿Es Cuba, realmente, una simple extensión de los cayos de la Florida que le ha sido arrebatada a los Estados Unidos o es una nación diferente, con una cultura propia y con todos los derechos para aspirar a ser independiente y soberana?

Durante 30 años, de 1868 a 1898 lucharon los cubanos por obtener la independencia y se enfrentaron a un ejército español de más de 250,000 hombres y a las presiones de los Estados Unidos para proteger el colonialismo español. Ni México ni las otras naciones de América tuvieron que enfrentarse a obstáculos tan grandes para lograr la independencia. El caso de Cuba fue único.

En 1898 España estaba agotada y vencida. Los cubanos estaban a punto de obtener la independencia. Los Estados Unidos se negaron repetidamente a reconocer la beligerancia de los cubanos. Lo que hicieron fue invadir la isla, con la complicidad ingenua de los propios cubanos, y ocuparla militarmente. Desde el 1 de enero de 1899 Cuba se convirtió en un simple protectorado de los Estados

Unidos. Hasta 1959 los americanos manejaron a su antojo, mediante sobornos, amenazas, intervenciones, etc., los asuntos de Cuba. Durante todos esos años los cubanos fueron debidamente entrenados para ir disolviendo el sentimiento nacionalista, de por sí bastante débil. Es obvio que una parte de la población cubana, a través de los tiempos, ha sido sutilmente partidaria del protectorado. Los casi dos millones de cubanos que viven en los Estados Unidos y que se proclaman anti-castristas son, en rigor, parte de ese contingente que ve a los Estados Unidos como la salvación de Cuba. Pero hay otros millones de cubanos, no necesariamente partidarios incondicionales de la revolución, que creen en la nacionalidad y no aceptan la idea del protectorado.

Es obvio que los Estados Unidos aspiran a aplastar este sentimiento nacionalista para recuperar el control de la isla e imponer otra vez sus normas. E imponer a sus habituales cómplices cubanos. ¿Alguien lo duda? ¿Cuarenta y dos años de esfuerzo no lo demuestran? Invasiones, terrorismo, intentos de asesinato, bloqueo ¿qué es lo que no han intentado los americanos por obligar a Cuba a bajar la cabeza?

¿Cómo es posible que hombres de la calidad espiritual de Octavio Paz, sobre todo un mexicano, no puedan entender que Cuba es un país martirizado por los Estados Unidos? ¿Cuál es el principal obstáculo que encuentran los Estados Unidos para volver a apoderarse de Cuba? Sin duda, Castro. Caudillo o no, Castro representa la intransigencia frente a los Estados Unidos. Se puede detestar a Castro en el orden personal. Se puede disentir de sus ideas y de su conducta. ¿Pero es posible negar que Castro representa, hoy, el espíritu nacionalista cubano? Es fácil, desde los centros imperialistas, condenar el nacionalismo como algo pasado de moda, pero los imperios no renuncian a su propia soberanía.

Cuba ha sido víctima, durante los últimos cien años, de la arrogancia y la voracidad americana, y siempre ha tenido un sector enorme de su población aspirando a la libertad e independencia. ¿Por qué se le niega? ¿Por qué se admite sin cuestionamientos el derecho de los Estados Unidos a liquidar a Castro y **democratizar** a Cuba? En rigor, por indiferencia o por error. Octavio Paz se hizo cómplice de la conducta innoble de Washington y de sus aliados cubanos, los de Miami.

Es lamentable que a la hora de su muerte, que nos deja en tanta soledad, estos cubanos de Miami, cómplices de los Estados Unidos, agarren a Octavio Paz como una bandera para justificar su conducta infame.

**E**l pensamiento y la acción de Martí forman el núcleo central del contenido político de la revolución que triunfó en 1959. Eso tiene historia. Castro fue al asalto del Moncada, en 1953, llevando el estandarte de Martí. Como yo soy un hereje que gusta de ver las cosas por delante y por detrás, y hasta por debajo, algunas veces me atrevo a pensar que lo que tiene la revolución cubana de impulso delirante y poético es, precisamente, el ingrediente martiano. Cuando uno se adentra en el ámbito de Martí debe hacerlo dispuesto a entender que camina sobre un piso oscilante. Es la irrealidad. Todo en Martí es ambiguo, hasta su misma muerte casi deseada.

Pero he aquí que en Miami, los cubanos, que han integrado una sociedad que nace contrapuesta a Martí, también festejan el natalicio del Apóstol y pronuncian discursos y escriben artículos alabando su memoria y sus ideas. Y la emisora con la que se intenta socavar el régimen de Cuba también lleva el nombre de Martí. De modo que Martí sirve para dos cosas radicalmente distintas. En Cuba, para exaltar el espíritu de independencia. Y en Miami para justificar el anhelo de retornar al protec-

torado que se estableció en 1902.

En rigor, la culpa no es totalmente de Martí, que ha sido la víctima. Tal vez él mismo, sin darse cuenta, provocó esta situación cuando decía que **hay cosas que hay que llevarlas en silencio**. Por no haber hablado y escrito con claridad para fijar los objetivos de su proyecto político es que hoy los Estados Unidos, con sus agentes cubanos, pueden usar a Martí en Miami donde se ha creado un tipo de sociedad que es íntimamente anexionista. Miami es la contra-Cuba.

Hay algo trágico en estas confusiones. Desde mediados del siglo XIX ha estado muy claro que el obstáculo mayor para la formación de una nación independiente en Cuba han sido los Estados Unidos. Narciso López, a mediados del siglo XIX, organizó la conquista de la isla con un ejército integrado, mayoritariamente por americanos y con una bandera en la cual se destacaba una estrella solitaria que iría a unirse a las estrellas de la bandera americana. Son pocos los que saben que López, cuando tenía que arengar a sus hombres, se veía obligado a utilizar un intérprete. Porque él no sabía inglés y sus soldados no entendían el español. Esa es la bandera hoy.

Vamos a no engañarnos. Lo que ocurre en Miami hoy no es nada nuevo. A través de toda la lucha que se desarrolla en Cuba para expulsar a los españoles, desde 1868 hasta 1895, lo que fluye por debajo es el propósito de incorporar la isla a los Estados Unidos. Todo esto está muy documentado aunque se ha tratado de minimizarlo. Las gentes más lúcidas de Cuba, que eran los autonomistas, querían salvar a la isla de las garras de los americanos mediante la autonomía. Es decir, independencia limitada sin romper los vínculos con España.

Es Martí el que saca adelante, con su prosa arrebatada, la idea de la independencia y organiza la guerra del 95. ¿Compartían realmente sus mejores amigos y seguidores el ideal de independencia? Tal vez, no. Gonzalo de Quesada, después de la muerte de Martí, se convierte casi en un agente americano. Fermín Valdez Domínguez en 1902 lanza elogios desmedidos sobre Estrada Palma, que era un agente americano anexionista. Hay excepciones gloriosas, como el caso de Maceo, que murió en su ley. Juan Gualberto Gómez no lo traicionó y por eso el Gobernador americano Leonardo Wood decía que era un “negrito insolente y buscapleitos”. Máximo Gómez, muertos Martí y Maceo, le escribe a los presidentes Cleveland y McKinley en 1897 pidiendo que intervengan en Cuba y luego colabora con los invasores americanos y hasta recibe dinero de ellos. Se comportó como un cómplice. Hubo muchas excepciones y actos de rebeldía frente a la ocupación americana, pero en general, hubo sometimiento y hubo complicidad. Y es que aquella generación, que había peleado valientemente en los campos de Cuba, no estaba preparada realmente para hacerle frente a la abrumadora presión americana. Cuba fue invadida, y sometida ignominiosamente en 1898, con la complicidad de muchos cubanos y Martí, su ideario, fue, de hecho, desterrado de la vida pública cubana y fue, en algunos casos, insultado y vejado.

Si alguien revisara los discursos que se pronunciaron en la Asamblea Constituyente del año 1901 (la misma en que se aprobó la Enmienda Platt por mayoría de votos y mediante la cual quedó establecida la semi-colonia) encontraría un discurso del delegado Eliseo Giberga insultando a José Martí en los peores términos. Las clases más responsables de la sociedad cubana, los hacendados, los comerciantes españoles ricos, los propietarios cubanos, algunos políticos, etc., detestaban a Martí. Inclusive el Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí en 1892, y que fue el partido que organizó la guerra en Cuba, fue prontamente disuelto. No era un partido grato a los americanos. No era conveniente, para nadie, expresar muchas simpatías por Martí. Fueron pocos los que se atrevieron a exaltar su memoria. Muertos Martí en 1895 y Maceo en 1896 quedaron muy pocos en Cuba con suficiente prestigio e inteligencia para llevar adelante el ideario de Martí. A los pocos meses de la muerte de Maceo ya estaba Máximo Gómez escribiendo una carta a los presidentes Cleveland y su sucesor, McKinley, suplicando la intervención de Estados Unidos en Cuba, que era, precisamente, lo que

Martí había rechazado siempre.

La Gaceta Oficial del 27 de abril de 1922, veinte años después de la instauración de la república en 1902, publicaba una ley del Congreso por la cual “se hace obligatorio rendir homenaje a Martí, a partir de ese momento, cada 28 de enero”.

La ley era un verdadero poema que revela la situación en Cuba. En ella se declara día festivo el 28 de enero. Se obliga a todos los municipios de la isla a ponerle el nombre de Martí a una calle. Se ordena que en cada municipio se le levante una estatua, o un busto, o un obelisco, o una tarja, etc. Todos los 28 de enero deben marchar los niños con una flor en el pecho frente al monumento a Martí. Todos los años, cada 28 de enero, se celebraran actos y se pronunciaran discursos y se recitaran versos, etc.

¿Por qué fue necesario hacer obligatorio, y por una ley, el homenaje a Martí? Porque la generación independentista, con algunas excepciones, no había hecho nada o casi nada para rendirle tributo al hombre que había organizado la guerra. En la semicolonía que era Cuba la voz de Martí era subversiva. No era grata a los oídos del americano. Pero ya a partir del año 20 empieza a emerger en Cuba una nueva generación cubana que trae un mensaje nuevo. Allí aparecen todos los hombres que luego van a despuntar en el año 1927. Allí están ya Mella, Martínez Villena, Mañach, y muchos más. Algunos aparecerán después en el Partido Comunista. Otros se orientarán hacia una posición liberal. En rigor, la nueva Cuba hace su aparición en la década de los años 20. Y es esta generación la que reivindica a Martí.

Durante los años de la ocupación militar americana, de 1899 a 1902, el hombre que se enfrenta a los americanos es, precisamente, el que había estado más unido a Martí ideológicamente. Me refiero al mulato Juan Gualberto Gómez. Este hombre fue el que organizó en Cuba el alzamiento del 24 de febrero siguiendo las instrucciones de Martí. Y cayó preso enseguida. Pero fue, durante la ocupación americana, el que se enfrentó al Gobernador Leonardo Wood y este llegó a pronunciar palabras condenatorias tildándolo de agitador profesional. “Negro insolente y pendercierno...”

Pero hay un documento de Juan Gualberto que define claramente lo que fue aquella república que se inició en 1902 y terminó el 1 de enero de 1959. El artículo se publicó en *El Figaro*, el 20 de mayo de 1902, precisamente en los instantes en que tomaba posesión Tomás Estrada Palma de la presidencia, impuesto por los americanos.

El artículo es largo. Pero, sustancialmente, lo que dice es que la república que se está inaugurando en ese momento con Estrada Palma no tiene nada que ver con el ideario de Martí. Ha habido una desviación. El proyecto del Partido Revolucionario Cubano ha sido traicionado. Martí, según Juan Gualberto, organizó la guerra no contra los españoles sino para obligar a España a renunciar a una dominación ya caduca. Cuba no debía ser enemiga de España. Inclusive era necesario invitar al español a formar parte de la nueva nación. Juan Gualberto señala que Martí y Maceo querían una república eminentemente latina, sin compromiso ninguno con los Estados Unidos. Martí era resueltamente opuesto a que Estados Unidos interviniera en ninguna forma en el conflicto cubano. Era algo que cubanos y españoles tenían que resolver de común acuerdo; Martí creía que al desarrollarse el movimiento insurgente España se vería obligada a aceptar la mediación de las repúblicas de la América Latina y sería posible llegar a acuerdos para lograr la independencia sin necesidad de que Estados Unidos se metiera en el conflicto. Las dos grandes ideas de la revolución del 95 fueron, en primer lugar, despojar el movimiento de todo propósito de odio al español y, segundo, impedir que los Estados Unidos pudieran intervenir en el conflicto.

Juan Gualberto llegaba a la conclusión de que los propósitos de Martí habían sufrido una desviación. Estrada Palma había apoyado la intervención americana. Juan Gualberto, obviamente, estaba disgustado con Máximo Gómez, pero no llega a nombrarlo, a pesar de que este, Gómez, había apoyado la intervención americana.

De hecho, en aquel momento, y en su estilo sobrio y firme, Juan Gualberto Gómez estaba condenando a los que le habían vendido el país a los americanos y habían aceptado una república subordinada a Washington. Juan Gualberto se había opuesto enérgicamente a la Enmienda Platt. Su vida, hasta el día de su muerte, a principios de 1933, fue un evangelio vivo. Fue el hombre de Martí en la Cuba sometida a Washington. Ocupó cargos, y murió en la mayor pobreza. Ni la república mediatizada ni la revolución de 1959 han sabido rendirle a Juan Gualberto Gómez el gran homenaje que merece.

Es importante tener en cuenta lo que señala Juan Gualberto cuando dice que Martí rechazaba el odio al español y quería obligar a España a negociar con los insurgentes la independencia y con la mediación de los países de la América Latina. Es decir, dejando afuera a los americanos. Para eso era la guerra. Para crear las condiciones propicias al entendimiento entre españoles y cubanos.

Ese momento se produjo en abril de 1898 cuando el gobernador español Ramón Blanco le escribió una carta a Máximo Gómez ofreciendo la independencia de Cuba a cambio de que los cubanos se unieran a los españoles para impedir la invasión americana. El generalísimo respondió en una forma brutal negándose a considerar la idea del gobernador Blanco. No quería nada con España. Gómez odiaba a los españoles. Y en su respuesta airada proclama su devoción hacia los Estados Unidos. Tal como lo demostró después. Martí y Maceo habrían aceptado la proposición del gobernador.

Por eso resulta incoherente que en el centro de La Habana todavía se levanta la estatua ecuestre de Máximo Gómez. Los historiadores cubanos de la revolución siguen defendiendo la obra de Gómez. La revolución, a pesar de su irreverencia, no se ha atrevido a bajar al Generalísimo de su pedestal para instalar al mulato Juan Gualberto. Yo siempre he dicho que el espíritu de protectorado que existe en Miami y que existió siempre en la isla, no ha muerto del todo bajo la revolución.

Después de las elecciones de 1948, que ganó Prío, gracias a la ayuda de José Manuel Alemán, Eddy Chibás se sintió muy deprimido. Había abrigado la esperanza de llegar al poder con el voto popular. Fue inútil. En los últimos meses de la campaña electoral, el gobierno sacó a la calle una cantidad impresionante de dinero. Chibás fue aplastado. Lo mismo ocurrió con el otro candidato, Núñez Portuondo. Prío se alzó con la presidencia. Era difícil, en aquel momento, prever el trágico final que tendría aquel triunfo. Prío era un hombre incapaz. Y, además, ambicioso de dinero. Entre el año 48 y el 50 el gobierno se desprestigió totalmente. Fue en ese período que Prío hizo el **negocio** de los billetes **no incinerados** en complicidad con su hermano Antonio, que era Ministro de Hacienda. Se cuenta que alrededor de 30 millones de pesos cubanos que serían sustituidos por billetes nuevos iban a ser incinerados. El negocio consistió en algo muy sencillo y que a nadie se le había ocurrido hasta ese momento: poner en circulación los billetes nuevos y **no quemar los viejos**. Con lo cual Carlos Prío y su hermano Antonio, y otros personajes, se repartieron los millones. El fraude se vino a conocer después del golpe de estado.

Durante esos dos años estuvo cerca de Chibás un hombre clave. Se llamaba Rafael García Barcenás. Yo lo conocí mucho. Inclusive había sido profesor de psicología en el Instituto y yo había recibido clases de él. Barcenás era un personaje raro en el medio cubano. Había estado vagamente mezclado en los conflictos del 4 de septiembre como miembro del Directorio Estudiantil. Era un hombre de una gran pulcritud moral. Barcenás hablaba de la regeneración moral del pueblo cubano. No creía mucho en los procesos electorales.

Barcenas, entre otras cosas, era profesor en la Academia Superior de Guerra y tenía contactos casi diarios con muchos de los oficiales jóvenes que tomaban cursos en la academia. La idea de introducir un elemento de pureza en la vida política cubana era uno de los temas preferidos de Barcenas. Fue Barcenas el que convenció a otros dos profesores de la academia, uno, Roberto Agramonte y el otro, Herminio Portell Vilá, de la posibilidad de organizar un golpe de estado con los oficiales jóvenes del ejército para llevar a la presidencia a Eddy Chibás e iniciar un proceso de regeneración. Lo que faltaba era convencer a Chibás, que era francamente electoralista.

El fracaso de Chibás en las elecciones de 1948 le abrió el camino a los tres conspiradores. Chibás, más o menos, se dejó convencer por los profesores, que eran, además, miembros de su partido. No quiso participar en ninguna reunión con los oficiales, pero aceptó la posibilidad de llegar al poder por la vía del golpe. Comenzó entonces un lento y cuidadoso proceso de adoctrinamiento. No es posible saber hasta dónde llegó la penetración de los tres profesores en las filas del ejército. Pero es en ese período, del 48 al 50, que la idea del golpe de estado militar se infiltra entre un sector de la oficialidad.

Chibás, sin embargo, no estaba convencido del todo. En 1950 se postuló para una senaduría frente al auténtico Virgilio Pérez. Fue una elección difícil y estuvo a punto de ser derrotado por un adversario que no tenía, precisamente, una estatura moral muy respetable. Al verse otra vez en el Senado, Chibás dio marcha atrás. “Yo no quiero llegar a la presidencia por medio de un golpe sino por la vía electoral”, dijo. Los tres profesores se quedaron al garete. Los oficiales que estaban ya comprometidos se sintieron frustrados. La idea del golpe, sin embargo, quedó vibrando en el aire. Es curioso, pero ese golpe es el mismo que agarra el General Batista, dos años más tarde, para apoderarse del gobierno. Ya, en 1952, Chibás había muerto y los tres profesores habían quedado al margen. Batista vino a recoger el fruto de lo que habían sembrado los tres profesores en las filas del ejército. Inicialmente, se trataba de un golpe con el propósito de llevar a cabo una revolución de carácter moral en el país. Batista maniobró hábilmente para convertirlo en un movimiento cuyo propósito fundamental era su enriquecimiento personal.

Durante los años 51 y 52, el gobierno de Carlos Prío fue hundiéndose más y más en el desprestigio. El ataque constante de Chibás contribuyó mucho a la crisis del gobierno. El suicidio de Chibás, en agosto de 1951, fue un golpe mortal para Prío. Hubo un momento, durante los funerales de Chibás, en que Prío parecía dispuesto a huir. Costó trabajo convencerlo para que resistiera la presión popular. Pero el gobierno estaba herido de muerte. Era ostensible que el partido de Chibás, sin Chibás, iba, de todos modos, a ganar las próximas elecciones de junio del 52. Prío estaba aterrado. Intuía que el triunfo de los ortodoxos llevaba aparejado su enjuiciamiento. Se veía ya en la cárcel. El fraude de los 30 millones **incinerados** era el fantasma que lo acosaba. Su gobierno era uno de los más corruptos que había tenido el país.

Esto explica por qué el golpe de estado del 10 de marzo fue algo así como una bendición para Carlos Prío. Y explica, además, por qué, yo le pregunté en la entrevista que le hice en México, a los pocos días del golpe, si él estaba de acuerdo con Batista. Aun en el supuesto de que no hubiera existido un acuerdo expreso, de hecho, tácitamente, el golpe salvó a Prío de la cárcel. El gobierno de Batista descubrió el fraude de los billetes, pero no procesó a Carlos Prío por la falsa incineración sino a su hermano, Antonio. Batista quiso ser amable con el expresidente. Sobre todo, tomando en consideración que su gobierno no era precisamente ejemplar.

**E**n julio de 1899 un ayudante del presidente McKinley llamó por teléfono al abogado de Nueva York Elihu Root, para decirle que el presidente quería ofrecerle el cargo de Secretario de Guerra. “Yo no puedo aceptar eso porque no se nada de guerras”, le respondió Root. “Espere un momento”, dijo el

ayudante. Y al poco rato regresó para decirle que McKinley no estaba buscando un secretario para la guerra sino para administrar las nuevas colonias que le habían caído en la mano a los Estados Unidos. Entonces, el abogado pidió uno días para estudiar la proposición. Y a las 10 de la noche del 24 de julio de 1899 llegó Elihu Root a la Casa Blanca para reunirse con el presidente.

—Estos estúpidos del Congreso aprobaron el año pasado una Resolución Conjunta proclamando la independencia de Cuba y ahora tenemos un gravísimo problema porque no es conveniente dejar de la mano a unas gentes que no están preparadas para gobernarse a sí mismas después de haberse pasado 400 años como colonia de España... —le dijo McKinley al abogado Root.

—¿Y entonces qué sugiere usted?

—Que hay que buscar la forma de cumplir el acuerdo del Congreso y, al mismo tiempo, inventar los mecanismos legales que nos permitan seguir controlando a Cuba... —fue la respuesta del presidente.

Estados Unidos se encontraba, en aquel momento, en una situación muy difícil. Los filipinos se habían sublevado y estaba corriendo la sangre en las islas. En Cuba estaba como gobernador militar el General Brooke, pero McKinley no se sentía a gusto con él. Brooke no sabía como manejar a los cubanos.

—Tenemos que pacificar las Filipinas con mano dura y es necesario resolver el caso de Cuba en una forma inteligente... —dijo el presidente.

Y entonces Elihu Root, que era un abogado inteligente muy ducho en pleitos complicados y con cierta agudeza para inventar procedimientos legales, se decidió a aceptar el cargo que le ofrecía McKinley. Esa misma noche le escribió unas pocas líneas a su esposa diciéndole que estaba profundamente impresionado por la tarea que le había asignado el presidente y que le permitiría “influir en las vidas de millones de infelices criaturas que miran hacia los Estados Unidos en busca de civilización y libertad y esperan la bendición de la ley y el orden”.

Y al día siguiente tomó posesión de su cargo y se dispuso a salvar a los nuevos súbditos que estaban esperando su bendición.

Todavía, muchos años después, los funcionarios americanos siguen pensando que en Cuba hay millones de infelices criaturas que miran hacia los Estados en busca de civilización y libertad. Y, ciertamente, hay un sector de la población cubana que se siente muy feliz de poder vivir en los Estados Unidos y le ha dado la espalda a su propio país. Pero hay muchos millones más que permanecen en la isla y defienden el derecho que tiene Cuba a la soberanía.

**R**ecientemente se cumplieron cien años de aquella mañana del 1 de enero de 1899 cuando España, con gran indignación de su parte, le entregó a los Estados Unidos el gobierno de la isla de Cuba. Fue aquélla una mañana soleada y las calles de la entonces pequeña ciudad de La Habana estaban llenas de un público ansioso de presenciar las ceremonias del traspaso. Las tropas españolas, en largas filas, se encaminaban al puerto para tomar los barcos que las devolverían a la península. Los soldados americanos se agrupaban en el centro de la ciudad frente al Palacio de Gobierno, en la Plaza de Armas. A las once y media de la mañana se vio llegar a los generales americanos con sus entorchados brillantes y sus espadas. Después llegó el General John R. Brooke, que iba a ser el primer gobernador militar americano. Todos se dirigieron al Salón de Sesiones y allí los esperaba el General Adolfo Jiménez Castellano, el último gobernador español, rodeado de los miembros de su gobierno. Españoles y americanos formaron un semicírculo para iniciar las ceremonias. A un lado, un poco apartados, un pequeño grupo de cubanos, oficiales del ejército insurgente, con uni-

formes de azul oscuro, muy discretos, contemplaban la escena en silencio. Les habían permitido estar allí, un poco a regañadientes, no sin que antes prometieran portarse bien. Es obvio que la escena presagiaba, en cierto modo, el futuro de la isla.

El General Jiménez le entregó a un intérprete el discurso en español que iba a pronunciar y comenzó a hablar, pero apenas se le entendía porque una banda militar americana estaba armando un tremendo ruido en la plaza. Fue necesario enviar a un oficial para invitarlos a suspender sus aires patrióticos. Al terminar el discurso de Jiménez, el jefe de la Comisión de Evacuación, General James Wade, le entregó el gobierno de la isla al General Brooke. Comenzó entonces el desfile de los españoles hacia los barcos. A todas éstas, los cubanos, en las calles, asistían como espectadores al final de la dominación española y comienzo de la americana. Se les había aconsejado que no armaran mucho ruido ni se excedieran en los aplausos. No se permitieron tropas cubanas en la ciudad. Los españoles, en la cólera de su derrota, antes de abandonar el país saquearon los edificios públicos, rompieron cristales, tupieron las cañerías y los desagües y arrancaron todo lo que podían llevarse.

Los americanos que acababan de hacerse cargo del gobierno de la isla estaban absolutamente convencidos de que lo primero que tenían que hacer era desarmar a la horda de elementos maleantes que formaban el ejército insurgente. “Los insurgentes cubanos son un bonche de degenerados sin sentido del honor e incapaces de sentir gratitud”, dejó escrito en alguna parte, el General Samuel B.M. Young. Es decir, los cubanos no agradecían el haber sido Liberados por los americanos. Para el Comandante Barbour, los cubanos eran “estúpidos, acostumbrados a mentir y hacían todas las cosas mal”. El General Leonardo Wood, que sucedería al General Brooke, y que estaría encargado de meter en cintura a los salvajes cubanos, diría más tarde... “Estamos tratando con una gente que se ha estado degradando durante cien años y a la que tenemos que infundir nueva vida, nuevos principios y nuevas formas de hacer las cosas”.

En general, los americanos, incluyendo a la prensa, pintaban con vivos y heroicos colores a los insurgentes cubanos antes de que terminara la guerra, pero al comenzar la ocupación militar de la isla se dedicaron a desprestigiar a los cubanos con verdadero entusiasmo. Eran prácticamente salvajes y era necesario civilizarlos. Siempre, el pueblo americano se ha reservado para sí esa hermosa tarea civilizadora que tantos pueblos, incluyendo los indios, tienen que agradecer, sin olvidar a los iraquíes de estos tiempos.

Pero cuando los americanos se hicieron cargo de Cuba descubrieron que no sabían cómo manejar una colonia. Cuba, Puerto Rico y Filipinas eran un problema. En julio de 1899 el presidente McKinley mandó a un ayudante que llamara por teléfono al abogado de Nueva York, Elihu Root, para ofrecerle el cargo de Secretario de Guerra. “Yo no sé nada de guerras”, respondió Mr. Root. “El presidente lo que quiere es que usted organice las colonias”, dijo el ayudante. Y el 24 de julio llegó el nuevo secretario a Washington y desde allí le escribía una tarjeta a su esposa diciendo que, “Estaba impresionado por la tarea de influir en las vidas de millones de criaturas que miran hacia Estados Unidos en busca de civilización y libertad”. Y fue Elihu Root el que nombró después a Leonardo Wood gobernador de Cuba para sustituir al blandengue General Brooke. Así fue que entramos en la civilización.

Eso tuvo mucha importancia. Lo que ocurrió entre los años 1899, 1900, 1901, hasta el 20 de mayo de 1902, marcó para siempre el destino de la isla de Cuba. La pareja que formaban Root y el General Wood influyó decisivamente en la organización del protectorado informal de la nueva colonia.

Lo que hizo la ocupación militar americana entre 1899 y 1902 fue preservar el orden colonial anterior e impedir que los cubanos, por sí mismos, fundaran una nación y reordenaran su economía, sin las presiones del exterior. La ocupación militar americana sirvió de garantía al orden anterior de la

propiedad. Fue en aquellos años de opresión del gobierno interventor que se sembraron las semillas del descontento en la isla. Fue en esos años, bajo la dirección de Mr. Root y Mr. Wood, que se estableció la noción de que los únicos cubanos con los que debían tratar siempre los americanos, y a los que debían respetar, eran las gentes decentes, los cubanos honorables amigos de los Estados Unidos, las gentes de paz, los blancos y mulatos obedientes. En suma, los cómplices. Por eso Mr. Wood decía en aquellos tiempos que Juan Gualberto Gómez era un negrito sinvergüenza y buscabullas. Ya en aquellos años tempranos quedó claramente definido el tipo de cubanos que siempre sería bien recibido en Washington. Para entender cabalmente el presente hay que volver la vista al pasado y desentrañar el sentido de las cosas.

Es difícil, en estos tiempos de Aznar, abrir un periódico o una revista de España que no nos ofrezca en sus páginas el regalo de una entrevista, más o menos ambigua, con Guillermo Cabrera Infante. Es como un rito. Otra que también disfruta de ese privilegio es Zoe Valdés. Lo de Zoe me lo explico porque es una mulatica graciosa y los españoles no pueden sustraerse al embrujo de una cubanita de piel color canela que escribe libros pornográficos. En el caso de Cabrera hay algo morboso. No hay un solo periodista español que se respete un poco que no haya publicado un diálogo en penumbras con Cabrera. ¿Cuántos han aparecido en el periódico *El Mundo*? ¿Y en los otros? ¿Alguien ha llevado la cuenta? Han sido miles de entrevistas.

Yo sospecho que el secreto de este interés que despierta Cabrera, autor de libros mediocres y disparatados, reside en el hecho de que el hombre ha logrado, con extraña maestría, difundir la noción de que **Castro lo ha condenado a muerte**. No hay antecedentes de que Castro, durante sus 42 años de gobierno, le haya mandado a dar ni siquiera una hostia a ninguno de sus adversarios, en el extranjero. ¿Y por qué iba Castro a condenar a muerte al pobre Cabrera? Durante años era Cabrera el que le servía el café cuando Castro visitaba por las madrugadas el periódico *Revolución*. Y era siempre el que tenía a mano un fósforo cuando a Fidel se le apagaba el tabaco. Nunca Castro ha leído un libro de Cabrera ni lo leerá nunca, por, supuesto. Es muy posible que ni siquiera sepa quién es. Pero en eso consiste el genio literario de Cabrera. Ha convencido a muchos españoles de que él es el Salman Rushdie de Castro. Brigadas de agentes cubanos recorren el mundo esperando la oportunidad de ejecutar a Cabrera por no se sabe que delitos. Tal vez el de la cursilería. Es posible que esa sea la razón por la que el escritor anda siempre disfrazado, unas veces con gafas oscuras, otras con pelucas, y siempre envuelto en un extraño abrigo que lo protege del frío y de sus verdugos.

Pero, en fin, ¿qué importa? Cada quien tiene sus manías, y a Cabrerita le ha ido bien con este truco. Esa fue la razón por la cual Aznar metió el hombro para que dieran el Premio Gervantes. Creyó ingenuamente, que con eso molestaba a Fidel.

El día 2 de abril del 2001 el diario *El Mundo*, de Madrid, publicó su entrevista número 3,456 con Cabrerita. La firma un tal Antonio Lucas, un español que se ha caído de un nido. Las preguntas son todas misteriosas. “¿Es La Habana todavía un deslumbramiento?”, pregunta Lucas. Claro que sí. “Debussy no conoció La Habana ni siquiera como una catedral sumergida”. “¿Es su **La Habana para un Infante Difunto** un itinerario de nostalgias?” Cabrera mete entonces a Proust y a Shakespeare en su enigmática respuesta: “La nostalgia no es más que un mecanismo de la memoria”.

Luego Lucas baja la voz y le pregunta si hay rencor en la nostalgia. Y la respuesta es terrible. Nuestro escritor mete a Ovidio, a Roma y al Mar Negro en su respuesta. Y dice algo cargado de intención metafísica:

—No hay que olvidar que R-O-M-A es A-M-O-R al revés...

Que horror. Cabrerita, en realidad, es un viejo discípulo de que aquel infranqueable atorrante que se llamaba Ernesto Montaner.

Luego habla de lo erótica que era Cuba. La Cuba de Cabrerita. “Erotizante”, dice el entrevistado, con voz de complicidad. Y entonces agrega algo terrible: “Parecía que las once mil vírgenes todas vivían en La Habana y se sentaban sobre la punta de un alfiler que, renuente, era más fácil convertir en pena que en pene”.

Ya salió aquello. La pena, el pene. El ostión y la hostia. No es lo mismo quien vive en los altos que alto quien vive. Hablan de los homosexuales muertos, el tema favorito del escritor. “Hay quienes dicen que sus constantes juegos de palabras torpedean la intensidad del texto”, dice Lucas. ¡Bendito Dios! “No hay conjugación entre el amor y el humor”, responde Cabrerita sinuosamente.

Después Cabrera explica que él era en Cuba un periodista “tal vez con demasiado éxito”. Escribía en *Carteles*, una revista clandestina, una columna sobre cine con un pseudónimo. Caín se hacía llamar. Abeles eran los pobres lectores. Luego, en *Revolución*, junto a Franqui, su socio, se hizo famoso manejando un palco en La Cabaña para presenciar los fusilamientos. Al cabo de los años salió huyendo. Curioso, nadie lo perseguía.

Antonio Lucas es un ángel. “¿No es su literatura una herida para siempre abierta?”, pregunta. Si me hubiera hecho esa pregunta a mí no habría podido refrenar mi impulso homicida. Pero Cabrera es distinto. Responde hablando “de la cicatriz perenne y original que se llama ombligo”. ¿Qué diablos será esto? ¿cursilería? ¿Simple idiotez?

Y luego viene lo peor. En Cuba, según Cabrera, las gentes están buscando afanosamente sus libros y no los encuentran. Algunos ejemplares han entrado clandestinamente y entonces se alquilan para que las gentes los lean a escondidas. ¿Y cómo pagan el alquiler? Dice que con diez latas de leche condensada. Y hacen colas para alquilar los libros malditos del escritor maldito. Cuando se habla de la idiotez de algunas gentes no es posible exagerar bastante. Nos quedamos siempre cortos.

Pero no es solamente Antonio Luacas. Hay otros. En el mismo diario *El Mundo*, de la misma fecha, aparece un artículo de J.J. Armas Marcelo que debe ser incluido en una antología del disparate. Revela la decadencia española. Dice del libro de Cabrera Infante cosas tan extraordinarias que uno siente un poco de vergüenza. “Es el libro más dañino del más dañino escritor cubano”.

Cabrera se fotografía siempre en pose de hombre dañino. Es el hombre siniestro. Hay algo realmente patético en este hombre. Ha llegado a convencerse tan completamente de que el mundo gira en torno a su imagen tremenda de hombre feroz, de combatiente implacable contra la dictadura de Castro, que camina, y mira, y se mueve, y habla, y escribe, dominado por la idea de que todo en él es trascendente. Me imagino que lleva años esperando angustiosamente que Castro le diga algo, que lo mencione, pero es posible que Castro ni siquiera haya registrado su existencia. En España algunos periodistas han llegado a tragarse el anzuelo de que Cabrera Infante es el anti-Castro, el anti-heroe, entonces le tiran de la lengua porque quieren molestar al gobierno de Cuba. Yo creo que en España hay mucha admiración por la revolución cubana y por el propio Castro. Pero siempre queda un sector de las clases dirigentes, por ejemplo Aznar, Matute y otros, que aunque parezca increíble están resentidos con Fidel Castro porque tienen la sensación de que este ha llegado a creer que España es ahora una colonia de Cuba, lo cual es absurdo.

Hace años un periodista argentino le hizo la pregunta a Castro:

—¿Usted cree que España es hoy una colonia de Cuba?

Y Castro se sonrió maliciosamente y le contestó:

—Nosotros no tenemos colonias...

He aquí, por ejemplo, lo que escribió en *El Mundo* el canario J. J. Armas Marcelo: “Además de su

inmenso valor literario, histórico, musical, sentimental, civil, el libro de Cabrera es dentro de Cuba un valor de cambio del más alto y carismático mercurio”. Se trata de un librito publicado hace años y del cual nadie hace caso en Cuba. Se titula *La Habana para un Infante Difunto*. Hasta en el título se mete Infante con un juego de palabras, a lo Montaner, entre Infante y difunto. Es como un amigo mío que tiene espejos en el techo de su baño para no dejarse de contemplar ni siquiera cuando hace gárgaras.

Yo no creo que el caso de Cabrera Infante tenga nada que ver con la literatura. Tampoco creo que en Cuba exista animosidad contra él. En algunos sectores de la comunidad cubana del exterior si es cierto que hay gentes que ven al pobre hombre con hostilidad. Pero no es, precisamente, por lo que ha escrito, que no tiene esa importancia. Cabrera resulta repugnante para los familiares de las víctimas de la revolución en los primeros años. Carlos Franqui y Cabrera Infante, que eran socios desde niños, cuando se apoderaron del periódico *Revolución* agruparon allí al grupo de resentidos más numerosos que se llegó a juntar nunca en Cuba. Eran todos aquellos que no habían podido avanzar en los medios periodísticos e intelectuales, ya sease porque eran mediocres, o porque eran vagos, o porque se les cerraron las puertas de acceso a lo periódicos, y estas exclusiones, a veces injustas, provocaron un odio recóndito en las víctimas. La revolución que estalló a partir del 1 de enero de 1959 abrió las compuertas del odio. Las peores gentes, los más incapaces, algunos verdaderos delincentes, afloraron a la superficie y comenzaron a tomar venganza contra todos los que ellos consideraban que eran superiores. ¿Tiene sentido que Jorge Mañach se haya tenido que ir de Cuba al poco tiempo? No creo que Fidel Castro, que le debía favores a Mañach, haya visto con simpatía que aquel hombre, uno de los más lúcidos de Cuba, haya tenido que ir a morir a Puerto Rico. ¿Por qué meter, en la cárcel a Paco Ichaso, uno de los hombres más inteligentes de Cuba en aquel tiempo? Ichaso tenía sus opiniones, pero ni fue nunca funcionario del gobierno ni entró en negocios con Batista. Franqui y Cabrera publicaron en la primera página de *Revolución* una foto de Ichaso, con traje de presidiario y con una P enorme en la espalda. Aquello fue una infamia. Poco después, Ichaso salió de Cuba y tuvo que morir en México. ¿Qué es lo que obliga a Miguel Quevedo a huir de Cuba? La sorda campaña que le hicieron Carlos Franqui, Cabrera Infante, Enrique Delahoz y otros. Quevedo estuvo amenazado todo el tiempo por estas gentes. Por temor a que su vida privada saliera a la picota pública, Quevedo se vio forzado a salir de Cuba. Y eso a pesar de que el propio Castro tuvo siempre grandes consideraciones con Quevedo. Pero ni siquiera la protección de Castro pudo poner a cubierto a Miguel Quevedo de la pandilla de atracadores que lo perseguía. Fueron muchas las gentes que se viraron contra la revolución por la acción miserable de los dos pilletes que controlaban el periódico que parecía ser el órgano oficial de la revolución triunfante. No es nada raro. Siempre ocurre así. Las revoluciones sacan a la superficie todas las miasmas de una sociedad. Después, al cabo de unos años, las aguas volvieron a su nivel. La revolución se organizó en forma coherente. Carlos Franqui salió huyendo con una fortuna en cuadros, joyas y otras cosas, y todavía, al cabo de los años, vive de eso. Es columnista ocasional del *Miami Herald* y eso define cabalmente la calidad de ese periódico.

Lo mismo ocurrió con Guillermo Cabrera Infante. La revolución, al entrar en la etapa de la depuración, se sacudió de arriba a individuos de la baja calidad de Cabrera. Pero ambos sujetos estuvieron casi diez años viviendo de la revolución y amenazando a todo el mundo. Es obvio que hicieron mucho daño a gentes que no lo merecían. Muchos de sus cómplices en aquel periódico viven hoy en el exterior, medio escondidos. Otros están en Cuba todavía, pero no asoman la cabeza.

Hay mucha mala voluntad contra estos dos personajes. Pero no por problemas literarios. Franqui apenas si sabe escribir. Paga para que le escriban sus artículos y libros. Cabrera es un escritor absolutamente mediocre, con una obra de inferior calidad. Ha escrito un libro que se titula *Mea Cuba*, siempre usando el juego de palabras, en el cual confiesa sin rubor que él y Franqui montaron una ver-

dadera inquisición en Cuba con el periódico *Revolución* y se alaba de todas las canalladas que hicieron contra personas que ya, en algunos casos, murieron en Cuba o fuera de la isla. Yo, en muchas ocasiones, critico o me burlo, en forma a veces áspera, a los dos individuos. Pero no es por razones literarias, porque no creo que Cabrera sea, realmente, un escritor al que hay que tomar en cuenta. Es un oportunista que ha utilizado la literatura, la pobre literatura de que es capaz, para encubrir su conducta como verdugo en los primeros años de la revolución. El premio que le dieron en España, el Cervantes, ha ido perdiendo prestigio desde que Aznar ha interferido, de algún modo, en la concesión del premio. Es un premio político, como dijo recientemente uno de sus beneficiarios, el escritor metido a gacetillero de putas que se llama Paco Umbral. El poder, ejercido por Aznar, reparte premios entre sus servidores. Ni Umbral, ni el estrafulario Cabrera Infante, merecían ese premio. Pero eso ocurre siempre con los premios. Al llegar a cierto momento se convierten en una coña, en algo de relajo.

**R**ichard Nuccio, que ocupó el cargo, en el pasado, de consejero de Clinton en el caso de Cuba, dijo algo muy interesante... “No hay ninguna oferta que nosotros podamos hacer que ellos no estén dispuesto a rechazar”. Se refería a Castro y aludía a la película **The Godfather**. Más claro: cualquier cosa que le propongan los americanos a Castro va a ser rechazada. A primera vista se podría pensar que hay algo irracional en esto. Este hombre no acepta nada. Este hombre no quiere negociar. Este hombre es intransigente. Este hombre toma esto como pretexto para aferrarse al poder. Este hombre es un bárbaro. No hay manera de entenderse con él.

Correcto. Es muy comprensible la reacción que produce en muchas gentes la conducta de Castro. Sin embargo, si Nuccio, y tantos otros funcionarios americanos que tienen una visión distorsionada del caso cubano, se adentraran un poco en el complejo mundo de la conciencia histórica del cubano, podrían entender mejor la situación. No me refiero al cubano de Miami, que es, en rigor, un mercenario, en el sentido más estricto, puesto que se ha puesto al servicio de los intereses americanos y no puede entender la posición cubana. Me refiero al cubano que no ha roto los lazos profundos con su origen, no importa si vive en Miami o en la isla. Y me refiero, sobre todo, al cubano que carga todavía viva la historia de su país, con todos los ingredientes martianos que ésta tiene.

La maniobra que realizaron los americanos en Cuba desde el 1 de enero de 1899 hasta el 20 de mayo de 1902 (Root y Wood) para escamotearle a los cubanos los 30 años de lucha por la independencia y sepultar el ideario de Martí en el olvido dejó una huella profunda en la conciencia del cubano. Y no me refiero a la masa sino a los grupos más conscientes.

Hay que precisar. No fue necesaria la ocupación militar de la isla el 1 de enero de 1899. No fue necesaria la intervención militar de la isla por los americanos. Hubo un engaño en la Resolución Conjunta por la cual se reconocía por el Congreso americano el derecho de Cuba a ser libre e independiente. Elihu Root, con el respaldo de McKinley primero y Roosevelt después, manipuló y sobornó a los cubanos, empezando por el propio Gómez, que recibió dinero de Wood y se convirtió en cómplice de la farsa, tal vez por ignorancia. Hubo maldad americana en la difusión de la idea de que los cubanos eran semisalvajes e incapaces de gobierno propio. Hubo infamia en el desarme del ejército insurgente cubano. Hubo algo siniestro en la política para obligar a los cubanos a aceptar las condiciones que les ponían los americanos para retirarse del país: “O aceptan nuestras condiciones (Enmienda Platt) o no nos vamos”, se decía. Hubo algo miserable en querer americanizar el país

enviando maestros americanos a las escuelas para establecer el inglés como lengua oficial y por último enviar maestros cubanos a Harvard para que vinieran a las escuelas a americanizar a los cubanos. La mentalidad de Elihu Root y Leonardo Wood, en 1899 era la misma que tienen hoy los Richard Nuccios de Washington. Es decir, negociar, imponer condiciones, forzar la mano, tratar a Cuba como una dependencia americana. Eso es irreal.

Cuando se leen en el Miami Herald los artículos de Carlos Alberto Montaner, en los cuales se plantea el caso de Cuba como si la isla fuera una dependencia de los Estados Unidos a la cual hay que imponerle reglas uno entiende la conducta de Castro. Montaner representa la reaparición moderna del plattista del 1901. Cuando se leen los artículos de un editor del Herald llamado Jim Hampton, un hombre que ha logrado disimular un caudal extraordinario de ignorancia sobre el tema de Cuba y que suele plantear la tesis de los “pasos calibrados”, es decir, “tú haces esto y yo hago esto otro”. O séase, que es lo mismo que en aquellos tres años y medio de 1899 a 1902. “Tú te sometes y aceptas nuestras condiciones o seguimos ocupando militarmente la isla y no nos vamos”. Y ahora: “O te agachas o te aplastamos”.

Ese lapso de tiempo de 1899 a 1959 durante el cual Cuba tuvo que vivir bajo la tutela de los Estados Unidos es, precisamente, lo que explica la conducta intransigente de Castro, que es compartida por el sector más lúcido de la población cubana. Ahí está la raíz del conflicto.

Mientras los Richard Nuccios y los Jim Hamptons estén hablando de imponerle condiciones a Cuba (pasos calibrados) tropezarán con un muro infranqueable. En la conciencia histórica del cubano, ya tan dolorida, lo que está vigente en estos tiempos, y sobre todo después de 42 años de sufrimientos, es la convicción de que los Estados Unidos, como una reparación necesaria, deben sacar las manos de Cuba, deben suspender el embargo-bloqueo y hasta dar excusas al pueblo de Cuba por el crimen cometido, deben tratar a Cuba con respeto y aceptar lo que Cuba decida sobre su propio destino sin tratar de interferir en los asuntos de la isla. Y deben, sobre todo, dar los pasos necesarios para disolver, de algún modo, el bonche de mercenarios que han instalado en Miami para amenazar a Cuba. Ellos lo crearon y ellos deben licenciarlos. Ellos han sido siempre los agresores.

¿Que esto es exagerado? Claro que lo es. Pero también fue exagerado invadir a Cuba en 1898 y obligar a los cubanos a aceptar el status semicolonial. Fue exagerado pasarse tantos años, hasta 1959 tratando a Cuba como una simple dependencia colonial. Fue exagerado declararle la guerra a Cuba a partir de 1959 y tratar de invadirla con un grupo de combatientes a sueldo. Ha sido exagerado y criminal el esfuerzo que han hecho para arruinar al pueblo de Cuba durante 42 años. Lo correcto es que rectifiquen y busquen la amistad y respeto de los cubanos. Eso no cuesta nada. Cuba es hoy el lugar más adolorido y angustioso de la América. Es una llaga para el prestigio americano. Y Castro, no se engañen, ha venido a representar ese dolor. Se ha elevado a la condición de símbolo.

**E**n los últimos años se ha puesto de moda hablar despectivamente del *nacionalismo*. Supongo que esto se refiere a esas gentes que defienden las aspiraciones nacionales por encima de todo. Eso, llevado a un punto extremo, puede resultar repugnante. Sin embargo, ¿no es eso lo que hacen las grandes potencias? Ingleses, americanos, franceses, italianos, españoles, etc., tienen aspiraciones nacionales y las defienden ardorosamente. Se podría pensar que la intención de los que critican el nacionalismo va dirigida a los pequeños países inermes que se atreven a tener aspiraciones y hasta protestan cuando son atropellados por las potencias imperiales. Por ejemplo, las naciones de la

América Latina. Se las critica cuando hablan de sus respectivos nacionalismos. El lenguaje que se emplea en Washington cuando se habla de estas naciones es cada vez más posesivo. Washington se preocupa por algo que esta pasando en Bolivia, o Chile, y expresa su desagrado o aprobación. O, en ocasiones, niega que vaya a intervenir en Colombia.

Lo peor de todo esto es que en esas naciones latinoamericanas se acepta la tutela americana como algo natural y sus dirigentes tratan de portarse de tal modo que los americanos no se sientan incómodos. La excepción a esto ha sido Cuba. Los gobernantes latino americanos ven a Castro como un fenómeno extraño. Ninguno se ha atrevido a imitar la política de Cuba. En rigor, no es tanto que los Estados Unidos quieran tener colonias, que si lo quieren, sino que estas se les ofrecen voluntariamente.

La historia de Cuba, sobre todo en los últimos cien años, no se puede contar en base a los datos rigurosamente documentados. Es una historia que está llena de farsantes y pícaros. Todas las documentaciones deben ser examinadas con recelo. Hay mucho de ficción en la isla. Martí enredo la poesía con la política, inventó una guerra, la del 95, para liberarnos de España, luego se encaramó en un caballo y corrió no se sabe hacia donde, con un revólver en la mano, para no matar a nadie, y se inmoló gloriosamente. Fue una de las más bellas páginas de la historia de Cuba. Pero la isla, entonces, cayó en las manos de los americanos, tal como temía Martí, y estos la convirtieron en una miserable colonia. Las cosas que ocurrieron durante esos años son indescriptibles. Unos insurrectos, que se habían pasado 30 años hablando de independencia y que habían peleado valientemente con el machete en alto, se entregaron mansamente a un americano llamado Leonardo Wood, que era médico, y que había intrigado en Washington para que lo ascendieran a Brigadier General, pasando por encima de otros 509 oficiales que estaban esperando turno en el escalafón. Wood presumía de honesto, salvo en lo del ascenso. ¿Cómo explicar el caso de un dominicano que había peleado al lado de los españoles contra los que querían la independencia de su patria, y cuando las cosas no le salen bien huye a Cuba y se convierte en un combatiente por la libertad de Cuba y pelea duramente contra los españoles? ¿Qué se puede decir de Máximo Gómez, que así se llamaba el dominicano, y que al terminar la guerra se pone al servicio de los americanos? Treinta años luchando y muriendo para liberar a la isla y después se someten a los americanos rezongando por el abuso de que han sido víctimas.

Si se examinan acuciosamente los 57 años que corren entre el acto de fundar una república en el aire, en 1902, y la entrada de Fidel Castro en La Habana, en 1959, se verá que el país era casi un disparate. Los personajes que gobiernan la república, ignorantes y ramplones, podrían haber sido ubicados en la dimensión del esperpento. Estrada Palma un maestro grotesco que presumía de honesto y cuando se enfrentó a una dificultad llamo a los americanos y les entregó el país patrióticamente. José Miguel Gómez, un pillo capaz de llevarse hasta los clavos. Menocal, un cubano disfrazado de americano aficionado al golf y a los negocios. Zayas, un abogado marrullero, que optó por venderle la presidencia a Machado, un carnicero de Santa Clara que fue descrito en cierta ocasión como **un asno con garras**.

La famosa revolución del 33 fue una broma de mal gusto. Un sargento llamado Batista se asciende a Coronel y se apodera del país después de trabar relaciones amistosas con un embajador americano acusado de homosexual. No hay que hacerle caso a las malas lenguas. Claro que de esas cosas nunca

queda una documentación adecuada. Entonces la historia tiene que ser expuesta como ficción. Es ficción, sin duda. Pero nunca se sabe dónde termina la ficción y comienza la realidad.

¿Se puede encontrar nada más surrealista que el ejemplo de Chibás? El hombre más popular de Cuba, el que estremecía al pueblo con sus heroicas, denuncias contra la corrupción, saca un revólver mientras habla ante un micrófono y se dispara un balazo en el vientre. Y el país entero estalla en sollozos. Y miles y miles de gentes llevan el cadáver al cementerio, lo depositan allí, y enseguida se olvidan de él.

¿Hay algo más esperpéntico que el caso de Batista, que en 1952, al ver que su carrera política está al terminar se pone de acuerdo con los americanos y organiza el golpe de estado más original del mundo? El presidente Prío sale corriendo para México y desde allí le envía un mensaje a Batista pidiéndole que le devuelva una cajita que se le olvidó en su oficina del palacio y en la cual tiene guardados más de doscientos mil dólares.

¿Qué país es éste? ¿Qué república es ésta? ¿Qué gentes son éstas tan poco serias? Cuba es el único país del mundo donde el Ministro de Hacienda debe cumplir el acuerdo de incinerar 30 millones de pesos, en billetes deteriorados, para sustituirlos con billetes nuevecitos, acabados de imprimir, y entonces, pone en circulación los billetes nuevos y se roba los millones de billetes que se iban a incinerar. ¿Sabe alguien que esto haya ocurrido en alguna parte del mundo?

¿Cómo explicar la revolución cubana, hecha para independizar a la isla de la tutela americana, sin acudir al mecanismo de la ficción? ¿Cómo explicar el hecho de que los americanos, cansados de Batista, le dan la orden de que se vaya al carajo y el General, por la madrugada, se va, efectivamente al carajo y se lleva sus millones?

¿No es puro surrealismo el hecho de que en un mismo país, en un mismo año, coincidan tres personajes como José Lezama Lima, Fidel Castro y el Ché Guevara? ¿Son reales o ficticios? ¿Cómo es posible que esa revolución haya durado 42 años (hasta ahora) y haya sobrevivido a diez presidentes americanos empeñados en destruirla para volverse a apoderar de la isla?

La muerte de Jorge Mas Canosa en 1997 plantea algunos problemas de conciencia que uno tiene que resolver del mejor modo posible y con la mayor sinceridad. Por supuesto, un sentimiento elemental de decencia humana induce a la compasión. El que ha muerto es un ser humano, como otro cualquiera, y toda muerte, nos empuja un poco más hacia la muerte propia. Cuando las campanas doblen por Mas Canosa estarán doblando también por todos nosotros. No hay manera de evadir esa sentencia.

Pero, por otra parte, poniendo a un lado la compasión, ¿es posible callar respetuosamente y contemplar en silencio, sin una aclaración, el largo cortejo de falsificaciones que se ha puesto en marcha con la muerte de este hombre? Si los que han llegado a imaginar que Mas Canosa es un personaje de relieve histórico abusan de los elogios y distorsionan la realidad con fines particulares, ¿no es correcto hacer un esfuerzo para poner las cosas en su justo medio?

El hecho, tan simple, de que Mas Canosa, por haber hecho una fortuna considerable, utilizando procedimientos discutibles, sea exhibido como una poderosa personalidad política y un líder carismático que “soñaba” con la libertad de Cuba, ese hecho, repito, nos da la medida de qué clase de mentalidad prevalece entre los cubanos que se hacen llamar “exiliados”. Es el dinero el que define su liderazgo. Usted se hace millonario o multimillonario, poniendo a un lado los escrúpulos éticos, usted

llega a organizar un vasto sistema de complicidades políticas, usted se consagra a defender los intereses de los Estados Unidos (contrapuestos a los de Cuba) usted no tiene otros méritos que no sean los que se engendran en el uso abusivo del dinero, y usted ya tiene asegurado un liderazgo. ¿Cuál? ¿Por qué?

Este es el problema. El tipo de sociedad que han construido los cubanos que se hacen llamar “desterrados” está calcado, al detalle, de la sociedad protestante usual en los Estados Unidos. El héroe no es José Martí, que cruzaba a pie el puente de Brooklyn, más pobre que una rata, y se montó en un bote para ir a morir a Dos Ríos. El héroe es Mas Canosa, dedicado, en cuerpo y alma, a hacer millones de dólares “a como sea”, y que cruzaba las calles de Miami, y tal vez el puente de Brooklyn, rodeado de guardaespaldas y en un lujoso carro blindado. El jefe agresivo, y poco escrupuloso, de un grupo de cubanos negociantes, el dueño de empresas que trajinaban con los gobiernos y que recibían millones de dólares en contratos, frecuentemente amañados, es la gran figura para estas gentes. Han muerto, a lo largo de estos 38 años, miles de cubanos de buena fe que estaban luchando por ideales, lo mismo del lado de acá que del lado de allá, esos no tienen importancia. El anonimato los devora.

¿Tiene sentido esto? Si uno lee las cosas que se han publicado en los periódicos sobre Mas Canosa, o las que se han dicho por la radio y la televisión, se podría tener la falsa impresión de que ha muerto un patriota austero y digno que soñaba con una patria mejor para todos. Pero Mas Canosa, en realidad, representa el pensamiento cubano que siempre ha querido mantener a Cuba como una colonia de los Estados Unidos. ¿Tenía Mas Canosa algunas ideas políticas o sabía realmente algo de la triste historia de Cuba? Yo creo que estaba muy lejos de eso. ¿Era, realmente, un dirigente político interesado en el destino del país donde nació? No hay indicios de que este hombre haya hecho otra cosa que usar el problema de Cuba para beneficio personal y para enriquecer a sus socios.

El único mérito histórico que tiene el pobre Mas Canosa es el haber hecho dinero en abundancia, lo cual, en los Estados Unidos, y en otros puntos de la tierra, tiene importancia, sin duda. Pero ahí hay que parar la cosa. Era un hombre que iba a la radio a amenazar a sus adversarios y que jamás produjo una idea que fuera de utilidad para la humanidad. Se construyó una imagen de gran dirigente a fuerza de dinero y supo enriquecer a los miembros de su camarilla. Son méritos que tienen valor por sí mismos.

Está bien que sus familiares lloren su muerte y que sus amigos se sientan acongojados. Así debe ser. A lo mejor este hombre, con una imagen pública tan controversial, era agradable y sencillo en su vida privada. Quien sabe. Toda muerte nos debe entristecer a todos, sobre todo porque en cada muerte hay un anticipo de la propia, que siempre está al doblar de la esquina atisbandonos. Pero de eso a convertir a Mas Canosa en el **Apóstol de la Democracia Cubana** debe haber un gran paso. Este hombre representa los intereses coloniales de los Estados Unidos y ha sido el vocero de la antiCuba. Este hombre ha trabajado, con su dinero, y con sus sobornos, para empobrecer y arruinar a Cuba, para llevar el luto y la desolación al pueblo de Cuba. El ideal que este hombre defendía con sus campañas de propaganda era el de la invasión de Cuba, el bombardeo a la isla, el saqueo de sus riquezas, la destrucción de sus ciudades, el bloqueo criminal que es la causa principal de la miseria de Cuba.

Desde un punto de vista político, al margen de la compasión humana, nada de eso lo hace merecedor a las lágrimas de los cubanos decentes. Cada cosa en su sitio. Paz a sus restos.

**H**an pasado 42 años. Casi todos los principales actores del drama cubano, o tragedia, han muerto o están fuera del escenario. El mismo Castro ya tiene casi 74 años y me imagino que tiene que sentir la presión de la soledad. En Miami, la mayor parte de los fundadores del exilio han desaparecido en los cementerios, o en los asilos, o están agazapados en las páginas del *Diario Las Américas*, que tienen un cierto tufo funeral. Las nuevas generaciones cubanas en los Estados Unidos que se exhiben en los medios de comunicación son de una maravillosa ignorancia, tanto en la historia como en la gramática, sin olvidar que se sienten respaldadas por la ética protestante.

—La patria cubana en Miami es un paso atrás en la historia, en lo intelectual, en lo político y en lo moral. Es decir, son peores que todo lo anterior y hay que hacer votos porque se queden donde están.

Estos 42 años inducen a muchas consideraciones. Yo, que soy un superviviente con los ojos fatigados por tanto espectáculo, no he perdido todavía la capacidad para el asombro. Nunca sospeché que las cosas evolucionarían de este modo. Por ejemplo, el día 1 de enero de 1999, el suplemento del *Herald* publicó en primera página un artículo de Raúl Rivero, el supuesto disidente que escribe desde La Habana y en el cual se pinta un cuadro desolador de la situación dentro de Cuba. Termina afirmando que “Cuba avanza en harapos”.

Yo no tendría dificultad en coincidir con Raúl Rivero en mucho de lo que dice. Tal vez hasta se podrían decir cosas peores de la situación de Cuba. Me imagino que Rivero, que es el disidente que vive mejor en Cuba, no se atreve a excederse por temor a que lo embarquen para Miami, donde la bebida es más costosa y difícil y el trabajo es abrumador.

Es decir, vamos a estar claros. Yo he escrito cosas peores sobre la situación interna de la isla y sobre los fracasos de la revolución. La diferencia está en que yo lo he hecho con dolor y con una profunda pena, y este Raúl Rivero lo hace con una cierta alegría. En esos pintorescos diálogos de borrachos que suele sostener Rivero con su compañero Agustín Tamargo, por teléfono, y que se transmiten por Radio Mambí, ambos compadres parecen estar muy contentos de que el pueblo de Cuba pase miseria.

Eso es lo grave, y eso es lo que me asombra. Hasta hace apenas dos o tres años este Raúl Rivero no se cansaba de alabar la revolución y de rendirle homenaje de devoción a Castro. Es decir, que el hombre se metió más de 36 años al lado de la revolución justificándolo todo, en lo cual sobrepasó al propio Tamargo. Y ahora resulta que el *Herald* lo escoge como el mejor testigo del desastre.

Lo que no dicen estos tránsfugas es que, al margen de todos los errores cometidos por la revolución en estos 42 años, la causa principal de la miseria cubana es la guerra que se le ha hecho a Cuba desde los Estados Unidos. Esto es, en 1959 tomaron la decisión de acabar con la revolución y con Castro y recuperar la colonia, y se han pasado años en esta tarea, con la ayuda de los cubanos de Miami. Ahora la estrategia consiste en echarle la culpa a Castro y salvar la responsabilidad de los americanos.

En rigor, a los 42 años, cuando ya han desaparecido casi todos los actores de la tragedia, cuando ya resulta ocioso hablar de revolución y contrarrevolución, cuando la palabra **exilio** ha perdido todo sentido y parece ridícula, cuando todos los discursos se ahogan en vodka y Miami es un hervidero de pícaros, la situación cubana se puede describir mediante dos escenarios posibles.

Un primer escenario posible sería encantador para las mafias cubanas de Miami. Según éste, la política de exterminio desarrollada por Washington desde hace 42 años logra sus frutos y el régimen de Cuba cae por alguna razón que no es posible prever. Sin lugar a dudas, los americanos, en este caso, se apoderan otra vez de la isla, la **liberan**, proclaman el triunfo de la democracia, imponen un gobierno que responda a sus intereses, y entonces los mil millonarios cubanos de Miami, muchos de los cuales han hecho sus fortunas en el lavado de dólares, los jugosos contratos con los gobiernos

locales y el federal, los fraudes del sistema de salud, las construcciones fraudulentas, los turbios negocios bancarios, etc., etc., correrían hacia la isla para desarrollar las capacidades que han perfeccionado en contacto con la vida americana. Cuba **liberada** y democrática, se convertiría en un verdadero chiquero. El éxodo de cubanos hacia los Estados Unidos aumentaría de modo asombroso. Si ya han destruido el sur de la Florida lograrían destruir toda la península. No es fácil, por supuesto, que este escenario llegue a materializarse.

Un segundo escenario parece más racional. En el 2001 el proceso revolucionario ha llegado a flexibilizarse de tal modo que todas las acusaciones que lanza la propaganda contra Cuba desde Miami tienen un atraso de más de 25 años. El problema de Cuba no se resuelve con la liquidación de la revolución sino con el cambio de política de Washington. Es decir que las dirigencias americanas lleguen a entender que ya no es conveniente recuperar el control de la isla sino que lo más práctico es dejar que el proceso cubano evolucione sin presiones o amenazas externas. Cuba lo que está exigiendo es que le den el respeto que siempre le han negado. Es decir, que no traten de interferir más en sus asuntos internos. Para los Estados Unidos es más conveniente tener un aliado a 90 millas que insistir en una hostilidad que no le ha dado ningún beneficio. Todo lo contrario. La decisión de destruir a Cuba ha desprestigiado a los Estados Unidos y ha provocado una inmigración incontrolable hacia el sur de la Florida que ha sido destructiva.

De estos dos escenarios el más racional sería el segundo. Es decir, sacar las manos del conflicto cubano y dejar que la isla evolucione internamente.

**H**ay algo que no deja de ser un poco curioso. Aunque me he pasado la vida escribiendo lo cierto es que nunca me ha gustado la idea de ser un escritor. En los primeros años, cuando recorría La Habana, a pie, con algunos amigos, todos pobres como yo, soñaba con la literatura y me preparaba, afanosamente, para escribir una obra. Escribí mucho en aquellos tiempos. Hasta una novela muy curiosa que tenía un título admirable: *Le sobra un árbol a la primavera*. Yo estaba encantado con mi novela. Después, al cabo de los años, me dí cuenta que era una porquería. Estaba influida por Aldous Huxley. Kafka me influyó mucho y llegué a escribir un poco a su manera. Pero todo era falso. Otro que me fascinaba era Rilke. Yo sospecho que si hubiera seguido por aquel camino me habría convertido en uno de aquellos personajes enloquecidos que andaban por las calles de La Habana, en mi tiempo, obsesionados con la idea de hacer una gran obra literaria que nunca llegaba a cuajar. Tuve relaciones con casi todas las capillas literarias. En realidad, eran cientos y cientos de seres humanos, gentes jóvenes, y hasta viejos, y algunas mujeres, negros y blancos, que se hundían en el sórdido mundo de la literatura y se quedaban varados a mitad de camino. Pocos países del Caribe han dado tantos escritores y poetas como Cuba. Era conmovedor ver los esfuerzos que hacían para poder publicar un librito que después nadie leía. Yo le cogí horror a aquel mundo y a sus celos y rencillas. Y al llegar a cierto punto me libere, totalmente de la obsesión literaria. Yo no soy un escritor, me decía. No quiero serlo. No me interesaba dedicarme a escribir libros. Es humillante escribir libros en un país semi-salvaje donde nadie lee y donde todos se burlan del escritor. Eso me decía yo. Creo que logré enteramente mi propósito. Nadie me ha encasillado jamás en las largas listas de escritores. Mi verdadera vocación fue la del periodismo porque era una forma eficaz y directa de influir en los acontecimientos de la vida del país. Lamentablemente para mí, al tener que salir de Cuba e instalarme en un país de otra lengua me quedé sin profesión. La trágica vida de Reinaldo

Arenas, tal vez el escritor más importante que ha dado Cuba en el siglo pasado (el veinte) revela mejor que nada el conflicto que siempre existió en aquella isla con la creación literaria. Se le ha querido dar un tono de protesta política al caso de Arenas, lo cual es falso. Arenas fue perseguido en Cuba y maltratado no por razones políticas. Influyó en eso su desparpajo como homosexual. Pero también tuvo problemas en los Estados Unidos y prácticamente salió huyendo de Miami espantado por el ambiente sórdido de los cubanos. Se hundió en el vasto mundo de Nueva York para morir al final, por su propia mano, y de una manera muy varonil. Fue admirable su muerte y es admirable su obra llena de humildad. Después que Arenas murió me he dado cuenta que muchas gentes quisieron tender un manto de silencio y olvido sobre él, sobrecogidos por un estúpido temor a que los asociaran con su vida sexual desahogada. La película que se ha hecho, basada en su último libro, ha servido para que muchos pierdan el temor y empiecen a elogiar su obra. A la larga, Arenas quedará como uno de los escritores cubanos más importantes del siglo. Sus ideas políticas no tenían importancia. No creo que tuviera muchas. Lo más importante de Arenas es su brutal sinceridad, a veces hasta exagerada deliberadamente. En un país como Cuba, donde la mayoría de los escritores se disfrazaban de lo que no eran, y donde el estilo, en muchos casos, era como una máscara, Arenas rompió con todo y eso y se mostró siempre tal como era, para bien o para mal.

¿Cómo escribir sobre uno mismo sin caer en el estilo pedestre de los que se embellecen para presentarse en público? Siempre he criticado a las gentes de mi país por el impudor con que mienten al contar sus vidas. Hoy, 29 de julio de 1999, al salir de la cama, me he dado cuenta que estoy muy débil. Es probable que esté llegando al final de la vida. Vamos a estar claros. No es algo que me agrade. El tránsito hacia el otro lado, en el supuesto de que exista ese otro lado, que lo dudo, no es agradable. Uno tiene miedo.

Me doy cuenta que desde el 13 de mayo de 1997 me estoy muriendo poco a poco. Ya tengo 85 años. Son muchos años. A estas alturas tengo que confesar que no he hecho nada en la vida salvo observar. En rigor, he sido un espectador.

Hoy, al sentirme mal, he hecho algo que me ha deprimido mucho. He tomado una hoja de papel y he ido marcando con una rayita cada año que he vivido fuera de mi país, desde 1953. Me asombró la cantidad de rayitas. Son 47. Son muchas. No me gustó irme de mi país, a pesar del malestar que me producía compartir aquella vida sórdida de 1953. No me ha gustado verme obligado a convertirme en ciudadano de los Estados Unidos. No me ha sido agradable ver a mis hijos crecer en este país y convertirse en americanos. No me gustó que Olga muriera aquí. No me gusta que mi único nieto haya nacido en Inglaterra. Todo esto lo veo como sucesivos fracasos. En realidad, esta vida errante que he tenido que llevar durante tantos años refleja muy bien la tragedia del cubano en la segunda mitad del siglo veinte.

Vamos a no engañarnos, haber nacido en Cuba y haber vivido allí 37 años, observando el agitado vivir de mis compatriotas, no es ni debe ser motivo de orgullo. Tal vez es otro fracaso. Un fracaso del cual no somos totalmente culpables. Cuando en mis andanzas por el mundo me encuentro con alguien que me pregunta que de dónde soy me quedo un poco sorprendido. No estoy ya seguro de donde soy. Ni tampoco sé qué contestar. Decir, por ejemplo, que soy de Cuba es casi provocar una mirada de desprecio mal disimulada. No es elegante ser de Cuba. Los cubanos tienen mala fama en el mundo. Antes de la revolución si uno decía que era de Cuba tropezaba con una mirada de sorpresa. "¿Dónde está eso?" Era mejor decir que uno era de España. Todo el mundo sabía, más o menos,

donde está España, aunque las gentes no tuvieran una buena opinión de los españoles.

Y, sin embargo, que nadie se engañe. Yo he sentido una profunda adhesión a la tierra en que nací. Tal vez al aire, a los olores, a los atardeceres, a las mujeres de Cuba, a ciertas comidas. Nunca he podido adaptarme a vivir lejos de Cuba. He sentido como ofensas personales las cosas que le hacen a Cuba. Los horrores que le han hecho los americanos a la pobre isla. Yo me siento agraviado por la conducta de las mafias cubanas de Miami. Me disgustan ciertos aspectos de la revolución que han hecho en Cuba.

Me fui de Cuba, en agosto de 1953, a raíz del asalto al Moncada, porque no podía soportar las presiones que ejercía el gobierno de Batista sobre la prensa. Aquel exilio, de 1953 a 1959, fue para mí una experiencia inolvidable. Empecé a descubrir lo que había perdido. Fue mi encuentro con la dolorosa historia de la isla.

Hay algo terrible en la vida cubana de todos los tiempos. Es el cinismo que nos hace acomodarnos a la realidad del país para poder sobrevivir. O para poder vivir. Es un país peligroso para nadar contra la corriente. Hay fuerzas misteriosas que se conjuran para aplastar las rebeldías. Para vivir en Cuba hay que convivir con la realidad brutal del país. Eso era así antes de la revolución y lo es ahora, después, digan lo que digan. La independencia personal es imposible en aquel ambiente. Tal vez la explicación del fenómeno está en la antigua subordinación al español, que se portó como una bestia en Cuba y no dejó espacio para la libertad. Eso, primero. Y después en la subordinación al americano, que le impuso reglas de conducta muy sutiles a los isleños.

Recuerdo que en los finales del gobierno de Batista, creo que en 1957, o tal vez un poco más tarde, no sé, llegó a Miami Orestes Ferrara. Iba para Cuba y estuvo unos días en el Hotel Columbus. Había hablado con Carlos Prío y se estaba ofreciendo como mediador para resolver, entre cubanos, la crisis cubana. Por supuesto, Ferrara estaba muy viejo y no entendía que la crisis cubana no se iba a resolver con una mediación pendeja entre Batista y Carlos Prío. Acostumbrado a todos los chanchullos de la vida republicana en Cuba, Ferrara creía que si lograba poner de acuerdo a los dos personajes todo se iba a resolver del mejor modo.

—Yo los quiero sentar en una mesa para negociar entre cubanos y llegar a un acuerdo patriótico... —me dijo en una breve entrevista que le hice.

De pronto sentí una gran desilusión. Aquel hombre, admirable por su cinismo, que se había pasado toda su vida manipulando a los patriotas cubanos, que había peleado en la guerra de independencia, que tenía hasta fama de ser un buen historiador, no se daba cuenta que los tiempos habían transformado la realidad cubana. Era un hombre inteligente. Pero con una inteligencia que ya no era aplicable a la isla en que había prosperado. Ni Batista, ni Prío, ni Ferrara tenían ya nada que ver con Cuba. Ferrara pertenecía a la generación que le había entregado el destino de Cuba a los americanos en los tiempos de la ocupación militar. Creo que aquel día, oyendo a Ferrara disertar sobre sus planes como mediador, me di cuenta, por primera vez, que los cubanos estábamos entrando en una región de extrañas turbulencias.

—¿Usted no cree, Ferrara, que esto que está pasando en la Sierra Maestra, debe ser examinado con mucho cuidado para ver lo que significa? —le pregunté.

—Claro que sí, hombre, este muchacho, Castro, tiene mucho mérito y ha hecho algo que ha impresionado al pueblo de Cuba. Yo he vivido cosas como esas en el pasado... —me contestó Ferrara muerto de risa.

Y entonces me dijo, casi confidencialmente, que él y Prío, en la conversación que acababan de tener, habían considerado la situación de Castro y que era necesario compensarle de algún modo.

—El tiene su cuota de poder y hay que respetársela...

En un tiempo, a raíz del asalto al Moncada, Prío creía que si a Castro se le nombraba Director de

la Renta de Lotería se podría contar con su colaboración en un gobierno de transición, después de **tumbar** a Batista. Con los años lo fue ascendiendo. Ya, en los tiempos de la entrevista con Ferrara, Prío había llegado a la conclusión de que a Fidel era necesario nombrarlo Primer Ministro.

Debo confesar ahora, en el ocaso de la vida, que aquella breve entrevista con Ferrara me enseñó muchas cosas. Yo he aprendido hablando con las gentes. Eso lo ayuda a uno a creer en pocas cosas. Y, en rigor, uno necesita para avanzar por la vida, llegar a creer en algunas cosas. Por ejemplo sentir que uno respeta a alguien, ya sea por su talento o por su honestidad. Yo confieso que he fracasado en mis esfuerzos por desarrollar un repertorio de admiraciones por mis compatriotas.

**C**onfieso que yo sentí siempre admiración por Ramón Vasconcelos. Siempre he creído que fue uno de los mejores periodistas de su época. Era valiente. Tenía un estilo limpio y directo. Nunca hablé con él, salvo alguna que otra breve relación telefónica. No creo que fuera un hombre de gran cultura. Poseía, a mi ver, en el orden cultural, exactamente lo que hacía falta para escribir en periódicos y parecer culto, que es uno de los secretos de la profesión. Cuando se ponía a hablar de sus tiempos en París enseñaba la oreja de la cursilería. Su estilo servía para la política criolla, para el insulto oportuno. Ya, en mi tiempo, cuando ya yo había sobrepasado muchos escollos, lo encontraba antiguo. Pero, en general, siempre me gustó leerlo. Lo lamentable para mí es que nunca pude conocerlo ni tratarlo. Me hubiera gustado. Al contrario, siempre me tuvo cierta inquina, que estaba justificada porque yo, cada vez que podía, le largaba una indirecta ofensiva. Me burle muchas veces de él. En el fondo, tal vez, era envidia de mi parte y esa ansiedad juvenil de llamar la atención. Nunca quise parecerme a él, por supuesto, porque yo quería volar más alto.

Creo que fue en 1944, cuando tomó posesión Grau San Martín, que a mí se me ocurrió que Vasconcelos debía escribir sus artículos en *Prensa Libre*. Cuando se lo dije a Carbó advertí que la idea no le gustaba. Yo creo que siempre hubo entre ambos cierta rivalidad. Políticamente habían estado en posiciones encontradas. Vasconcelos había sido machadista y Carbo estuvo frente a Machado.

Pero a medida que *Prensa Libre* se iba inclinando a la crítica al gobierno de Grau fue evidente que nos hacía falta Vasconcelos. Por fin, Carbó se decidió a aceptar mi sugerencia y comisionamos a Soto Paz para que hablara con él. Enseguida aceptó. Y empezó a escribir en el periódico un artículo diario. Tuvo un éxito tremendo. En aquel tiempo lo que más vendía el periódico eran los artículos de Vasconcelos. Los golpes que le propinó a Grau fueron muy duros. Pero el problema con Vasconcelos es que tenía una tendencia muy pronunciada a la diarrea periodística. No tenía sentido del límite en cuanto a extensión de sus artículos. Insistía en que sus artículos debían salir en letras de diez puntos. Hable varias veces con él por teléfono. El artículo no debe tener más de tres cuartillas. Y si dos, mejor. *Prensa Libre* es un periódico de pocas páginas y poco espacio. No le importaba lo que yo le decía. Mandaba artículos de cinco cuartillas y seis y a veces tarde. Y exigía los diez puntos. No era posible. Cada vez que se pasaba del límite yo le hacía el artículo en letra de ocho puntos y se ponía furioso. Una o dos veces, por llegar tarde, se lo dejé fuera. Puso el grito en el cielo. Entonces agarró la costumbre de escribirle cartas a Carbó quejándose de mí. “Si tienes alguna influencia con el amigo Ortega, pídele que me publique el artículo en diez puntos”, le decía. Carbó se reía. Cada vez que recibía una nota de Ramón me llamaba y me decía: “Tú que defiendes tanto a Vasconcelos, mira lo que dice de ti”, me decía. Creo que gozaba la pugna estúpida de Vasconcelos conmigo. Sospecho que Vasconcelos siempre estuvo resentido conmigo.

Luego, en 1952, coincidimos en el Consejo Consultivo, pero no tuvimos trato. Nos evitábamos. Era mejor así. Como yo a cada rato, me burlaba del Consejo que era la quinta rueda del carro, un día Saladrigas se las arregló para hacerme una especie de juicio. Pusieron al viejo General, Generoso Campos Marqueti, un negro que presumía de haber sido un héroe de la guerra de independencia, pero que, en rigor, era un general un poco de relajo que había obtenido el grado en una de las ridículas guerritas que habían ocurrido durante las broncas de liberales y conservadores a lo largo del período republicano. Campos Marqueti me metió un discurso ridículo lleno de citas grandilocuentes. Anselmo Alliegro, que era un hombre bueno y que siempre fue amigo mío, se sentó a mi lado y me dijo que aguantara, que el viejo Campos Marqueti era un farsante. Tampoco yo podía hacer mucho. Nunca he tenido facultades oratorias. Al contrario, me aterran los discursos. Puedo pararme y mentarle la madre a alguien o tirarle un tintero por la cabeza, pero no es posible que yo sea capaz de enhebrar un discurso. Después del viejo general, habló Vasconcelos. Lo que querían, en definitiva, era obligarme a irme del Consejo porque les resultaba molesto que yo formulara críticas contra el mismo Consejo, por inútil, en la prensa. Mi fuerte era la prensa. Yo no recuerdo lo que dijo Vasconcelos, pero intervino alguien y la cosa quedó en suspenso.

El caso es que yo salí de aquella estúpida sesión con una indignación que apenas si podía contener. Había quedado en ridículo. Aquellos viejos sinvergüenzas me habían aplastado. En aquel entonces yo era director de los noticieros de la RHC, Cadena Azul, una poderosa estación de radio. Me fui a la estación, escribí una cuartilla furiosa, y lance mi brulote por la radio, especialmente contra Vasconcelos.

Una hora después llegaron dos caballeros muy serios y formales a la RHC y pidieron verme urgentemente. Me reuní con ellos. Poniendo cara de circunstancias me dijeron que eran los padrinos de Vasconcelos y que éste me retaba a duelo. Tuve que nombrar otros dos padrinos y empezaron las negociaciones. Nunca me he sentido más ridículo y aterrado que en aquellos días. Siempre me había burlado de los duelos y de los padrinos y ahora me veía envuelto en uno. Y con un viejo que casi me doblaba la edad. Yo no sabía nada de sables y de cosas como ésas. Enseguida se me apareció un duelista profesional, un viejo muy simpático y me dijo que él me entrenaba en tres días para que le diera una zorra a Vasconcelos. Empecé el entrenamiento con el sable. A los tres días yo no podía moverme. El viejo Vasconcelos era el que me iba a zurrar a mí con toda seguridad. Ni mis piernas, ni mis brazos respondían a las órdenes que les daba mi cerebro. Estaba molido. Todo aquello era espantosamente ridículo. Nada menos que un duelo a muerte con un viejo de los primeros años de la república. Si yo, dando tumbos, le metía un sablazo me iba a buscar un lío. Si me lo metía él a mí, peor.

Por último no pasó nada. En Cuba los duelos solían resolverse en la mesa de las negociaciones y con actas bien elaboradas. Los padrinos eran unos leones justificando lo injustificable. Había un lenguaje especial para escribir aquellas actas entre caballeros. Todo quedó bien.

Poco tiempo después renuncié al famoso Consejo, que era un cónclave de ancianos pícaros y mientras estuve escribiendo en Cuba seguí ridiculizando sus sesiones. Nunca se hizo nada en aquel Consejo Consultivo. Nunca se decidió nada. Era un excelente modo de entretener a aquellos viejos.

**H**e dicho en alguna parte, antes, horror a la muerte. ¿Es cierto? Quisiera poder elaborar sobre esto en un estilo ambiguo. Pero me es imposible. No puedo divagar, no puedo evadirme. Toda mi vida ha sido un constante entrenamiento para la claridad en la expresión. Ya no puedo cambiar para enrollarme. No es cierto que le tenga tanto temor a la muerte. La veo cerca, la siento a mi lado, acechándome. A lo que temo es al **proceso** de la muerte, al modo de morir, al impacto. Quisiera tener a mano venenos eficaces y silenciosos que me ayudaran a morir. Le tengo miedo a los hospitales, a los médicos, a las enfermeras. Es un mundo bestial. En un tiempo soñaba con el procedimiento del escape de gas de los automóviles. Hasta llegué a comprar una manguera especial para conectarla y llevarla al interior del carro. De pronto, hace unos meses, empecé a sospechar que las nuevas regulaciones ambientales han eliminado ese tipo de gas en los automóviles. ¿Es posible? No sé. De todos modos, lo que más me preocupa es el modo de morir. Todo lo que hago en estos tiempos lo hago pensando en el tiempo que me queda. Hoy tuve que pagar por el apartado de correos. Podía escoger entre pagar un año completo o seis meses. Voy a pagar seis meses, porque, de todos modos, no voy a vivir más de eso. Eso me dije. Al momento de hacerlo la mujer del correo me sugirió que por qué no pagaba un año. No tuve valor para decirle que no esperaba vivir un año y entorces lo pagué. Soy optimista, me dije. Mientras vivió Olga yo tenía otra actitud. Tenía algo que hacer. Tenía que cuidarla. Ahora ya la cosa es distinta. Soy un estorbo para los demás y hasta para mí mismo. El libro que quise dejar sobre los cien años de Cuba me parece cada vez más lejano imposible. Vagamente quisiera dejar algunas memorias. No de lo que he vivido sino de lo que he visto y oído.

**H**ace pocos días, exactamente el 15 de julio del 2000 estaba en un hotel de Gainesville, Florida y de pronto sentí un fuerte dolor en el medio del pecho. Carajo, me dije, esto es la muerte. Entonces me levanté y tomé dos aspirinas, que es lo que hago siempre que me enfrento a la muerte. Me volví a acostar y me puse a pensar en lo que pasaría si me quedaba en el cuarto del motel. El manager del hotel, un polaco, se disgustaría mucho si me muriera aquí. No es decente venir a morir en un motel. Tendrían hasta que cambiar las sábanas de la cama. Quien sabe.

Antes de posarme en este motel, que se llama **Cape Cod**, bonito nombre, recorrí varios otros moteles de Gainesville y descubrí, con espanto, que todos están en manos de hindues o paquistanos. Por todas partes de los Estados Unidos hay gentes de la India o Pakistán, o al menos así parecen, que son pequeñitos, de piel oscura, de buen pelo, y muy amables, y que manejan hoteles, moteles, venden *donuts*, están al frente de pequeños *groceries*, y por lo general atienden muy mal a los clientes. No porque los maltraten, nada de eso, es, porque hay poca higiene en esos lugares, hay olor a comidas extrañas, no suelen cambiar las sábanas en los moteles nada más que una vez al mes y suelen cobrar muy caros sus servicios. Para mí es un misterio la conducta del departamento de Inmigración. Persiguen a sangre y fuego a los inmigrantes que vienen del Caribe y Centro América y, sin embargo permiten que la India esté enviando para los Estados Unidos a sus excedentes de población. Debe ser que traen dinero y compran negocios. No tengo las estadísticas y por consiguiente no puedo dar datos específicos. Pero debe ser grave la cosa cuando en muchas partes hay moteles que ponen anuncios explicando que son administrados por americanos.

¿Pero qué me importa a mí todo eso si, en este momento tengo un fuerte dolor en el pecho y es probable que me este muriendo? Claro que podría llamar al *manager* del hotel y decirle que llame

una ambulancia. ¡No, por Dios! Yo le tengo más miedo a los hospitales y a los médicos y enfermeras que a la muerte.

Yo solamente iría a un hospital si me quedara inconsciente y fuera otro el que tomara la decisión de llamar una ambulancia. Vamos a estar claros. No es nada personal y nadie debe darse por ofendido. Yo prefiero morir tranquilo en el cuarto de un motel, o manejando el carro, o sentado en el banco de un parque antes que caer en las garras de los médicos, enfermeras y sirvientes de un hospital cualquiera. Tengo una pésima opinión de los abogados, pero la tengo peor de los médicos. Una de las profesiones que más se ha degradado en los Estados Unidos es la de médico. No es nada personal, claro.

Pero, en fin, ¿qué puedo hacer? Sigue el dolor en el pecho. Durante años la aspirina me ha resuelto todos los problemas. Pero supongo que debe llegar un momento en que los dolores quedan más allá de la aspirina. He salido al patio del motel. He caminado un poco para ver si el ejercicio me disipa el dolor. Inútil. Fui caminando a un restaurante que hay en la esquina y le pedí un café a la camarera. Me miró con curiosidad. No me dijo nada. No sabe, la pobre, el problema que se buscarían si me muero, en el restaurante.

Me asaltan ideas fúnebres. Si muero aquí prácticamente en la carretera, ¿qué pasaría con el cadáver? Anoto direcciones y teléfonos y me las echo arriba, por si acaso. En Miami ya tengo arreglada la incineración. Ya está pagada. Es un trastorno. Las funerarias, cuando agarran el dinero, en una ciudad, no son capaces de ir a buscarlo a uno a otra ciudad, por ejemplo Gainesville, que está a más de 360 millas de Miami. ¿Que van a hacer con el cadáver?

No crea usted que estoy exagerando. Hoy en día, en un mundo que cada vez se vuelve más siniestro, morir es un problema muy serio. La vida en los Estados Unidos se ha vuelto sórdida y miserable, pero la muerte no es una salida decorosa. Es hasta posible que los miserables que lo van a preparar a uno para la incineración le hagan cochinadas a los cadáveres y se burlen de ellos. Todo es posible. No hay garantías de nada. No puede uno morir con tranquilidad.

Pero vamos a estar claros. Que no se engañe nadie. Yo le tengo horror a la muerte. Este dolor cada vez más fuerte que me atenaza el pecho, el medio del pecho, me produce espanto, pero aún en el espanto me queda humor para ver la muerte desde afuera, como si fuera otro el que se está muriendo. Por eso es que ese **otro** escribe estas líneas. Siempre tengo presente unos versos de Jorge Manrique: "...que no hay locura mayor que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera". Lo que ocurre es que no estoy seguro de que Dios quiere que muera, ahora y aquí. Tampoco estoy seguro de que Dios existe. De lo único que estoy seguro es del miedo que produce la inminencia de la muerte.

Si tuviera una de esas pastillitas de nitro que se ponen debajo de la lengua tal vez lograría calmar el dolor. Pero no las tengo. Y no se las voy a pedir a nadie. Aquí venden condones y anticonceptivos libremente en las farmacias, pero para obtener esas pastillas hace falta la receta de un médico. Y yo no quiero ver a un médico.

En fin, no hay nada que hacer. Mañana, sábado 17 de julio, si no pasa nada, agarraré el carro y me iré manejando hasta Miami, solo. Tal vez las aspirinas me calmen el dolor. Tal vez no sea nada. Tal vez llegue bien a Miami. Tal vez pueda seguir escribiendo, de vez en cuando, de la chusma de Miami. Tal vez me crezca la gana de no morirme.

Pero, en fin... Quizás con un ajuste final de cuentas se calme el dolor. Siempre lo atribuiré a la decisión de no ver a un médico.

(Al llegar a Miami, a los dos días, fui a ver a un médico del Baptist Hospital y al día siguiente me hicieron un cateterismo, o algo así. Y encontraron que tengo una arteria túpida en un 99 por ciento. Las otras lo están en un 40 y un 35. Por ahora puedo ir tirando con algunas pastillas. De todos modos, la crisis que tuve en Gainesville la superé bastante bien poniéndome a escribir).

**H**ay gentes que nacen en un país libre, y se desarrollan en un ambiente familiar, y crecen, y envejecen con una cierta seguridad, y logran insertarse en una tradición, y tienen hijos y hasta nietos, y saben quiénes fueron sus antepasados, y pueden prever sus descendientes, y tienen raíces en su mundo, en su ciudad, en su pueblo. Y todo esto los ayuda a mantener un tono firme, sostenido, con un repertorio de ideas, buenas o malas o peores, pero ideas al fin, y creencias.

¿Pero cuál es la situación de gentes como yo, nacidas en una isla turbulenta, con una vida inestable, siempre acosadas, siempre amenazadas por el desarraigo, sometidas al vaivén de los acontecimientos? Somos gentes sin antepasados conocidos. Nuestros descendientes están dispersos por el mundo. Ni siquiera estamos seguros de que con los años lleguen a recordar que son nuestros descendientes. Tampoco sabemos a qué país irán a parar ni dónde echarán raíces. Somos gentes a la deriva. Como botellas que se echan al mar.

En la isla en que yo nací siempre existía la amenaza de que un día llegaran unos buques americanos y desembarcarían unos marinos para azotarnos. En los años de mi juventud se andaba por las calles de La Habana, y de las otras ciudades del país, siempre a riesgo de recibir una bala perdida. La miseria nos acechaba a todos mientras contemplábamos en silencio la opulencia de los que estaban en el poder. Ahora se habla de los que andan buscando una balsa para huir. Las juventudes de mi tiempo siempre soñaban con una visa para alguna parte. No importaba para dónde. El ambiente cubano era tan chato, tan grotesco, tan corrupto, que la única esperanza era la fuga. Hubo una época, en 1936, al estallar la guerra civil en España, que la guerra se convirtió en la más apetitosa opción.

Hoy se dice que la revolución destruyó nuestras vidas y nos lanzó a la diáspora. No es cierto. Ya estábamos en dispersión desde antes de la revolución. Esta, la revolución, fue la culminación de un proceso. Antes de la revolución ya hubo jóvenes que se escondieron en el tren de aterrizaje de los aviones para huir de la isla. Ya estaba en pie el anhelo de fuga. Eso venía desde mucho antes. Era como un fatalismo.

El cubano desterrado que ha llegado a Miami y se ha lanzado como una fiera sobre el dinero para conquistar su espacio vital, su parcela de poder, sin escrúpulos, sin respetar nada, dispuesto a todo, lo mismo a la droga que el lavado de dólares o la usura bancaria, o al negocio político, o a la conquista de las posiciones burocráticas para enriquecerse a costa de los contribuyentes, ese cubano es un ser profundamente infeliz. Ni siquiera cuando ha logrado acumular millones de dólares se siente tranquilo.

Algo se le ha quebrado adentro sin saber que es. Nunca lo sabrá. Es tal vez la pérdida de la identidad, la insatisfacción de provenir de una isla torturada por incansables verdugos. Algún día será necesario analizar por qué un hombre tan desgraciado como Carlos Prío Socarrás se encierra en el garaje de su casa y se dispara un balazo en el corazón. Hay aquí un suicidio que simboliza el infortunio del pueblo cubano.

Hay algo profundamente patético en el afán que tienen los cubanos de la diáspora por la exhibición. Se tiran desesperados sobre los periódicos para que les publiquen sus fotos. Llamen constantemente a las estaciones de radio para meter discursos disparatados. Se dan fiestas unos a otros o se reúnen periódicamente en tertulias para intercambiar ideas que no son ideas sino gemidos. Corren a las funerarias, no porque les importe el muerto sino para verse, para renacer, para tocarse mutuamente, para sentir que siguen vivos. “¡Estás igualito, Fulano!”, le dice un coterráneo al otro. Es falso. Está destruido pero hay un cierto placer egoísta en ver al otro destruido mientras el uno se ve a sí mismo intacto. Las funerarias debieran estar llenas de espejos, en los techos, en las paredes, en el piso, para que todos se vieran como ven a los otros o como ven al muerto.

Es que no tiene remedio. Los que han vivido una vida lineal, de la cuna al sepulcro, sostenidos

por una tradición, en un ambiente de libertad y seguridad, no pueden entender nunca al desterrado que no encontrará nunca una cuna para mecerse. No importa el dinero ni la precaria fama del **ghetto**, ni todo lo que grite por la radio o lo que diga por los periódicos de su propia lengua que circulan por el subsuelo de sus ciudades prestadas. Tampoco importa el tiempo que lleva madurando su destierro. Mientras más, peor. Al final, sin que se de cuenta, lo espera la desesperación. Es una desesperación sorda. No importan los trofeos o pergaminos que se den unos a otros. Nada de eso calma la sed. Y lo peor, al final, es que el desterrado, el verdadero desterrado, sabe que no tiene a dónde regresar, porque la tierra de donde partió, la tierra que perdió, ya no existe. Lo que tiene ante sí es la eternidad del desamparo. Algún día será posible escribir, alguien lo hará, la extraña odisea de este hombre infeliz que se llamó Jorge Mas Canosa, que amasó una fortuna enorme, pasando por encima de todos y siempre soñando con un poder inalcanzable, que ni siquiera merecía, porque no había por qué, para verse enfrentado a una muerte prematura y triste. Fue un sueño roto. Quiso llegar al poder por la vía del dinero y al final ni una cosa ni la otra. En pocos seres humanos se da un caso tan angustioso como en Mas Canosa. Su fracaso de desterrado inspira más simpatía que su triunfo financiero.

**T**odavía no se ha hecho un estudio minucioso de lo que hizo Batista en Cuba desde el 10 de marzo de 1952 hasta el 1 de enero de 1959, cuando salió huyendo. Probablemente nunca se hará. Algunas gentes, inclusive muchos que en un tiempo fueron adversarios del gobierno de Batista, han querido describir el período como un tiempo de prosperidad y libertades. Se intenta disimular el carácter siniestro de aquella dictadura para acentuar la crítica al posterior proceso revolucionario. Pero es inútil. La historia es irrevocable. Yo vi por dentro el régimen de Batista y vi como, poco a poco, se fue endureciendo hasta llegar a extremos de crueldad que no se hubieran podido imaginar nunca. Esto a pesar de que mis experiencias se limitaron al período que va desde el golpe de estado hasta el asalto al Moncada. Creo que lo que vino después fue mucho peor. Basta señalar que un hombre tan fino y sonriente como Andrés Domingo y Morales del Castillo, Ministro de la Presidencia y hombre de la mayor intimidad de Batista, fue el que dio fríamente la orden de asesinar a todos los expedicionarios del Moncada que fueron apresados después del asalto. Aquello fue una carnicería.

Durante el resto del año 52 y parte del 53, hasta el Moncada, Batista trató de disimular, en lo posible, la verdadera naturaleza de su gobierno. No se limitó a la prensa sino que ésta se censuró a sí misma. *Bohemia* fue una excepción, pero de todos modos, Quevedo era cauteloso. Sabía hasta donde podía llegar. Los otros simplemente se hacían cómplices silenciosos.

A fines del año 52 yo me lancé a la aventura de hacer un diario independiente. No era fácil. Yo no intentaba hacer un periódico de oposición ni de gobierno. Simplemente, un diario independiente para andar por el medio de la calle y romper la conjura de hablar a media voz. Batista, al principio, no se dio cuenta de lo que yo trataba de hacer y no me pusieron obstáculos. Yo reuní una cantidad de dinero vendiendo las acciones de *Pueblo* a gentes del gobierno y la oposición, pero me reservé, la mayoría de las acciones y la propiedad del título del periódico. No engañé a nadie. Siempre aclaré que la dirección del periódico y su orientación eran mías. El negocio incluía no solamente la maquinaria del periódico sino también el edificio de tres plantas situado en la calle Zanja. La deuda que contraje era alta.

Desde los primeros días de la salida del periódico quedó establecida la orientación. Era de absoluta independencia y sin ninguna inclinación partidista. El primero que vino a verme fue el jefe del SIM

(Servicio de Inteligencia Militar) llamado Ugalde Carrillo. Yo había hablado con él varias veces. No creo que fuera de los peores.

—Chico, Luis, Batista me ha encargado que investigue todo lo relacionado con tu periódico, por pura curiosidad, pero me he vuelto loco porque no logro dar con el propósito que tú tienes... —me dijo Ugalde hablándome sin tapujos.

Le contesté:

—Ugalde, me hubieras preguntado a mí y yo te lo habría dicho todo... No hay misterios. Todo ha sido hecho a la luz del día. Yo estoy haciendo un periódico independiente... Los accionistas son gentes del gobierno y de la oposición y otros que son neutrales. Si quieres te doy la lista de accionistas. Pero eso no importa, porque yo tengo la mayoría de las acciones y las he pagado todas... De modo que yo soy el único responsable de todo. Explícaselo así a Batista...

Entonces le di la lista de los accionistas y Ugalde quedó satisfecho. O, al menos, así parecía.

Pocos días después vino a verme el Jefe del Buró de Investigaciones, Orlando Piedra, un hombre amable, y empezó a hacerme preguntas. Le dije lo mismo que a Ugalde. Se marchó dándome las gracias.

El tercero fue el propio Jefe de la Policía, General Salas Cañizares, una verdadera bestia. Yo había atacado mucho a Salas antes del golpe de estado a causa de la muerte de un estudiante y Salas me guardaba un cierto rencor. Era un hombre peligroso. Examinó todo el edificio, que yo se lo enseñé amablemente, y creo que estaba con discreción planeando como asaltarlo, tal como hizo después del ataque al Moncada.

Me hizo las mismas preguntas y le di las mismas respuestas. Era algo cómico. El gobierno no sabía que hacer. El ejemplo de *Pueblo* estaba influyendo en los otros periódicos. Yo publicaba cosas que los otros callaban. Pero, poco a poco, se iban soltando.

Entonces, una tarde me llamó el siniestro Andrés Domingo y Morales del Castillo y me dijo que Batista quería hablar conmigo, que fuera a Palacio.

Mi respuesta fue la siguiente:

—Andrés, dile a Batista que yo voy allá con mucho gusto... Pero, por favor, explícale que yo tengo que terminar de hacer el periódico de hoy, y me gustaría que me recibiera enseguida. No puedo estar mucho tiempo en la antesala...

—Muy bien, te vuelvo a llamar... —me respondió Morales del Castillo.

Y me respondió, por supuesto:

—Dice el presidente que ya te llamará otro día...

Por supuesto, yo quedé convencido de que el hombre había entrado al despacho de Batista y le habría dicho algo como esto: “Este tipo es tan insolente que dice que si no lo recibes enseguida que no viene”.

A partir de aquel momento comenzó la guerra contra *Pueblo*. A los pocos días el propio Jefe de la Policía, Salas, agarró a un vendedor de *Pueblo* en una calle y le dio una paliza y le arrebató todos los ejemplares del periódico. Yo protesté en forma enérgica. Llegué a decir en mi artículo (creo que estúpidamente) que si tenían algo contra el periódico que no debían golpear a los vendedores callejeros sino que debían golpearme a mí. Hay que entender que yo era muy joven y estaba, desgraciadamente, acostumbrado a la libertad de expresión. Me faltaba la experiencia que tenían mis colegas. Fue, obviamente, una provocación muy peligrosa, sobre todo tratándose de una bestia como Salas Cañizares.

Claro, poco tiempo después, aprovechando la ola de violencia que se desató al día siguiente del asalto al Moncada, los agentes de Salas invadieron el periódico disparando al aire y me dieron la paliza que yo había pedido. Así comenzó mi destierro. Que ha durado, hasta hoy, unos 48 años. Así era Cuba.

Sin embargo, al cabo de los años, tengo que admitir que yo estaba buscando el destierro aún sin confesármelo a mí mismo. Era algo instintivo. Yo le había cogido asco a Cuba y a sus gentes. Yo presentía que el país entraba en un túnel siniestro. Yo sentía tanta intriga alrededor mío, y recibía tantos golpes

bajos, que me daba cuenta que ya no tenía estómago para sobrevivir.

Hace pocos días encontré entre mis viejos papeles una carta del Ministro de Información del gobierno, Ernesto de la Fe. Aunque ya Ernesto murió en Miami, y era ya un ser deshecho por la larga prisión, esta carta del mes de junio de 1953, breve e insolente, me ha repugnado. En la carta me dice, concretamente, que él se siente molesto por las críticas que el periódico *Pueblo* le hace al gobierno de Batista, y aunque no se trata de críticas contra él, personalmente, él se da por aludido y se siente ofendido por mi conducta. No recuerdo bien, pero es posible que cuando yo recibí esa carta, en aquel tiempo, lo más probable fue que tuve que hacer esfuerzos para no vomitar.

Yo había protegido a Ernesto de la Fe durante años. Lo defendí en todos los momentos en que tuvo problemas con la policía, inclusive cuando lo quisieron mezclar injustamente en el asalto al Royal Bank. Yo fui el que se enfrentó a la policía y me busqué incontables enemigos siempre en defensa de Ernesto. No era él un periodista brillante ni mucho menos, pero lo llevé a escribir a *Prensa Libre*. Lo ayudé económicamente porque sus artículos en el periódico le sirvieron para obtener una subvención del gobierno de Prío. La madrugada del 10 de marzo, cuando yo lo mando a buscar para que venga conmigo a Columbia, Ernesto de la Fe ya había conseguido con Paco Prío que lo nombraran Subsecretario de Gobernación. Yo lo llevo a Columbia y le traspaso un ministerio que me habían ofrecido a mí, y que yo no estaba dispuesto a aceptar.

Es decir, yo me había portado con Ernesto de la Fe como un buen amigo. Existía entre nosotros una buena amistad. Habíamos viajado juntos en varias ocasiones. Y, sin embargo, en el mes de junio de 1953, cuando el periódico que yo dirigía, *Pueblo*, empieza a desarrollar una posición crítica contra el gobierno de Batista, Ernesto de la Fe se olvida de todo y se viste de Ministro y me manda una breve carta amenazadora. Supongo que Batista se lo exigió. Yo no le hice caso, por supuesto, y el periódico siguió adelante hasta que fue invadido a tiros por la policía. Pero, de todos modos, la conducta de Ernesto fue incorrecta, por decir lo menos.

Y más grave todavía, cuando ya yo estoy exiliado en Miami, y estoy escribiendo unos artículos contra Batista en el *Diario Las Américas*, recién fundado, en 1953, Ernesto de la Fe viaja a Miami con un grupo de sus amigos, se entrevista con el director del diario, y se las arregla para convencerlo de que no era conveniente publicar mis artículos. Y, en efecto, aunque no me interesaba mucho publicar aquellos artículos en un diario tan pobre, lo cierto es que se me cerró aquella puerta y nunca más volví a publicar nada en Miami. Batista había logrado su propósito, que era silenciarme.

Esta carta insolente que he vuelto a leer en estos días, y en la cual el ministro me amenaza, unas pocas semanas antes de que entrara la policía en *Pueblo* disparando sus armas y destruyendo los linotipos y agrediéndome físicamente, me ha llenado de tristeza. En Cuba, en 1953, se había perdido todo sentido de solidaridad humana. Y algo más, hasta la más elemental decencia. Andando los años yo vi llegar a Ernesto de la Fe a Miami, después de su larga prisión, y terriblemente envejecido y solitario. No me costó trabajo reanudar una buena relación con él. Y olvidar el pasado.

**Y**o tengo un buen recuerdo de mis conversaciones con Dionisio Ridruejo en los años 1956 y 1957 en Madrid. Unas veces en su casa y otras en algún café, hablé mucho con él y le hice muchas preguntas. Ridruejo había sido uno de los hombres más importantes en las filas del Movimiento Nacional y había ocupado cargos de mucha significación en la Falange. Llegó a ser Director General de Propaganda del Estado. En 1939, Ridruejo entró vencedor en Barcelona al lado

del General Yagüe. Durante la guerra fue uno de los hombres más cercanos al General Franco. Cuando yo lo conocí, en 1956, Dionisio Ridruejo tenía ya publicados más de quince volúmenes de poesía, ensayos y teatro. ¿Qué edad tendría entonces? No sé. Magro, de poca estatura, nervioso, me daba la impresión de ser un hombre de unos 45 años. En su apartamento tenía una gran cantidad de fotografías y documentos, y tuve la oportunidad de ver algunos. Había ido a Rusia con la División Azul y yo publiqué en *Bobemia* una foto muy interesante de Ridruejo con su uniforme militar en Rusia, en 1941, y otra en un hospital de Riga. En 1938, en Burgos, se le veía junto a Franco y Doña Carmen Polo. En 1939 ya Ridruejo tenía publicados varios libros: *Plural*, y *Primer Libro de Amor*. En 1950 le concedieron el Premio Nacional de Literatura por sus poesías selectas agrupadas bajo el título de *En once años*.

—¿Cuándo fue que usted se enfrentó al régimen de Franco?

—Fue un proceso de alejamiento... Por ejemplo, entre 1942 y 1951 yo permanecí fuera del régimen. Era, podemos decir, una pasividad crítica... Me confinaron durante cinco años, primero en Ronda y después en un pueblo de la costa catalana. Después me fui a Italia como corresponsal de la prensa falangista. Más tarde me ofrecieron algunos puestos en el gobierno y los rechacé.

En los días en que yo me estoy reuniendo con Ridruejo en Madrid la situación en España se está tornando tensa. Habían ocurrido unas protestas estudiantiles en 1956 y se mencionaba el nombre de Ridruejo como uno de los que estaban agitando a los grupos juveniles. Ya la policía de Franco me estaba vigilando al ver que me reunía con él.

Lo interesante de Dionisio Ridruejo era, precisamente, que había estado en el bando de los vencedores de la guerra civil, los privilegiados del régimen, y se había apartado del mismo por razones ideológicas y ahora, en los años 50, Ridruejo había pasado a ser uno de los vencidos.

—¿Es posible, Ridruejo, que gentes como usted, que hoy aparecen como vencidos, puedan llegar a ser vencedores otra vez?

Yo estaba pensando en términos caribeños. Es decir, se prepara un golpe de estado, se organiza una revolución, y los vencidos de hoy vuelven otra vez a ser vencedores mañana...

Ridruejo me miró con cierta condescendencia.

—Yo no soy partidario de la revancha. Eso es absurdo. Eso es la vuelta atrás. Hacer vencedores a los vencidos de hoy y tomar represalias con los antiguos vencedores... Eso es abrir nuevamente el proceso. Esa no es la situación de España...

Lo que está planteando el antiguo falangista es una reforma gradual del régimen de Franco para llegar a un punto en que no haya ni vencedores ni vencidos.

—¿Es usted el único que está haciendo oposición abierta a Franco dentro de España? —le pregunto.

—Nada de eso. El gobierno no se deja... Aquí nadie hace oposición abierta. Pero hay muchas gentes que están en una posición crítica, aunque no tienen acceso a los medios de comunicación. Hay publicaciones juveniles formalmente dependientes de la Falange. Y otras de tipo católico.

La pregunté algo que me llamaba la atención. Esto es, el hecho de que las cabezas visibles de la oposición al franquismo tenían que vivir en el extranjero y él, sin embargo, podía permanecer en España.

—Bueno, el gobierno tiene la idea de que los que viven fuera son los vencidos y los que estamos dentro todavía parecemos vencedores, aunque yo no me siento como tal...

En realidad, la situación de Ridruejo era difícil dentro de España. Se habló, algunas veces, de que se habían hecho intentos para asesinarlo. Por ejemplo, le retiraron el pasaporte. No le permitían escribir en los periódicos. Ni dar conferencias.

—Lo único que puedo hacer libremente es hablar con las gentes...

Hoy, al cabo de muchos años, yo recuerdo aquellas conversaciones con Dionisio Ridruejo con

una cierta admiración. El hombre vivía modestamente. Era evidente que sus recursos económicos eran muy limitados. Tenía, al parecer, una gran ascendencia sobre los grupos juveniles.

—¿Cree usted que si publicamos una entrevista en *Bobemia*, en Cuba, eso le pondría en peligro?

—Eso no le gustaría a Franco. No siente mucha simpatía por esa revista. Pero, en realidad, a mí no me preocupan ya las consecuencias que puedan tener mis actos...

Yo admiro el caso de Dionisio Ridruejo, en medio de una situación política muy peligrosa, enfrentando a un régimen como el de Franco, y sin amparo de ninguna clase. En España, en aquellos momentos, no era posible ir a la Embajada americana a pedir auxilio económico, como hacen los llamados disidentes cubanos hoy en Cuba. En la sociedad española de aquellos tiempos estaba difundido un silencioso terror. El peligro era real, y Ridruejo, después de haber sufrido persecución y confinamiento, se había convertido en un personaje siempre vigilado.

Pero, además, Ridruejo tenía una tesis política bien elaborada frente al régimen de Franco. A diferencia de los disidentes cubanos de estos días, entre los cuales no hay nadie, al menos que yo conozca, que tenga una contextura intelectual que lo capacite para el liderazgo. Ridruejo me hablaba con ecuanimidad, sin odio, sin revanchismos. El régimen de Franco, en 1957, era durísimo. Atrás habían quedado más de un millón de muertos. Ridruejo era, obviamente, un hombre que había estado con el régimen durante la guerra, pero no le oí una sola palabra que me indicara que tenía una lista de los enemigos que pensaba fusilar si lograba llegar al gobierno. Entre aquel Ridruejo que se estaba jugando la vida, él solo, sin apoyo económico, dentro de España, sin ni siquiera tener la posibilidad de agarrar un bote para huir y estos energúmenos de Miami que todos los días lanzan llamaradas de odio a través de los micrófonos y anuncian tres días de matanza libre en Cuba algún día, mientras manejan miles y millones de dólares y andan envueltos en todos los fraudes de la zona más corrupta de los Estados Unidos, entre aquel hombrechico inteligente, con una dicción perfecta y una inteligencia superior y estos compatriotas míos de Miami había, hay, un abismo. Es la diferencia entre la civilización y la barbarie. No todo el mundo quería hablar en Madrid en aquellos tiempos.

Pude hablar privadamente con algunos, pero todos preferían mantener un silencio discreto. El único que se enfrentó fue Dionisio Ridruejo. A los pocos días de publicar la entrevista en *Bobemia* Dionisio Ridruejo cayó en prisión y fue otra vez confinado a Ronda. Casi todos sus amigos de entonces fueron detenidos. A mí no me encontraron porque yo, previamente, había anunciado que me iba de Madrid y busqué refugio discreto en Barcelona. El Marqués de Vellisca, desde La Habana, daba gritos insistiendo en que me agarraran. Por lo pronto, el embajador me puso una denuncia tremenda en el Tribunal de Urgencia.

La entrevista con Ridruejo, publicada en *Bobemia*, se tradujo al ruso, al inglés, al francés y al alemán. Salvador de Madariaga, que vivía y enseñaba en Oxford, me mandó un recado con Julián Gorkin para que fuera a verlo. Un grupo de exiliados españoles en París me pidió una reunión para que les contara como estaba la situación en España. Yo había hecho en Madrid, en mi casa, una especie de asamblea de encapuchados, casi todos estudiantes de la universidad, y dedicamos una tarde a discutir el caso de España. Aquella reunión también se publicó en *Bobemia*. Meses más tarde me reuní en París con Luis Araquistáin que estaba encantado con la conducta de Dionisio Ridruejo. Estas cosas ocurrían en el año 1957. De cierto modo, la situación española evolucionó con los años hasta llegar al momento actual, en el 2001, y no hay dudas de que la conducta de hombres inteligentes como Ridruejo y otros contribuyó mucho a que predominaran los mecanismos civilizados.

**E**n 1970 publiqué en un diario de Nueva York un artículo señalando la tragedia del éxodo de los cubanos y la ruptura que ya se empezaba a producir entre los padres y los hijos educados en el mundo americano, en otra lengua, en un clima moral distinto, y para mi sorpresa el periódico *Gramma* de Cuba se apresuró a reproducir el artículo con una breve introducción despectiva para mí. La reacción en Miami, entre los exiliados, fue de indignación. La radio y los periodiquitos de aquella época me cayeron arriba para acusarme de comunista. Hubo amenazas. En aquel tiempo se estaba desarrollando en Miami una especie de mafia vinculada con el tráfico de drogas y el anticastrismo se manifestaba, en algunos casos, en forma violenta. Voy a reproducir aquel artículo íntegramente:

“Fidel Castro me confiscó mis propiedades y me dejó sin patria pero Estados Unidos me ha confiscado a mis hijos”, me decía, hace pocos días, unos de esos infelices desterrados que hace diez años huyó de Cuba buscando garantías y agregaba: “Me he pasado diez años hablándoles de Céspedes, Agramonte, Maceo, Martí, y otros patriotas; pero no hay modo. No están interesados en nada de eso. Ayer les llevé un álbum con fotografías de la Isla para ver si se emocionaban, y los tres muchachos, unánimemente, opinaron que Cuba es una porquería y que ellos no tienen el menor interés en volver allá. Me desprecian porque mi inglés es bastante malo y sienten vergüenza de que sus amigos americanos me vean (...)”.

En estas pocas palabras está concentrada toda una tragedia a la cual no son ajenos, en mayor o menor grado, la mayoría de los desterrados cubanos.

Al principio todos tuvieron la impresión de que el destierro era cosa de traslado físico. Vivir allá o vivir acá. Trabajar allá o trabajar aquí. Frío o calor, clima, idioma, etcetera. Pero ahora, mientras corre el año doce del castrismo, la tragedia —la honda, la real, la íntima, la irrevocable— ha madurado, ha crecido, ha echado barbas y pelos y anda por ahí fumando marihuana. Los que sacaron a sus hijos de Cuba huyéndole al famoso decreto de la “Patria potestad” se ven ahora sin, patria y sin potestad. Los que le temían al Servicio Militar Obligatorio de Castro ven ahora marchar a sus hijos hacia Viet Nam, tratados como bestias por sargentos americanos que los miran como seres humanos de quinta categoría. Los que temían que sus hijos se les corrompieran en la Cuba de Castro los ven ahora perdidos por las calles de Nueva York, o Miami, o Chicago, incorporados a un proceso de descomposición social al cual son radicalmente ajenos. El medio los devora.

Aquellos pequeños seres que llegaron a este país de tres, cinco o diez años, tienen ahora quince, diecisiete o veinte años. No son cubanos. No operan espiritualmente dentro de la tradición de la Isla. Son ajenos a la empresa nacional cubana. Moralmente, espiritualmente, económicamente, lingüísticamente, culturalmente, han roto todos los amarres con sus padres. Tampoco son americanos. Se han criado en escuelas donde los otros muchachos nativos les arrojaban al rostro el insultante *Dirty Cuban* y donde los propios maestros les miraban con desdén. Hablan inglés correctamente. Pero llevan un apellido que es una calimba. Se llaman González, o Pérez, o Martínez. Eso es un delito en Estados Unidos, país lleno de repugnantes tensiones raciales. A la hora del *draft* se llevan primero un González que a un Smith.

Son seres sin raíces, sin tradición a la que aferrarse, sin padres que puedan servir de modelo para nada, porque el padre emigrante es un pobre ser desplazado económica y culturalmente. Los que se refugian en el ghetto se quedan con alma de ghetto y subsisten en una especie de submundo. Viven por debajo de la ciudad. Los que se aventuran al exterior, los que tratan de incorporarse al conflictivo mundo americano, arrastran el apellido hispánico como una cruz. Es la tragedia de todos los hijos de emigrantes. Ni están allá ni llegan jamás a estar aquí. Intellectualmente son deficientes, porque la inteligencia necesita siempre raíces en la tierra para poder absorber los jugos. Norteamérica es un país triste. Habitado por gentes tristes. Las tensiones desgarran al país y ahora que vivimos tiempos de crisis, las tensiones son aun más desgarradoras. El desterrado cubano al llegar al año doce de su ausencia, se ve sin patria y sin hijos. Todo ha sido en vano. Los ve luchando penosamente por incorporarse a una sociedad hostil, difícil, compleja. La cosa no era tan fácil. No se trataba sólo de un traslado de domicilio sino de un tremendo proceso de aclimatación espiritual.

Vinieron a Estados Unidos buscando garantías. Y en 1970, Estados Unidos es el único país del mundo donde no hay garantías. El ochenta por ciento de los jóvenes americanos ha perdido la fe

en los destinos del país. La corrupción se desarrolla en todos los niveles. Las drogas son una fuga, una manera de protestar contra un régimen social en crisis.

Yo los he oído murmurar a los cubanos, en las covachas miserables del ghetto, temerosos de ser oídos por los profesionales del anticastrismo, aquellos que administran el patriotismo y viven de él. “Creo que si me hubiera quedado allá todo habría salido mejor (...). Los muchachos no se me habrían echado a perder, no me odiarían. Por lo menos sabría que están cortando caña”.

Terrible confesión de esterilidad. Y totalmente inútil. Lo trágico del desterrado, en su año doce, es que no tiene donde volver los ojos. No tiene donde ponerse. No hay marcha atrás. Es un proceso irreversible. Está entre lo malo y lo peor. El destierro —ahora lo descubren— es algo más que un simple traslado. Es una derrota. Es un quedarse en el aire en cueros. La patria es algo más que un lugar donde se comen potajes. Es el hueco donde habita el espíritu y cuando el espíritu se queda sin hueco que habitar, entra en un proceso de lenta consunción. Es lo fatal.

Mientras el hijo, o hijos, estaban creciendo, comiendo bien, aprendiendo inglés, con muchas vitaminas, bien vestidos, bien abrigados, todo parecía que iba a salir bien. “Este es el país de la libertad, este es el país de las oportunidades (...)”. No es verdad. No lo será tampoco en la década de los años 70. El niño, al crecer, se da monstruoso. Grande, pero vacío. Recio, pero estúpido. No hay espíritu. En su alma se han enredado una cantidad abrumadora de ingredientes contradictorios. Ha crecido mal.

El hogar no empata con la escuela. No hay continuidad en su desarrollo. El odio empieza a comérselo aún sin darse cuenta él mismo. Se está incorporando —emigrante en un vasto país de emigrantes sin cohesión— al substrato de odio que es el común denominador en una tierra que no acaba de cuajar en nación.

Queda, tan sólo, la idea del regreso. ¿Regreso? No, de ninguna manera. Es otra fuga más. Es el anhelo de huir de aquí, de este vasto depósito de odios, para regresar al paraíso perdido, a la patria abandonada. Es una nueva ilusión más. Por esta brecha se introduce la legión de bandoleros y recaudadores que administran la esperanza del desterrado.

El problema no tiene solución. En realidad, los problemas nunca se resuelven sino que se sustituyen. Si mañana mismo se abrieran las puertas de Cuba para los padres que han visto crecer a sus hijos en Estados Unidos, aquellos se enfrentarían a un nuevo conflicto. Los hijos, en su mayor parte, no van a regresar. Son seres híbridos, espiritualmente deformes. Simplemente, se han americanizado, que es, en rigor, una forma de corrupción porque supone una falsificación. El regreso, por lo tanto, trae consigo nuevos problemas.

Queda una salida. La única. Dése por perdido lo ya perdido. Y sírvase a la pequeña nacionalidad cubana cortando de raíz la fuga de la Isla. No más desterrados. Que no se saquen más parientes. Que no se escriban más cartas mentirosas pintando como un paraíso lo que es en rigor, un infierno. Dígase la verdad sobre el destierro. Una nación no se salva con la fuga de todos sus hijos sino con la adhesión de éstos a la tierra. El régimen político, sea el que sea, no justifica la dispersión. Ha sido criminal fomentar el éxodo, y ahora se palpan las consecuencias del éxodo. No más éxodo. Que no se embarque a nadie más en la aventura estúpida de venir a buscar la libertad a otro lugar que no sea la propia patria. El éxodo cubano —impulsado por las autoridades americanas y por una legión de cubanos idiotas— ha revelado nuestra dolorosa inmadurez nacional. Dígase a todos, sinceramente, cuáles han sido las consecuencias del éxodo y pídase a todos que permanezcan allá. Un televisor en colores no compensa al que se queda sin patria y sin hijos.

Si se examina bien el tono y el contenido del artículo se podrá ver que estaba señalando el camino que seguirían los exiliados cubanos en los próximos treinta años. Ya se veía venir el Cuban-American, que es un animal muy peculiar, que ni es cubano ni americano sino que es una mezcla, en muchos casos, de lo peor de ambas nacionalidades. Es un híbrido. La característica del tipo es la falta absoluta de escrúpulos morales cuando se trata de hacer dinero. Los *Cuban-Americans* han entrado a saco en las administraciones públicas del sur de la Florida. Se han apoderado a las buenas, o con trampas de los cargos electivos. En aquel tiempo, por ejemplo, los observadores del fenómeno de Miami que estaban en Cuba no podían ni imaginar cómo aquellos bichos cubanos, con una audacia increíble, se iban a convertir en una fuerza política y económica en el sur de la Florida, apelando a todos los medios para salir ade-

lante. Hoy, en el año 2001 hay, según propia confesión de los miembros de la comunidad, más de mil millonarios cubanos en Miami. Y de éstos, hay unos 50 que han formado fortunas de más de 50 millones de dólares. Los procedimientos utilizados para desarrollar esas fortunas no siempre han sido muy legítimos, aunque no es posible señalar concretamente de que manera se han enriquecido en estos treinta años. El resultado de la acción de estas gentes ha sido que Miami y las ciudades colindantes, es decir, casi todo el sur de la Florida, se ha convertido en un foco de corrupción, manejado especialmente por los cubanos, que tal vez no tiene antecedentes en el país. Han logrado el poder político y con éste ha venido, aparejada, la impunidad. Han logrado destruir o controlar los medios de comunicación que en otras épocas eran poderosos centinelas de la moral pública en la región. Ya no hay tales centinelas en Miami. El sur de la Florida es el terreno apropiado para que los candidatos americanos hagan sus giras de recaudación de fondos. Lo mismo demócratas que republicanos sacan millones de dólares en contribuciones en Miami, especialmente de los cubanos ricos. El hecho de que el sur de la Florida se haya convertido en una de las zonas más caóticas, sucias, corruptas, con cuerpos de policía ineficientes y funcionarios públicos propicios al soborno no les preocupa a los cubanos que forman parte de lo que algunos llaman una mafia. Los republicanos, en las últimas elecciones, lograron imponer a su candidato, George W. Bush, en la presidencia gracias a una especie de **golpe de estado** legal que dieron 5 magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Pero es obvio que el bochínche que armaron los cubanos en los condados del sur de la Florida, donde hubo toda clase de fraudes y amenazas, fue un factor importante en el triunfo ilegítimo del candidato republicano. La corrupción en la zona se ha extendido a todas las actividades públicas, desde el aeropuerto, que es el peor de los Estados Unidos y donde se invierten miles y miles de millones de dólares, en obras interminables, hasta el sistema escolar, donde se hacen toda clase de negocios, sobre todo en la compra de terrenos para fabricar escuelas y en los suministros para las mismas.

El *Cuban-American* que yo empezaba a señalar como un animal peligroso en 1970 ha llegado a dominar todas las actividades del área y se envanece constantemente de sus triunfos. En cierto modo, tienen razón. Han triunfado. Pero los cubanos, por su insolencia, son hoy tan impopulares en el sur de la Florida que en algún momento, en el futuro, deberá producirse una reacción muy áspera contra ellos.

El desarrollo de este cáncer social ha tenido una importancia enorme en la intensificación de las agresiones de los Estados Unidos contra la Cuba revolucionaria. No ha sido, propiamente, un núcleo de **exiliados políticos** actuando contra un centro de poder que los desplazó, y al que se oponen por razones políticas. Lo que se ha creado es un aparato mafioso en el sur de la Florida, dedicado fundamentalmente al control de todos los negocios, lícitos e ilícitos, al soborno de los funcionarios americanos, a todos los niveles, a la recaudación de fondos en la comunidad cubana, sometida al chantaje de que si no alimentan a la mafia recibirán un severo castigo y, lo que es más importante, a destruir los medios de comunicación independientes americanos que se han sentido siempre presionados por los grupos cubanos. La comunidad cubana del sur de la Florida no tiene nada que ver con el destino de Cuba ni es capaz ya de sacrificar nada, mucho menos las vidas, para sacar adelante sus propósitos. Cuba es un pretexto para hacer grandes fortunas. Lo curioso de este proceso es que los que están en el tope de este fraude político, en gran parte, no son cubanos nacidos en la isla. Son descendientes de cubanos. Son los *Cuba-Americans*.

Hace pocos días yo estaba viendo un programa de la PBS sobre el episodio de Bahía de Cochinos (1961) y lo que más me llamó la atención fue la cantidad de ancianos, septuagenarios y octogenarios que aparecieron en la pantalla hablando de lo ocurrido en aquellos tiempos ya tan remotos. Teniendo en cuenta que el referido programa fue hecho, al parecer, hace cuatro o cinco años, me imagino que en estos momentos (2000) la cosa debe ser todavía peor. Porque cada día nos ponemos más viejos.

Muchos de los que, de algún modo, participaron en aquellos sucesos ya han muerto. Lo mismo cubanos que americanos. Otros están en asilos o ya han perdido hasta el habla. La generación que se enfrentó a la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba está en proceso de desaparición. Quedan pocos. Por la Casa Blanca han pasado diez presidentes.

Miami, hoy, en el año 2001, es un vasto cementerio. Los fundadores del anticastrismo han muerto casi todos. Han entrado en el olvido. Ya nadie se acuerda de ellos. Es como si nunca hubieran existido. Los que gritan hoy y se exhiben como dirigentes autodesignados son casi todos desertores de la misma revolución que dicen combatir. Y todos, o casi todos, son también viejos. Los principales locutores son septuagenarios y octogenarios. Los jóvenes que practican hoy el deporte del anti-castrismo (porque de algo se ha de vivir) no tienen la menor idea de lo que están haciendo y probablemente ni conocen la isla. Algunos han nacido en los Estados Unidos, de padres cubanos.

En realidad, quedan ya muy pocos exiliados políticos cubanos. Los que abundan son los emigrantes que han salido de la isla por razones económicas. En otras épocas era posible encontrar cubanos dispuestos a ir a Cuba a sacrificarse por la patria (como se suele decir), pero eso es cosa del pasado. Ahora hay que enviar salvadoreños. El último que enviaron a volar sobre La Habana fue un pobre vietnamita. Los Hermanos al Rescate ya no rescatan nada. Los de la Flotilla se acercan tímidamente a las aguas jurisdiccionales y tiran globitos y flores. Todo eso contrasta con el derroche de heroísmo que se hizo en los primeros años.

Hace pocos días vi en el *Herald*, que es el periódico que hace estas cosas, las fotografías de varios cubanos que contaban como ellos habían salido de Cuba mediante el programa de *Peter Pan* y decían lo contentos que estaban por los triunfos que habían tenido en los Estados Unidos. Es decir, se proclaman **exiliados**, pero están diciendo que están muy contentos con su situación actual y con sus triunfos. Lo cual revela que no son, realmente, exiliados. Son gentes que salieron de su país, por algunas razones más o menos válidas, y que no piensan, ni remotamente, regresar. Esto nos indica que hay una farsa. Un exiliado es un ser mutilado espiritualmente que vaga por el mundo, desesperado, soñando con retornar a su patria. Estos cubanos no sueñan con nada. Están muy contentos.

Por ejemplo, en el programa a que he hecho referencia sobre la expedición de Bahía de Cochinos los viejitos que recuerdan lo ocurrido dicen cosas muy interesantes. Los americanos hablan de aquel episodio sin disimular que se están refiriendo a una colonia que se les había sublevado y que tenían que rescatar. Y los pobres cubanos que están hablando de aquello lo hacen del mismo modo. Es decir, conscientes de que están involucrados en una expedición americana, bajo dirección de los americanos, y profundamente disgustados porque los americanos no desembarcaron para darles una mano. Dicen que fueron traicionados porque los marinos americanos no quisieron entrar en la pelea para matar a los cubanos castristas.

Es decir, todo esto es muy grave. No hay nada heroico ni decente en el hecho de que casi dos millones de cubanos se hayan marchado de la isla para instalarse en el norte, en los Estados Unidos, y hayan aceptado, sin disimulos, la idea de que Cuba es una colonia americana de la cual han tenido que huir porque unos hombres malos se han apoderado de la isla y están desafiando a la metrópoli a la cual pertenecen. Cuando uno oye a los cubanos, sobre todo a los viejos locutores, lanzando maldiciones “porque los americanos no se ponen los pantalones y desembarcan en la isla para castigar a los malos” uno se siente perplejo. La incipiente nacionalidad cubana, que fue siempre incipiente (inconclusa) atraviesa una grave crisis. El hecho de que dos millones se larguen para el extranjero, la mayoría desertores de la misma revolución que se suponía iba a reforzar el sentido nacional, es alarmante. Y peor aún, la sospecha de que quedan otros varios millones ansiosos de marcharse nos llena de inquietud. La pregunta que se impone es ésta: ¿frente a la miseria de Cuba, causada por el bloqueo de 42 años, cuántos son los cubanos dispuestos a morir al pie del cañón desafiando la guerra que se le hace a la isla desde el norte?

La escena de desarrolla en el estudio de una emisora de radio de Miami. Vemos una mesa que tiene cuatro metros de largo por dos de ancho. Sobre la mesa se encuentran varias latas de cerveza, medio galón de leche, una botella de vodka, y tres paraguas. Sentados a la mesa aparecen cuatro caballeros cubanos. Uno es el locutor, que tiene 76 años y se tiñe el pelo. Probablemente tiene en el bolsillo unas pastillas de Viagra. El locutor tiene un estilo muy peculiar. Suele pronunciar casi siempre dos palabras al mismo tiempo. Son palabras superpuestas, atropelladas. Los otros tres hombres son abogados. Es decir, doctores cubanos, llenos de sabiduría. El mayor tiene 92 años y está a punto de tocar los 93. Es un prócer. El que le sigue tiene 83 y es famoso en los medios de Miami porque escribió una excelente biografía del prócer. El último doctor tiene 79 y usa un bastón para caminar, lo cual le otorga cierta respetabilidad. Entre los cuatro suman 330 años. Representan el nivel más alto de la inteligencia cubana de Miami. Son el baluarte de la lucha contra la tiranía cubana. Se han reunido en el estudio para discutir el futuro de Cuba y analizar los medios que se van a utilizar para construir la patria, devastada por las hordas castristas.

—Doctor, permítame una aclaración... —dice el más viejo, tratando de que su voz sobresalga sobre la de los otros tres.

—¡No señor, no señor! —grita el de los 79 años— Yo le aseguro a usted que Menocal era un caballero muy distinguido.

—Sin embargo, en el año 17 metió la brava y se mantuvo en la presidencia aún a riesgo de ensangrentar el país, —explica el de los 83 años.

Entonces el caballero de los 92 años interviene con voz pausada e invita a sus interlocutores a razonar fríamente.

—No se olviden ustedes que en las elecciones de 1921 Menocal le dio el triunfo a Zayas, y eso fue un acto de caballerosidad— dice el pausado.

—¡Pero eso fue porque los americanos lo obligaron! —exclama el de 83 años.

—¿Y qué me dice usted del americano Crowder que fue el que realmente ejerció el poder durante gran parte del gobierno de Zayas? —pregunta el locutor, montando las palabras unas sobre otras.

—¡Pero Zayas fue el presidente más corrupto que tuvo Cuba y se llevó hasta los clavos! —acusa el de 83 años.

A pesar de que los cuatro cubanos se han reunido para transmitir un programa hablando del futuro de Cuba y de la lucha que sostienen para liberar a la isla de la infame tiranía de Castro, lo cierto es que sienten un extraño placer en hablar de cosas que ocurrieron hace 70 años o más. Los micrófonos están recogiendo sus sabias palabras y más allá de los micrófonos, en los asilos y en las humildes salas de los viejos exiliados, las palabras de los cuatro patriotas resuenan como un eco gratísimo.

—Y, además, doctor, tenga usted en cuenta que Zayas traicionó a Menocal. Recordará usted que en 1925 le entregó la presidencia a Machado a pesar de que existía un pacto para que se la devolviera a su protector de 1921. Fue algo miserable lo que hizo el Chino... —cuenta el de 92 años.

—Pero, bueno, doctor, hablemos de cosas más recientes. Usted se acuerda, seguramente, de la canallada que le hicieron a Carlos Manuel de Céspedes en el año 1933, cuando lo despojaron de la presidencia para instalar la Pentarquía... dice el locutor de 76 años.

—¡Seguro que me acuerdo! El hijo del Padre de la Patria era un hombre decentísimo. Lo que le hicieron el 4 de septiembre no tiene nombre... —asiente el de 92 años.

El programa ya lleva una hora en el aire. Y todavía están hablando de cosas que ocurrieron hace 65 años.

El hombre que está en los controles, está medio dormido. Los cuatro patriotas no parecen darse

cuenta. De pronto hay una señal y es preciso suspender la transmisión para pasar unos comerciales. Los doctores entonces se apresuran a tomar leche, mientras el locutor se dispara el vodka.

—¡Para matar cucarachas no hay nada como Matalón! ¡Matalón ahora, Matalón luego y Matalón siempre! —dice la voz del que lee los comerciales.

Quince minutos después terminan los comerciales. El doctor de 92 años empieza a cabecear. El locutor lo toca con el codo.

—¡Arriba, doctor, no se me raje!

—No, nunca, eso nunca...

Y siguen hablando, con entusiasmo. Hablan de Batista, de Mendieta, de Sumner Welles, de Caffery, de Cosme de la Torriente, otra vez de Menocal, de Grau San Martín, de Guiteras, de Mr. Braden. Llevan dos horas en el aire. Cuando apenas faltan veinte minutos para que se les acabe el tiempo el doctor de 79 años, que parece el más lúcido, sugiere:

—Bueno, debemos hablar del futuro de Cuba, de cómo vamos a tumbar al miserable que se ha apoderado de los destinos de la patria...

Y todos asienten. “Hablemos del futuro”, dicen a coro. Pero no hay modo. Para estos caballeros el futuro consiste en su propio pasado. No logran encajar una sola idea. Y, de pronto, después de otro anuncio de Matalón, que acaba con las cucarachas, se abren los micrófonos para que opinen los otros viejos que están oyendo el programa. Todos están emocionados. Revivir el pasado, o refugiarse en él, es el mejor tónico para la vejez sin esperanzas. De este modo, el pasado se convierte en un presente inmutable. Y el futuro no es otra cosa que el retorno al pasado. Oír a los cubanos de Miami se ha convertido en una experiencia funambulesca. Se **vive** la muerte personal, intrasferible, pero también, además, la caída de una nacionalidad.

**D**urante el gobierno de Ramón Grau San Martín, de 1944 a 1948, el hombre que hizo más esfuerzos por obtener la candidatura presidencial y el apoyo de Grau fue Carlos Prío Socarrás. Prío, sin embargo, no se ocultaba nunca para hablar horrores de Grau y de Paulina Alsina. Por alguna razón, Prío era hostil a Grau. Lo cual no era raro entre los hombres del partido. Grau tenía un sentido del humor corrosivo y solía burlarse de los dirigentes auténticos. En los primeros tiempos del gobierno, a Paulina le llevaron el chisme de las cosas que decía Prío contra ella, y la que ejercía como Primera Dama se puso furiosa. El propio Grau la respaldó. Y ambos tomaron la decisión de botar a Prío del palacio presidencial. Prío se espantó cuando recibió el recado. En aquel entonces creo que era Primer Ministro o Ministro del Trabajo, no lo recuerdo bien. El recado de Grau fue terminante: “si no renuncia en las próximas 24 horas será cesanteado públicamente”.

Prío estaba aterrado. Paco, su hermano, trató de hablar con Doña Paulina, pero ésta le tiró el teléfono. Lo único que se le ocurrió a Carlos Prío fue llamar a Mario Salabarría, que ocupaba el cargo de jefe de un departamento policiaco y suplicarle que fuera a verlo urgentemente.

Cuando llegó Salabarría a casa de Prío se lo encontró derrumbado sobre un sofá.

—Mario, es que ha ocurrido algo terrible... —gimió, Prío.

Y le relató lo que había ocurrido.

—Pero es muy cierto que tú hablas muy mal de Grau... —fue la respuesta de Salabarría.

—Es que yo hablo mucha mierda...

Lo que quería Prío era que Mario hablara con José Manuel Alemán para que éste intercediera con

Grau y Dona Paulina a fin de lograr el perdón. No era empresa fácil porque Alemán sentía un profundo desprecio por Prío. Mario lo sabía. A muchos ruegos de Prío se decidió a hacer la gestión.

—Pero mira, Carlos, yo hago esta gestión por el bien del partido y para evitar el escándalo de que te boten del puesto...

A Prío no le gustó la aclaración de Salabarría. Años después tomaría venganza contra él. Lo mantendría todo el tiempo en la cárcel.

Lo cierto es que Salabarría habló con Alemán. Este, al principio, se negó y lanzó maldiciones contra Prío. "¡Es un imbécil!" Pero después de muchas consideraciones y apelando a la necesidad de evitar el escándalo, Mario logró convencer a Alemán.

—Bueno, hablaré con Grau, ven a verme mañana por la mañana...

—Al día siguiente, Alemán tenía la respuesta.

—Dile a Prío que vaya a hablar con Dona Paulina...

Y, en efecto, Carlos Prío, con su mejor cara de idiota, se presentó ante la doña y le pidió perdón.

—Ahora te vas a ver a Ramón... —dijo ella despidiéndolo.

Grau lo recibió y no dijo una palabra. Prío casi que se arrastraba por el suelo. Había sido perdonado.

Yo tuve, en aquellos días toda la información del incidente, pero no la publiqué porque no pude confirmarla plenamente.

Eso es lo interesante de la personalidad de Prío. Exteriormente parecía un hombre muy cordial y simpático. Inclusive le llamaban el Presidente Cordial. Sin embargo, estaba lleno de resentimientos. Al poco tiempo de llegar a la presidencia, gracias a Grau y Alemán, Prío inició la persecución de ambos. Grau fue procesado por un supuesto desfalco. Y lo mismo ocurrió con Alemán.

El gobierno de Prío fue uno de los más desastrosos que tuvo la infeliz república. La corrupción llegó a niveles asombrosos. En el palacio se le daba albergue a los gangsters que eran perseguidos por la policía. Prío cometió uno de los fraudes más graves que se pueden cometer en un país. Un día, en cobinación con su hermano, que era Ministro de Hacienda, acordaron una nueva emisión de billetes. Se suponía que al poner en circulación los nuevos billetes los viejos serían incinerados. Se trataba de muchos millones. No se si veinte o treinta. El negocio consistió en lanzar a la circulación los nuevos billetes... y quedarse con los viejos. Fue un golpe muy duro al sistema monetario nacional. En tiempos de Batista el hermano de Prío, Antonio, fue procesado.

Cuando el entierro de Chibás, en agosto de 1951, Carlos Prío se enteró de que los ortodoxos estaban alimentando la idea de pasar el cadáver de Chibás frente al Palacio Presidencial. Creo que fue una proposición que hizo Fidel Castro... Prío se aterrorizó y preparó las maletas para huir de Palacio. A última hora, los dirigentes ortodoxos no se atrevieron a provocar el conflicto. Recuerdo que la misma noche del entierro de Chibás yo publiqué una nota en *Prensa Libre* señalando que si hubieran llevado el cadáver a Palacio se habría caído el gobierno.

Yo creo que las gentes de las nuevas generaciones no saben nada de estas cosas. Todavía algunos hablan del presidente demócrata que fue destituido por un golpe de estado de Batista. La cosa no es tan sencilla. El golpe fue malo, sin duda. Batista no tiene perdón. Pero Prío había puesto en crisis todas las instituciones del estado.

**H**ay muertes que nos llenan de tristeza y que vienen a ser como un preludio de la propia. Me refiero a la desaparición de Gastón Baquero, convertido en cenizas. Cuando se llega a cierta altura de la vida son tantas las cruces que van quedando en el camino que uno se va familiarizando con la idea del último viaje y se le va perdiendo el miedo.

La última vez que vi a Baquero fue en Madrid, el verano de 1995, cuando apenas acababa de entrar en el asilo de la **tercera edad**. Estaba muy deprimido y, sin embargo, ya se había creado en torno a su persona una atmósfera de amor y simpatía. Las enfermeras venían y lo besaban. Una médico, muy joven, se pasaba horas conversando con él y tratando de alegrarle la vida. Esta era una condición del carácter de Gastón; las gentes se apresuraban a protegerlo, se disputaban el derecho a cuidarlo.

Siempre fue así y siempre me maravilló la suerte que tenía Gastón para despertar la admiración y el cariño de las gentes. Es posible que las gentes vean a los poetas como seres desamparados que necesitan ser mecidos en la cuna. La propia personalidad de Gastón, siempre abierto a la comunicación a todos los niveles, con toda clase de gentes, contribuyó mucho a su aureola.

Nunca entendí por qué Gastón decidió buscar refugio en España. “¿Por qué no vas a Estados Unidos?”, le pregunté en abril de 1959, en vísperas de su salida de Cuba a través de una embajada. Me hizo señas, aludiendo al color de la piel. “Allí nos discriminan”, me dijo. Tal vez exageraba un poco. Con el tiempo yo he descubierto que la discriminación no es solamente por el color.

Si algún día se tratara de escoger al cubano que puede simbolizar el destierro sería necesario acudir a Gastón Baquero. El destierro, para muchos, ha sido alegre y próspero. En Miami, por ejemplo, es difícil encontrar un cubano que no se sienta feliz de haber salido al destierro, a la “liberación”, a la prosperidad. Es cosa muy común tropezar con el cubano que alardea de haber “triunfado en el exilio”.

Lo de Gastón fue un fracaso desde el primer día que llegó a España. Vivió en Madrid, durante 38 años, hasta el día de su muerte, como sepultado. Hubo épocas en que no le abría la puerta a nadie.

En una carta a Justo Rodríguez Santos, recientemente publicada, le decía lo siguiente. “Estoy retirado, automarginado, voluntariamente alejado de todos. No voy a reuniones, conferencias, lecturas de poemas, etc., porque comprendo que en mi estado de ánimo, terriblemente pesimista y negativo, no se debe andar por la calle. He perdido por completo la fe en la comunicación...”.

Tengo mil anécdotas sobre Gastón Baquero que lo retratan como un cubano excepcional, muy aferrado a su tierra y a sus frutos. Para él, es obvio, el destierro fue un castigo brutal. España siempre ha sido un paraje inhóspito para los cubanos, a pesar de la comunidad de lengua, que es engañosa.

Baquero, en España, tanto en tiempos de Franco como en los posteriores, debió haber ocupado un lugar importante en la literatura y la poesía, y no fue así. No recuerdo quién fue el que dijo, a lo mejor el propio Baquero, que los españoles, a lo más que llegan es a “permitirnos contemplar su vivir”. Nada más. No se admiten más que observadores y admiradores.

Con el tiempo, cuando ya se acercaba la hora final, Baquero empezó a recibir algún reconocimiento. Algo así como una despedida. Un consuelo por haberse pasado tantos años viviendo al margen de la vida española y a veces hasta insultado en la prensa.

Lo curioso es que nunca se quejó ni dijo una sola palabra de protesta contra la roña de los españoles.

Fue Baquero el desterrado simbólico porque siempre, en todo momento, se sintió con las raíces al aire fuera de su tierra. Entre las muchas cosas que hay que censurarle a la revolución está la de haber forzado a hombres como Baquero a marcharse del país.

No fue el único caso, por supuesto. A lo largo de los años he visto a muchos cubanos, hombres y mujeres, que fueron prácticamente expulsados del país por las presiones del medio. No era necesario. Lo curioso es que los que practicaron el extremismo como fiscales de la revolución, en los primeros tiempos, fueron los que la traicionaron para convertirse otra vez en fiscales en el exilio.

**B**aquero, su vida de desterrado pobre y humilde, y su obra luminosa hecha en el desamparo, cobrarán nueva vida con el paso del tiempo. Fue un cubano excepcional. Sus opiniones políticas serán olvidadas, porque en realidad no tenían autenticidad. Brotaban de su tristeza profunda al tener que vivir fuera de Cuba. En él, como en nadie, esto se dio como castigo.

Hay una constante en la historia de Cuba que siempre se ha querido disimular. Los historiadores más serios (suponiendo que hayamos tenido historiadores serios alguna vez) nunca se han referido a esto. Esa constante se refiere a la convicción íntima que han tenido los cubanos, a través del tiempo, de que cuando las cosas se ponen mal siempre deben venir los americanos a resolver el problema. Cuando digo los cubanos me estoy refiriendo a un sector de la población. Durante todo el siglo XIX, sobre todo en la segunda mitad, siempre se estuvo debatiendo el tema de la llegada de los americanos. Inclusive, desde que yo soy niño, he estado oyendo en las calles, en las bodegas, en la escuela, en los periódicos, una expresión popular que revela la importancia que han tenido los americanos en nuestra historia y en nuestra mala fortuna. Esa expresión es la siguiente, siempre lanzada después de exponer una letanía de quejas: “Aquí tienen que venir los americanos!”

Por fin, llegaron los americanos en 1898. Y para usar una expresión gráfica, **allí fue donde se jodió Cuba**. Después de agacharnos mucho y acceder a todo, se fueron en el 1902. Pero cuando se armó la bronca en el 1906 los volvimos a llamar. Estrada Palma les exigió que volvieran. Fueron tan amables que se fueron en el 1909, creo. Luego, con José Miguel Gómez, Menocal y Zayas, todo el tiempo estuvimos gobernados por pícaros cubanos y americanos. Inclusive, uno llamado Crowder le ordenó a Zayas que se sentara en la antesala y el tomó las riendas del poder. Machado fue el lacayo perfecto. No fue necesario ponerle interventor. El era el interventor americano. Pero cuando se empezó a portar mal y se dedicó a matar gentes, fue necesario destituirlo. Y vino Sumner Welles y lo botó. Puso un títere chiquitico en el palacio presidencial, llamado Céspedes. Lo sacaron el 4 de septiembre y comenzó en Cuba un período de agitaciones. Parecía aquello una revolución. Hubo, por primera vez, un intento para no hacerle caso al embajador. Pero miles de cubanos corrían todos los días a la embajada americana a contar cuentos y a dar las quejas contra otros cubanos. Batista, más listo que los otros, ofreció más obediencia y los americanos lo instalaron en el poder absoluto. Allí estuvo el hombre, desde 1934 hasta 1944, mandando más que nadie y robando más y mejor que nadie.

Hubo un atisbo de independencia en 1944 cuando los cubanos eligieron a Grau San Martín como presidente. Pero que nadie se haga ilusiones. Detrás de la elección de Grau estuvo el embajador Spruille Braden y la nueva política de Roosevelt. En 1952, el presidente Truman acepta la idea de un golpe de Batista y se apresura a reconocerlo. Esto culmina con el alzamiento de Castro en la Sierra Maestra. Cuando los americanos ven que es inevitable la caída de Batista le dan la orden de que se vaya. Y Batista se va.

Aquí comienza, en realidad, la verdadera independencia de Cuba, nos guste o no. El vicepresidente Richard Nixon se entrevista con Castro en Washington en 1959 y le aconseja que trate de imitar a Muñoz Marín. “Pero, Mr. Nixon, Puerto Rico es una colonia...”, le responde Castro. De allí salió Castro decidido a expulsar a los americanos de Cuba. La primera señal la dio cuando hacía esperar al embajador americano, Phillip Bonsal, tres y cuatro horas en la antesala. “Nunca había ocurrido una cosa semejante en este país”, exclamaba Bonsal. Es verdad nunca había ocurrido. Un tiempo después. Mr. Bonsal escribió un ensayo con una predicción muy curiosa: la revolución cubana está condenada a desaparecer en poco tiempo. Pero han pasado 42 años. Se equivocó Mr. Bonsal. En este fenómeno histórico es que radica el despiste tremendo de los cubanos que se instalaron en Miami a partir de 1959. Operan mentalmente con la idea colonialista de que el caso de Cuba lo tienen que resolver los americanos. Y en 42 años no han podido hacer nada a pesar de los miles de millones que se han gastado. En Cuba se ha producido, a partir de 1959, un vuelco histórico. Los americanos

fueron expulsados, han perdido toda su influencia en Cuba, y aunque mantienen un par de millones de cubanos en su territorio que siguen esperando que los americanos les resuelvan el problema, hasta ahora no han logrado nada. Es una buena señal. Así como el pueblo cubano se acostumbró a la servidumbre, en los últimos años se ha acostumbrado a la soberanía.

Lo que define mejor que nada la naturaleza del período presidencial de Alfredo Zayas es la negociación que hizo con el General Machado para venderle la presidencia. Zayas había logrado llegar a la presidencia con la ayuda de Mario García Menocal, a quien sustituyó en 1921. Los americanos le habían exigido a Menocal que su sucesor **tenía que ser** un liberal y entonces escogió a Zayas. Pero no lo hizo gratuitamente. Le puso una condición. “Ahora yo te paso la presidencia y después, en 1925, tú me la pasas a mí”, había exigido Menocal. Pero Zayas no estaba dispuesto a cumplir la promesa que había hecho. Al aproximarse el final de su mandato le envió un mensaje a Machado, que ya era el candidato de los liberales, invitándolo a una reunión privada.

—Bueno, Gerardito, ¿qué esperanzas tienes de ganar las elecciones? —le preguntó Zayas a Machado.

—Muchas, yo creo que tenemos los votos...

—No te sientas tan seguro... —le dijo Zayas.

Machado sabía que existía un acuerdo entre Zayas y Menocal, que era el otro candidato conservador.

—¿Por qué me dices eso, Alfredo?

—Porque hay que ajustar algunas cosas... Yo estoy dispuesto a pasarte la presidencia con algunas condiciones.

Machado dio un brinco. Se le salía el gozo por los ojos. Zayas lo contemplaba con curiosidad para ver su reacción.

—¿Qué tenemos que hacer, Alfredo?

—Mira, Gerardito, es verdad que yo tengo un compromiso con Mario, pero no estoy dispuesto a cumplirlo.

—¿Qué te ha pasado con él?

—Menocal me ha hecho muchas agresiones innecesarias...

—Me imagino, tú sabes como es él...

—Entonces, Gerardito, yo te traspaso la presidencia si llegamos a un acuerdo económico. Porque tú debes saber que yo estoy muy mal de situación. Voy a salir de la presidencia casi sin un centavo...

—¿Cómo sería eso, Alfredo?

—Estamos hablando de cinco millones de pesos...

Machado dio un brinco.

—¡Alfredo, estás loco! ¿De dónde voy a sacar yo cinco millones?

Machado se puso nervioso. Insistió en que él no tenía ese dinero. Que nunca podría reunir esa cantidad.

—No llores miseria, Gerardito, que yo se todo lo que tienes en tu provincia...

—¡Deudas, Alfredo, deudas!

—No importa, mira, yo tengo un plan... Tú verás.

—¿Cómo?

—El gallego Laureano Falla Gutiérrez, que es amigo tuyo y mío, puede servirnos de fiador. Yo

confío en él, es hombre serio.

—Tú me sacas de la lotería, cada año, un millón doscientos cincuenta mil pesos... Laureano debe garantizarme esa cantidad y yo tengo fe en su palabra. En cuatro años, por adelantado, serían los cinco millones que yo necesito...

—Bueno tenemos que hablar con Laureano... —dijo Machado.

—Ocúpate tú de eso. Debes prometerle a Laureano que vas a nombrar, Secretario de la Presidencia a su yerno, Viriato Gutiérrez, podría ocuparse cada año de entregarme el dinero. Yo te prometo que si resolvemos eso vas a ganar las elecciones.

La lucha contra el gobierno de Machado, que se recrudeció a partir del año 30, produjo muchos mártires y héroes. Pero, al mismo tiempo, habilitó para las actividades políticas a una generación, la que llaman del 30, que no se caracterizaba por la inteligencia de sus miembros. La cosa se agravó cuando, al caer Machado, en 1933, se planteó la necesidad de dar títulos a universitarios a los estudiantes que no habían tenido la oportunidad de estudiar por el cierre de la universidad y otros centros de enseñanza. Se inventaron entonces los cursillos de dos o tres meses. De hecho, y con algunas excepciones, aquellos supuestos estudiantes se graduaron un poco a la brava. Es decir, puesto que habían perdido los años luchando por la libertad, y puesto que todos, más o menos, se sentían heroicos, fue necesario complacerlos entregándoles títulos de abogados, médicos, ingenieros, etc. Esto explica las enormes deficiencias de la llamada generación del 30 en lo que a nivel cultural se refiere. Hubo excepciones, por supuesto. No muchas. Es posible apreciar el trasfondo de aquellas gentes si se observa que uno de los más destacados, en cuanto a inteligencia, Juan Antonio Rubio Padilla, que en un momento de 1933 parecía ser el de mayor capacidad, sin embargo, años después, en 1961, a los pocos días del fracaso de la expedición de Bahía de Cochinos, se aparece con una página entera en el *Diario Las Américas*, de Miami, exigiéndole a los americanos que invadan la isla, para derribar al gobierno de la revolución. Una página, por supuesto, pagada como anuncio por intereses americanos. Esto es lamentable si se tiene en cuenta que Rubio Padilla había sido uno de los estudiantes del 33 que había ido a Montevideo a exigir que se echara abajo la Enmienda Platt.

La generación que emerge de la lucha contra Machado, salvo algunos casos aislados, era muy deficiente intelectualmente.

En el ámbito militar avanzó también un nuevo elemento que se convirtió en una pesada carga para el país. Las bandas de soldados y sargentos, que ascendieron después del 4 de Septiembre, en su mayor parte gentes de tatuajes, y casi analfabetos, se mantuvieron en los puestos de mando hasta muy avanzada la primera mitad del siglo. De modo que tanto en lo civil como en lo militar, el país descendió a niveles increíbles. La vida cubana se tornó difícil y brutal. Hubo un período de libertades públicas a partir del ascenso al poder de Grau San Martín, pero esto no fue acompañado por un ascenso de nivel cultural y moral. Entre 1933, cuando el país empieza a experimentar cambios sociales importantes, y 1959, cuando el viejo régimen hace crisis y se derrumba, la calidad de sus dirigentes civiles y militares toca fondo y se hace casi grotesca. Algunos, en el colmo de la ingenuidad, hablan de la revolución moral propugnada por Eduardo Renato Chibás. Pero olvidan que Chibás, fue en rigor, un miembro más de su generación, con una capacidad intelectual muy limitada. No era, precisamente, un apóstol. Chibás, sin un programa definido sin una ideología, no resiste un análisis severo. **El Partido del Pueblo Cubano** (Ortodoxo) iba camino de convertirse en el por-

taaviones de los elementos más dispares de la sociedad cubana.

Durante ese período, sobre todo a partir de 1936, cuando se produce el estallido de la guerra civil española, hubo en Cuba una oportunidad para iniciar un verdadero movimiento de renovación universitaria que habría tenido una profunda influencia en el desarrollo de la cultura cubana. Aquellas fuerzas oscuras, mediocres, que dominaban el mundo universitario, y que provenían, en muchos casos, de los movimientos **revolucionarios** que se habían desatado en Cuba a partir del año 30, se abroquelaron en sus puestos y le cerraron el paso a los intelectuales españoles que iban llegando a Cuba y que representaban una cultura muy superior. México y Argentina se beneficiaron mucho del aporte de los profesores y escritores españoles, pero Cuba se opuso resueltamente a darles cabidas a unos profesores que podrían haber contribuido a revitalizar el ambiente universitario cubano. La universidad de La Habana, entre los años 30 y hasta el 59, se fue convirtiendo, poco a poco, en un foco de gangsterismo y barbarie.

Ramón Menéndez Pidal, el gran maestro de la filología, lo que logró fue que le concedieran un cursillo brevísimo, mal pagado y al cual solamente asistieron siete alumnos. Ni siquiera el profesor encargado de esa cátedra en la universidad se dignó asistir al curso. A grandes profesores como María Zambrano, José Gaos, Joaquín Xirau, Sánchez Albornoz y otros se les contrató para dar conferencias. Yo asistí a un seminario de Xirau sobre Martín Heidegger. Apenas si se lograron reunir unos diez asistentes. Las conferencias que pronunció Don Fernando de los Ríos sí se llenaban de gentes en el Aula Magna de la universidad. Pero era porque Don Fernando era un orador muy dramático, casi un actor, y los cubanos hemos sido siempre muy aficionados a los alardes retóricos. Nunca olvidaré una conferencia de María Zambrano sobre San Agustín en la Academia de Ciencias. Era una mujer admirable. No le ofrecieron una posición permanente en la universidad por intrigas de los profesores cubanos, lo cual revela la mediocridad de éstos. Años más tarde, un amigo me invitó, en París, a una comida con María Zambrano y José Bergamín a la cual asistí en silencio, todo oídos.

La presencia de Juan Ramón Jiménez tuvo mucha importancia. Recuerdo la conferencia que dio en la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, en 1937, a la cual asistieron casi todos los que después se agruparían alrededor de Lezama Lima. Juan Ramón tuvo una influencia profunda en aquellas gentes. La poesía cubana hay que dividirla en dos etapas. Antes y después de Juan Ramón. Después llegaron Cernuda, Pedro Salinas, Altolaguirre, León Felipe. Ferrater Mora estuvo un tiempo en La Habana. En una ocasión se dijo que iría José Ortega y Gasset a Cuba, para quedarse un tiempo, y esto aterró al bonche de profesores que manejaban la Universidad de La Habana como si fuera un pesebre burocrático. Parece que Ortega renunció al viaje.

En definitiva, por la mediocridad de algunos cubanos, el país perdió la oportunidad de elevar la Universidad de La Habana a lo que debió ser, esto es, un centro de alta cultura. Aquellos españoles aventados por la guerra civil pasaron mucha miseria en Cuba y fueron realmente humillados. Representaban lo mejor de España en la diáspora.

**H**oy, en el año 2001, con la experiencia que tenemos de 42 años, es posible apreciar que el núcleo cubano anticastrista que se formó artificialmente en Miami y otras ciudades de los Estados Unidos, financiando por las distintas administraciones americanas (ya son diez) estaba condenado de antemano al fracaso. La razón es obvia: desde los primeros tiempos, tanto como 1959, a los grupos que fueron atraídos a la colaboración con los americanos les faltó la mínima

legitimidad que debe tener todo movimiento político. Lo que en un principio se quiso pasar por **colaboración** se convirtió enseguida en dependencia y servilismo de los cubanos. Todos los documentos que han salido a la luz después de muchos años revelan el profundo desprecio que sentían aquellos entrenadores americanos por los cubanos. Los únicos aciertos que han tenido los cubanos, desde 1959, y eso hasta merece algunos elogios, han sido de carácter económico. A partir de cierto momento, y con una audacia poco común, se lanzaron a los negocios, a las especulaciones, a los fraudes, y lograron amasar fortunas en algunos casos enormes, en complicidad con elementos americanos poco recomendables. Eso es lo que llaman, pomposamente, el **éxito** del exilio cubano. La impunidad que obtuvieron, gracias a la cubierta honorable de **combatientes por la libertad**, fue, sin duda, un factor que les permitió operar con una cierta soltura en los negocios.

Si se echa una mirada al pasado y se revisan las actividades de cubanos y americanos en el caso de Cuba, se puede advertir el carácter fraudulento y hasta casi delirante, de la conducta de los cubanos. Por ejemplo, si se le echa una vista a la edición del 17 de mayo de 1991 del *Miami Herald*, que ha sido el cómplice, consciente o inconscientemente, de los cubanos, podríamos ver en la sección B una información muy curiosa. Vemos las fotos de Reagan, la Kirkpatrick, Graham y Malcolm Forbes Jr. ¿Y qué es lo que dice la información? Que un grupo prominente de empresarios y líderes norteamericanos formarán parte de una Comisión de la Fundación Nacional Cubano Americana para elaborar un plan de reconstrucción de Cuba después de la caída de Fidel Castro. Van a establecer una economía de mercado en la isla. El presidente de la Comisión, dicen, será Jorge Más Canosa. Entre los integrantes de la Comisión se encuentran, la Kirkpatrick, nada menos que Armando Valladares y José Manuel Casanova. Los senadores Graham y Connie Mack, serán asesores. En la información se dice que Mas Canosa ha hecho declaraciones en el sentido de que la Fundación se está “moviendo vigorosamente para implantar un amplio y ambicioso proyecto en Cuba”.

Al día siguiente, el día 18 de mayo, el *Herald* ofrece nuevos datos. Y son muy interesantes. El Sr. Mas Canosa informa que él ha establecido contactos secretos con altos funcionarios cubanos, dentro de la isla. Todas las señales inducen a pensar que Castro caerá muy en breve. “El fin se acerca”, declaró el miembro de la Fundación llamado Pepe Hernández. Hasta el ex-presidente Reagan, se apresuró a hacer una declaración señalando que el triunfo estaba cerca. Mas Canosa insistió más tarde en que sus contactos secretos con influyentes cubanos del gobierno de Castro se habían realizado desde mucho antes. Y que sus contactos estaban convencidos de que Castro tenía que desaparecer. Los hechos revelan que se trataba de fantasías.

Diez años después, la Fundación está en desbandada y más o menos dividida. No han logrado ninguno de sus objetivos. Sus afiliados se han hecho más ricos con los negocios que han realizado a la sombra de la Fundación y de las contribuciones electorales que han hecho. Mas Canosa ha muerto hace años y se llevó a la tumba sus secretas conspiraciones con los fantasmales miembros del gobierno de Castro. Los cubanos de Miami, para poder poner unas pocas bombas en los hoteles de Cuba han tenido que contratar a unos cuantos salvadoreños que, enseguida, cayeron en manos de la policía. Muy hábilmente, la Fundación, ahora en manos del hijo de Mas Canosa, un joven nacido en los Estados Unidos y que no parece participar de los mismos extravíos de su padre, se ha trasladado para Washington, donde han comprado un edificio de casi dos millones de dólares y se disponen a defender sus negocios.

Es decir, **solamente en diez años**, el caso de Cuba ha sufrido un cambio radical. Ya no se hacen planes para cuando caiga el gobierno de Castro. Los dirigentes de la Fundación en Washington son amereicanos que se dedican a defender los intereses de los miembros de la organización y en conseguir negocios lucrativos para ellos.

En Europa, y aun en los Estados Unidos, han habido hombres que al escribir sus memorias confiesan sus errores y aceptan la cuota de responsabilidad que les cabe por los desastres en que han participado. No abundan ciertamente estos hombres de excepción, pero han existido algunos a través de la historia. En Cuba yo no he conocido a ninguno. Los cubanos escribimos memorias para demostrar lo importante que hemos sido, lo noble que ha sido nuestra conducta, lo inteligente que somos. Han habido jefes policíacos que se cansaron de asesinar gentes en Cuba y luego han llegado al exilio para escribir unas memorias que las podría haber firmado San Francisco de Asís.

Batista, por ejemplo, podría haber escrito (lo de escribir es un decir, porque Batista tenía gentes que le trabajaban la prosa altisonante) unas memorias honestas, contando sus verdaderos antecedentes, que se remontaban a los tiempos de la fundación del Partido Comunista de Cuba, en los años 20, y podría haber confesado los errores cometidos, e inclusive podría haberle dedicado un capítulo a su misteriosa relación con la avaricia de dinero, que fue una de las causas de su perdición. “Sí, pero me perdí con 300 millones de dólares en los bancos extranjeros”, podría decir para refutarme.

Ningún político cubano confesó nunca nada. Todos fueron siempre inocentes. Carlos Prío, que tenía tantas culpas, no escribió nada. Supongo que porque no sabía hacerlo y tampoco tenía a nadie que se lo hiciera. Ferrara dejó unas memorias ridículas y totalmente falsas.

El único cubano que dejó unas memorias honestas se llamó en vida Reinaldo Arenas. Demostró con su sinceridad que era más hombre que aquellos que presumían de serlo mucho. Reinaldo se describió a sí mismo con los peores colores y puso su conducta ante los ojos del mundo sin pestañear. Creo que exageró al castigarse tan rudamente. Tuvo valor para suicidarse y lo tuvo para presentarse ante el mundo tal cual era. Eso es, precisamente, lo más hermoso de su triste historia. No creo que ninguno de los otros plumíferos que andan por el mundo haciendo novelas y hasta haciendo patria, tengan nunca el valor humano de Reinaldo Arenas.

En Miami, por ejemplo, un tal Octavio R. Costa, que fue el hombre que participó en el despojo que me hicieron del diario *Pueblo* cuando tuve que salir de Cuba, en 1953, anda por Miami escribiendo memorias y biografías mediante sueldos de los patriotas cubanos exiliados. No se cuánto cobra la página. Pero en las transmisiones de radio lo elogian y lo presentan como una de las glorias de Cuba. Le hizo una biografía a un personaje tan controversial como Luis Botifol y otra a un médico llamado Mora. No sé cuantas más habrá escrito. Que Dios lo bendiga. Hoy lo presentan como un gran personaje de la literatura, y como director del diario *Pueblo*. No dicen que Batista lo nombró director de aquel infeliz periódico después que fue asaltado por la policía y después que me despojaron de su propiedad. *Pueblo*, después que yo salí de Cuba se convirtió en un libelo repugnante al servicio de la policía.

Guillermo Alonso Pujol pudo haber encontrado un amanuense que le escribiera sus memorias, que habrían sido interesantes, porque el hombre tenía mucho que contar y mucho de que arrepentirse. Alonso Pujol era vicepresidente cuando ocurrió el golpe del diez de marzo. Batista me dijo a mí, en la mañana del diez de marzo, que el vice, Alonso Pujol, se iba a hacer cargo de la presidencia.

—¿Entonces, usted no va a asumir la presidencia? —le pregunté.

—No, chico, porque yo quiero ser candidato presidencial en las próximas elecciones... No se puede romper el ritmo constitucional. Este movimiento militar se ha hecho para que se produzca una sucesión presidencial. Además, si yo acepto la presidencia ahora no podré ser candidato después, de acuerdo con la Constitución... —me dijo el general con cinismo.

—¿Pero hay Constitución todavía? —le pregunté yo ingenuamente.

No me respondió. Se pasó horas, durante la mañana del 10 de marzo buscando a Alonso Pujol, el vice, para que fuera a Columbia a tomar posesión. Y el vice se perdió. Por fin Batista buscó la fórmula

de proclamarse Primer Ministro en vista de que nadie quería ser presidente.

¿Qué había pasado con Alonso Pujol? ¿Sabía él, en detalle, lo del golpe? No lo creo. Pero sabía que Batista avanzaba hacia un golpe militar, y ambos habían hablado de la sucesión presidencial. Alonso callaba y otorgaba. Batista llegó a estar convencido de que Alonso volaría hacia el campamento de Columbia tan pronto supiera que iba a tomar posesión de la presidencia. ¿Por qué falló la jugada? Porque Alonso era hombre muy timorato. Sus espantos eran proverbiales.

Pero algo peor, Alonso sabía que era inminente un golpe, pero no se lo notificó al presidente Carlos Prío Socarrás. Cuando asesinaron a Cossío del Pino (uno de los asesinos anda por Miami todavía) Alonso se espantó y pensó que Batista estaba en el plan para desestabilizar el país y llamó enseguida a Carlos Prío y le dijo que suspendiera inmediatamente las garantías. Pero no dijo por qué.

—¿Por qué, Guillermo? —debe haberle preguntado Prío.

—No me preguntes, suspende las garantías y cambia todos los mandos en el campamento militar...

Prío se echó a reír. No hizo nada. Luego vino a verlo el Primer Ministro, Félix Lancís, y le dijo que el Coronel Lázaro Landeira le había informado que existía un complot militar...

—¡Ah, no jodas, Félix, eso es que Landeira quiere un ascenso!

Y entonces botó a Landeira del ejército.

Hubo un informe escrito, muy largo, del GRAS, el aparato de inteligencia del ejército, firmado por el segundo jefe, Salvador Díaz Versón, anunciando la inminencia de un golpe. Prío tampoco le hizo caso.

Uno de los comprometidos en el golpe, llamado Damaso Sogo, que había sido barbero, se asustó y lo denunció al hermano del presidente, Antonio Prío. Tampoco le hicieron caso. Se echaron a reír.

El senador Rubén Mendiola, del PRC, fue a ver a Prío con dos militares que conocían los planes del golpe. Prío los oyó amablemente y los despidió con una sonrisa.

Hasta en la prensa hubo extraños rumores. Yo no sabía nada del golpe, pero el olfato me hacía sospechar que algo iba a ocurrir. Mis sospechas comenzaron cuando Batista, que era candidato presidencial, comenzó a hacer una costosa campaña por radio con el siguiente *slogan*: “Batista irá a donde el pueblo lo lleve”. Aquello me pareció extraño y publiqué una nota insinuando que estaban ocurriendo cosas raras.

El Ministro de Defensa del gobierno de Prío, que creo que era Rubén de León, declaró a la prensa que “él tenía al ejército en un puño”.

Todos estos datos, más otros que no se han conocido, inducen a suponer que Carlos Prío Socarrás no fue ajeno a la conspiración. Si no hubo un acuerdo formal con Batista, hubo una cierta complicidad por parte de Prío en el sentido de que no quiso actuar contra Batista y dejó que las cosas siguieran adelante. Lo que más preocupaba a Prío era, precisamente, que los ortodoxos ganaran las elecciones de junio y lo metieran a él en la cárcel después de descubrir los chanchullos en que se había metido. La tesis de que Prío colaboró pasivamente en el golpe ha sido discutida por gentes de su propio gobierno, y hay muchos que no tienen reparos que ponerle.

Mi opinión, después de haberme pasado casi siete horas conversando con Carlos Prío, en el Hotel Continental Reforma de México, tres o cuatro días después de su destitución, y a las pocas horas de haber llegado al exilio, mi opinión, repito, es devastadora. Prío se sintió feliz de que Batista le hubiera quitado aquel peso de encima. Estaba contento al llegar a México.

Perecerá increíble, pero fue así. Yo lo vi. Después, las gestiones que me pidió aquel día que hiciera con Batista para que le devolviera un dinero que se le había olvidado en la fuga, solamente sirven para robustecer la tesis de que aquello no fue un golpe sino una farsa. La única víctima de aquel día diez de marzo de 1952, fue un sargento que prestaba servicios en el Palacio Presidencial, y que se llamaba Sócrates Llanes quien vive todavía en Miami. Sócrates fue el hombre que se resistió en

Palacio cuando las perseguidoras de Salas Cañizares quisieron tomar el edificio. Sócrates se enfrentó bravamente. Pero fue gravemente herido.

No es posible confirmar plenamente estas sospechas. Han pasado muchos años. Se han muerto casi todos los personajes del drama. Ya nadie se acuerda de nada. El olvido ha tomado posesión del escenario. Lo único que se puede sacar en claro es que Cuba, bajo la dominación americana, que duró hasta 1959, era un país poco serio. Sus presidentes eran tipos de relajo. Sus golpistas no eran mejores. Y detrás de cada cosa había otra cosa oculta. Y detrás de esta otra cosa oculta había algo más y todo era intriga, parloteo, y cosa de risa. Nuestra historia fue lamentable siempre.

**M**e ha contado el padre Angel Gaztelu que en los primeros tiempos de la revolución se le aparecieron en su casa Guillermo Cabrera Infante y Carlos Franqui para pedirle que hiciera las gestiones necesarias con la jerarquía eclesiástica para desaparecer el Cristo que se había instalado en Casablanca y que se divisaba desde la Avenida del Puerto. “No podemos tolerar esa imagen religiosa en ese lugar”, le dijo Cabrera Infante en un tono amenazador. Gaztelu estaba asombrado. Carlos Franqui, con voz irritada, le sugería que podrían instalar el Cristo en alguna iglesia. “¿Pero por qué esa inquina contra el Cristo?”, les preguntaba Gaztelu. Más o menos, en voz baja, los dos personajes insinuaban que a Fidel le molestaba el Cristo. Al parecer, según averiguó después Gaztelu, no era cierto. A Castro no le importaba que el Cristo siguiera en donde lo había instalado el gobierno de Batista. Y, en efecto, todavía está allí. No lo han tocado. La pareja de rufianes, por su cuenta, estaba iniciando una ofensiva contra la iglesia. Carlos Franqui logró sacar de Cuba, en cuadros y joyas, casi tres millones de dólares. Eso explica por que no ha trabajado nunca y todavía, en el año 2001, sigue viajando por el mundo entero. Franqui, casi analfabeto, fue el hombre que destruyó toda la prensa de Cuba en venganza por las humillaciones que recibió cuando era corrector de pruebas en el periódico Mañana. En Puerto Rico, donde vive todavía, empezó a publicar artículos en un periódico que dirigía Carlos Castañeda. Después Castañeda se convirtió en director del suplemento en español del *Herald* y le ha dado asilo a Franqui, aunque nadie sabe quien le escribe los artículos.

El otro personaje, Cabrera Infante, ha descubierto una manera ingeniosa de estafar al mundo entero. Vive en Londres y está orgulloso de ser súbdito de la reina Isabel. El hombre se ha inventado la imagen internacional de **perseguido** por Castro. Se presenta en todas partes como el Salman Rushdie de Cuba. **El hombre que Castro quiere asesinar.** Cabrera Infante es un comemierda fundamental que no ha representado ningún peligro para Castro. Probablemente, Castro ni se ha enterado de su existencia. Gracias a esa treta de **perseguido por la tiranía** Cabrera consiguió que los españoles le dieran el Premio Cervantes. Fue una gestión que hizo directamente con Aznar. Este, en aquel momento, se tragó el anzuelo y creyó que molestaría a Castro premiar al pobre Cabrera Infante. Desde entonces, el hombre está anunciando a sus íntimos que el próximo premio que va a recibir será el Premio Nobel.

Pero lo cierto es que Cabrera no tiene una obra literaria. Ha publicado una serie de libros sobre Cuba llenos de chismes contra los homosexuales. Sobre todo, contra los homosexuales muertos. Es una obsesión.

Yo tengo el honor de que Cabrera Infante me odie. Un día estuvo a visitarme en Miami, hace varios años. Recuerdo que me estaba contando, con lujo de detalles, como su hija se había escapado con un negro. Olga, que estaba en la otra habitación y que oyó la historia, me hizo un comentario

definitivo: “Ese hombre es muy desagradable”.

Cabrera Infante y Carlos Franqui organizaron una cacería de brujas desde las páginas de *Revolución*. No hubo escritor o periodista que disfrutara de alguna fama que no fuera perseguido por la pareja de sinvergüenzas. Hicieron horrores desde las páginas del periódico, en alianza con la policía.

En un libro que publicó a recientemente, con el título de **Todo esta hecho con espejos**, Cabrera llega a la locura. En la portada mete su nombre en letras enormes y su fotografía iluminada desde abajo, lo cual le da un aspecto siniestro. Cabrera presume de ser siniestro. Uno de los capítulos del libro lo dedica a atacarme, pero sin nombrarme. Confieso que no entendí el capítulo. No se de que me acusa. Es tan vago el ataque, tan sinuoso, tan encubierto, tan pendejo, que no se de que soy culpable. Supongo que, en el fondo, mi culpa consiste en haberme burlado del pobre hombre. De todos modos, de vez en cuando, cada vez que se me ocurre, lo mencionó en mis artículos y me burló de él. Eso parece que lo vuelve loco. Las gentes le mandan copias de los artículos. Entonces en las periódicas entrevistas que le hacen los papanatas y que gestiona el propio Cabrera suele lanzarme indirectas. Supongo que cuando me muera Cabrera Infante se atreverá a mencionarme en sus habituales ataques. No antes.

*Se reproduce aquí la entrevista que en mayo de 1994 le hizo Waldo Leyva al autor y que apareció publicada en La Gaceta de Cuba, órgano oficial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. En la misma edición se publicaron “unas apostillas a la entrevista” firmadas por Abel Prieto, en aquel momento presidente de la Unión y actualmente Ministro de Cultura del régimen de Cuba. Entre otras afirmaciones, Abel Prieto defendía el derecho que tiene el pueblo cubano a la utopía. “Tanto el proyecto de Martí como el de la revolución de 1959 se basan, sin duda alguna, en una fe muy poderosa en el pueblo cubano, en sus potencialidades, en su aptitud mil veces demostrada de recuperarse de las derrotas y de las frustraciones y de apostar másivamente por la esperanza, por las utopías...”, decía Abel Prieto en respuesta al escepticismo del autor que se expresa en la entrevista.*

***P**ara este periodista, que considera que la única conducta aceptable en un profesional de su oficio, es la de ejercer la opinión libremente, sin detenerse a pensar en los riesgos, porque el riesgo mayor es el juicio inapelable de tu tiempo, al que te debes; para este periodista, repito. “Hay que preservar la independencia y la autodeterminación... hay que apoyar la tesis de que la revolución se transforme a sí misma, desde adentro, sin presiones externas”. Y aclara de inmediato: “Yo nunca fui partidario de la revolución. Estuve contra ella desde el principio. Es más, la preví, la temí, la combatí... Cuando los que hoy, desde Miami, incitan a la guerra y proclaman hasta la necesidad de ajusticiar a todos los responsables de la revolución, cuando esos mismos individuos estaban en Cuba participando en la etapa más feroz del proceso revolucionario, yo estaba al otro lado”. Y concluye: “Mi posición era correcta entonces y creo que es correcta ahora”.*

*En esta entrevista para La Gaceta he querido revelar su vínculo con la cultura. Aquellos momentos en que se me escapa y aparece el polemista, el periodista de opinión, lejos de afectar el testimonio inapreciable, lo enriquecen. Aspiro a que los lectores sientan la misma satisfacción que experimenté, conversando con Luis Ortega.*

—En un encuentro anterior, donde surgió la idea de esta entrevista, nos hablabas de la revista *Clavileño* y de tu participación en su salida. ¿Cómo fue que surgió la idea de la revista? ¿Cómo fue que te vinculaste a aquel grupo? ¿Existía un vínculo con el grupo que después va a fundar con Lezama la revista *Orígenes*, o sólo con algunas de sus figuras principales?

—Estamos hablando de cosas que ocurrieron hace casi sesenta años y la memoria a veces se enreda... Mis relaciones con aquellos grupos fueron siempre periféricas. Recuerdo que la primera revista en la cual aparece Lezama Lima, como director, junto a Manolo Menéndez Massana, se llamaba *Verbum* y se publicó con fondos de la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad de La Habana. Aparecía como órgano de los estudiantes de la Escuela de Derecho. La próxima aparición de Lezama fue en *Espuela de Plata*, que produjo una gran conmoción en las gentes jóvenes... El hermetismo de la revista fue una especie de desafío para los, que en aquellos tiempos, se dedicaban a la poesía y, en general, a la literatura. Las gentes serias se burlaban de Lezama. Era un bicho raro en aquel ambiente.

—¿Y cómo surge *Clavileño*?

—Tengo la idea de que fue un proyecto que brotó de las conversaciones entre Gastón Baquero y yo, allá por el año 40, más o menos. Baquero y yo solíamos andar juntos, compartiendo la miseria en los cafés y coincidiendo siempre en las bibliotecas. Nos reuníamos en la Biblioteca Municipal, que estaba en la calle Neptuno. O en la Nacional, que estaba en el Castillo de la Fuerza. O en la Biblioteca del Senado, que estaba abierta al público. Primero, conseguimos una página entera en el magazine dominical del diario *El Mundo*, que en aquel tiempo dirigía José Z. Tallet. Y después pasamos la página al diario *La Discusión*, que estaba cerca de la Catedral. Baquero publicó algunos ensayos muy lúcidos sobre la poesía. Yo publiqué uno sobre Kafka. Pero, en realidad, aquellas páginas no tuvieron mucha resonancia. Por eso se nos ocurrió publicar *Clavileño*. Era, en rigor, una revista de poesía, muy bien impresa, y como trasfondo, en la primera página, en rojo o azul, poníamos un dibujo, creo que de Portocarrero, de líneas muy finas, del caballo del Quijote...

—¿Tú publicaste algo en aquella revista?

—Nada. Mi relación con la poesía ha sido siempre muy distante. Inclusive soy un mal lector de poesía. Nunca he cometido el error de escribir versos. Yo me orientaba, más bien, hacia la novela o el cuento. O hacía el ensayo. Yo diría que nunca tuve una vocación literaria muy firme. Como Borges, me enorgullezco más de lo que he leído que de lo que he escrito.

—¿Quiénes participaban en *Clavileño*?

—Baquero, Justo Rodríguez Santos, Emilio Ballagas, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Portocarrero, Fina García Marruz... Hacíamos la revista en una imprenta muy modesta que estaba en la calle San Miguel, y la tirada era muy reducida. No recuerdo todos los nombres que aparecían en la portada. Nos reuníamos en la casa de Fina y Bella García Marruz, en la calle Neptuno, para decidir el material. Eso ocurría allá por el año 1942, si no me falla la memoria. Salieron bastantes números...

—¿Qué relación existía entre este grupo y el de Lezama?

—Sospecho que las relaciones eran siempre conflictivas. El deporte favorito era hablar mal unos de otros, y todos de Lezama. Lezama cuidaba su hermetismo con un celo admirable. *La Espuela de Plata* de Lezama era impenetrable. Era una especie de santuario. La lealtad de Baquero a Lezama era conmovedora. Nunca dejó de llamarlo "El Maestro". En realidad, Lezama ejercía un magisterio riguroso... Era todo un personaje. Todas las noches, probablemente al sonar el cañonazo de las nueve, Lezama salía de su casa, en Trocadero, donde vivía con su madre y sus hermanas, y se encaminaba hacia el Prado, con paso lento, con un tabaco en la boca. Probablemente acababa de comer opíparamente, como solía hacer. Es posible que se hubiera pasado todo el día leyendo, porque era un formidable lector. Se le veía avanzar por el Prado, alto, corpulento, con un vientre algo abultado, con saco y corbata... Al llegar a la esquina de Industria, cruzaba hacia la acera del American Club, pasaba frente al Hotel Siboney, un sitio que más tarde sería la esquina predilecta de Fidel Castro, llegaba al Bar Partagás, en Prado y Neptuno, y entonces se perdía por los vericuetos de la Manzana de Gómez... Los que en aquellos tiempos no teníamos otra cosa que hacer que esperar el momento de conseguir un café con leche y pan con mantequilla, solíamos usar los bancos del Paseo del Prado para agotar las conversaciones literarias y el intercambio de chismes. Nos sabíamos de memoria el itinerario de Lezama Lima, que se portaba a sí mismo como un estandarte. Por las mañanas, casi todos los días, se le podía ver en una librería que estaba en Obispo y Compostela... O tal vez en O'Reilly. Siempre sentado al fondo del establecimiento, emitiendo dictámenes casi siempre oscuros... Y siempre implacables.

—¿Qué importancia tú le das a ese grupo?

—Fue un grupo de escritores y poetas que se sublevaron contra la mediocridad del ambiente cubano. No hay que olvidar a los artistas. Era en los tiempos en que Batista ejercía el mando desde el Campamento de Columbia o ya, a partir de 1940, desde la presidencia... Estamos hablando de aquel período de 1940 a

1944. El país estaba en manos de una casta de políticos mataperros que lo controlaban todo. Las gentes jóvenes no teníamos a donde ir, salvo meternos en las bibliotecas o en los cafés. Las libertades públicas eran muy limitadas. Los escritores más conocidos no tenían facilidades para publicar sus obras. No había editoriales. Lo más frecuente era que los escritores que lograban algún nombre, se metieran en la política, o aspiraran a ser ministros o embajadores. Es decir, existía una manera correcta de escribir y pensar que podríamos llamar casi "oficial". Lezama, con su oscuridad, con su hermetismo, con su rigor literario, con su conducta distante, representó para los jóvenes algo nuevo. Yo me atrevería a cometer la irreverencia de decir que el barroco en Lezama fue una manera de protestar contra el medio cultural. Fue algo así como un disfraz que se convirtió en naturaleza. Nunca olvidaré un artículo que publicó Jorge Mañach en *Bobemia*, por aquellos días, declarando, enfáticamente, *que no entendía a Lezama*. Tuvo algo de burla y de mala intención. Es como si hubiera dicho: "Si yo soy uno de los escritores más cultos de este país, y no entiendo a Lezama, eso quiere decir que Lezama está hablando pura paja". En el tono habitual de Mañach, siempre medido y discreto, eso era lo que quería decir, en definitiva. "No lo entiendo", repetía. No recuerdo bien si Lezama contestó. Pienso que se aterrorizó y se metió en su casa. El artículo de Mañach era directo y al pulmón. Lezama no tenía mucha vocación por la polémica. No creo que supiera polemizar. Era demasiado oscuro y hermético. Mañach era una figura importante...

Mis recuerdos son vagos. Han pasado muchos años más, yo he tenido varias encarnaciones. A mi vida le ha faltado una cierta continuidad. Yo tenía mi biblioteca y mis archivos y los pude usar mientras viví en Cuba, hasta 1953. Después, todo estalló en torno mío. Empecé a vivir en el destierro y a ser otra persona. Es decir, a partir de mi ruptura con Cuba, en 1953, yo empecé una nueva encarnación. Luego vino la revolución y se quedó con todo, con los libros, los papeles, los archivos. Lo único que me queda es la memoria, que no siempre es buena. En el caso de esta polémica, o conato de polémica, entre Mañach y Lezama, lo único que recuerdo es que yo me metí en el medio y publiqué un artículo en el cual no hablaba de literatura sino de *conducta*. Yo señalaba el hecho de que lo importante en Lezama era, precisamente, su conducta como escritor, como poeta, al margen de la política, con un rigor extraordinario, con una seriedad nunca vista en Cuba, y que contrastaba con la conducta mundana de Mañach que había llegado a ser hasta Ministro de Educación y de Estado por la vía de la literatura. La austeridad de Lezama, consagrado a la literatura, sin ambiciones políticas, era lo que no entendía Mañach. Era un estilo nuevo, una nueva forma de ser y de hacer. Con algo de irreverencia, de la cual hoy me arrepiento, le reprochaba yo a Mañach su vocación por la crónica social. Ni siquiera recuerdo dónde está ese artículo. Pero si recuerdo que Mañach me respondió en *Bobemia*, en forma ladeada, un poco tímidamente, porque la polémica yo la había sacado del tema de Lezama y lo que estaba planteando era un juicio sobre el propio Mañach, cuya frivolidad era bien conocida. No se habló más del asunto. Lezama me dio las gracias con algo de emoción.

—¿Y esa era, realmente, tu opinión sobre el grupo?

—Sin duda. Lo mas importante en Lezama fue su conducta como escritor y poeta. Rompió con la costumbre en Cuba de que todo el que escribía bien terminaba aspirando a concejal. Su vida estuvo seriamente consagrada a la literatura, sin desviaciones políticas o burocráticas. Creo que la historia me ha dado la razón. Mañach, que era un hombre de un enorme talento, fue devorado por el medio cubano. Se lo trago la política y el periodismo y hasta la misma televisión. Lezama ha quedado en la historia como quien fue. Hoy, en universidades de Estados Unidos y Europa, se hacen tesis doctorales sobre la obra de Lezama. Una obra cuyo contenido, por cierto, no me entusiasma. Porque yo detesto la oscuridad y el hermetismo. Hay un aspecto en Lezama que yo no conozco bien. Me refiero a su conducta a partir del triunfo de la revolución. Lezama no tenía la menor vocación política. Y, mucho menos, revolucionaria. Tal vez lo que lo atrajo, un poco, fueron las facilidades editoriales que se abrieron en Cuba. Me parece, sin embargo, que murió en la mayor soledad y nunca trató de irse al destierro. No se si hizo viajes al extranjero o no. Lo

que si sé es que este hombre era, desde muy joven, inamovible, intransferible, de imposible trasplante. Era el hombre más cubano que yo he conocido.

—*¿Tuviste relaciones con todos los integrantes de estos grupos?*

—Con todos o casi todos. Aun cuando, en rigor, no pertenecí a ninguno de los grupos, siempre tuve afinidades con ellos y respeté el trabajo que hacían. Tuve mucha amistad con Baquero, con Rodríguez Santos, con Ballagas, con Portocarrero, con Mariano, con Víctor Manuel, etcetera.

—*¿Fue éste tu único acercamiento a proyectos culturales de este tipo?*

—Sí, a partir de 1943, ya en forma más constante, me metí en el periodismo y canalicé mi inconformidad en la prensa. El periodismo, en realidad, era la salida mejor para los que queríamos salvarnos de la tuberculosis. Y en el periodismo de aquellos tiempo era indispensable la claridad en la expresión. Nada de literatura. Nada de cultura. De lo cual, por supuesto, no me arrepiento. Creo que la experiencia periodística, cuando se vive desde adentro, en forma íntima, en contacto con la historia misma, es mucho más atractiva que la creación literaria.

—*¿Cómo caracterizarías la cultura cubana de esos años tan particulares de la historia de Cuba, décadas que son el puente entre el fracaso de una revolución (la del 33) y el triunfo de otra?*

—La caída de Machado en agosto de 1933 marca una línea divisoria entre dos Cubas. Antes del 33, los que tenían el derecho de propiedad en Cuba eran los veteranos de las guerras de independencia y sus descendientes. Casi todo el comercio estaba en manos de españoles. En realidad, Machado no cayó sino que fue destituido por Washington. Durante los gobiernos republicanos de Coolidge y Hoover, Machado fue un protegido de los Estados Unidos. Roosevelt tomó posesión en 1933 y eso sirvió para intensificar la lucha contra Machado con la esperanza de que los americanos lo tumbaran. Eso formaba parte de la tradición política cubana. Agitar para que *vinieran los americanos* Para que intervinieran. Eramos, en realidad, un protectorado. Cuando llegó a Cuba el embajador Summer Welles se dio el caso de que, tanto el gobierno como la oposición, se sintieron encantados. Machado se equivocó. El estirado embajador no venía a apoyarlo sino a destituirlo. Te digo estas cosas para ponerle algo de *background* a la pregunta que me has hecho sobre la cultura. Curiosamente, el embajador, después de escuchar todos los chismes que le llevaban los cubanos a la embajada, decidió que Machado debía ser sustituido por el hijo de un héroe de la independencia. Es decir, por Carlos Manuel de Céspedes. Estaba claro que la casta de los veteranos insistía en controlar la situación. No pudo ser. Céspedes duró pocos días. Surgió el movimiento del 4 de septiembre que, originalmente, fue un alzamiento de soldados, estudiantes y obreros. Fue un golpe muy duro para Washington. Fue un fracaso. De pronto el país cambió y entró en una etapa revolucionaria. Se rompieron los amarres, todos. Una nueva generación hizo acto de presencia. Los que éramos muy jóvenes en aquellos tiempos sentimos de pronto que había esperanzas. Las manifestaciones antimperialistas frente al Palacio Presidencial eran enormes y tumultuosas. Yo estaba allí y las vi. Yo andaba con mis pancartas. Pero aquel conato de revolución fracasó a los pocos meses. No se sabe si Batista sedujo al embajador americano o si este lo sedujo a él, pero lo cierto es que el ex-sargento ascendido a Coronel se apoderó del poder y desalojó a la nueva generación. Lo único positivo fue que se eliminó la Enmienda Platt. Pero, en realidad, eso no alteró mucho el escenario... Las cosas siguieron como siempre. Batista gobernó hasta 1944 con el apoyo de Washington. En este ambiente se desarrolló una cultura oficial, con una prensa de inclinaciones gubernamentales, con unos grupos pequeños, como el de Lezama, que vivían al margen de la vida. ¿Quieres que te relate una experiencia personal que te dará la medida de cómo era la cultura en aquellos tiempos?

—*Adelante...*

—Allá por el año 42 o 43, no recuerdo bien, yo andaba todavía buscando un empleo de cualquier cosa... Esa era la tragedia de los jóvenes cubanos. Un empleo. Un *destino*, como se decía. Después del fracaso de la revolución del 33 todos quedamos al garete. La miseria era muy dura. La guerra civil española

fue un atractivo muy grande para muchos. Es interesante señalar que a pesar de que Cuba vivía un período especial en tiempo de paz, como dicen ahora, a nadie se le ocurrió agarrar una balsa para llegar a Key West... Había miseria y había, realmente, persecución, pero todos nos quedamos aferrados a la isla y a su destino. Es posible que aquello se pueda explicar, cínicamente, por el hecho de que las leyes de Inmigración de los Estados Unidos no le permitían a ningún cubano llegar a las costas de la Florida sin una visa... Volviendo al tema, te diré que yo andaba buscando un empleo, y alguien me dio una carta para el Ministro de Educación, que se llamaba Fernández Concheso.

—¿Y te dio un empleo?

—Verás. Estuve haciéndole antesala al ministro durante más de una semana hasta que el bandido me recibió con mucha solemnidad. Ni siquiera me mandó a sentar. Fue una escena infame. "Joven, de modo que usted se dedica a la literatura." Mi respuesta fue un tímido sí. Yo no estaba seguro de nada. Existía un Departamento de Cultura y alguien me había dicho que podría conseguir una plaza de 60 pesos allí. El ministro se quedó pensativo. Volvió a leer la carta. Era de un amigo suyo y no quería quedar mal. Por fin, tomó una decisión: "Mire, joven, traigame un *articulito* sobre Martí y vamos a ver lo que podemos hacer con usted". Y me señalaba la puerta. ¿Te das cuenta? Para poder comer en aquellos tiempos era necesario escribir *articulitos sobre Martí*. Creo que todos lo hacían. La cultura oficial giraba en torno a Martí. Los discursos eran sobre Martí y terminaban con los aforismos de Martí. Respondiendo a tu pregunta, yo caracterizaría la cultura cubana en el período entre 1933 y 1959 como opresiva. Era una tarea de supervivientes. El medio ambiente rechazaba al escritor y al poeta. Y lo mismo ocurría con las artes plásticas. Todo poeta era maricón en tanto no se demostrara lo contrario. A partir de 1944, cuando se abrió paso la libertad de expresión, uno tenía que hablar fuerte, sin desviaciones hacia la elegancia del lenguaje, para no caer mal. Jorge Mañach, por ejemplo, que tenía un modo de expresión algo castizo, era víctima de las burlas de la gente. "Es un pesado", decían. En los medios periodísticos, donde yo me desenvolvía, era necesario salpicar la conversación con coños y carajos para no caer mal. Los medios académicos no eran mejores. Los gobiernos que tuvimos a partir del 44, cuando se inició una etapa de libertades públicas hasta el 52, fueron gobiernos plebeyos, en el sentido, de que se estimulaba, desde las alturas del poder, la incultura. Los héroes llevaban pistolas a la cintura y se abrían paso a empujones. "En este país no se puede vivir de pendejo", medijo una vez un dirigente estudiantil que llegó muy lejos en el gobierno. Y era verdad.

— ¿Tenía algo de amable la vida en aquellos tiempos que hoy parecen tan remotos?

—Bueno, sí, uno se adaptaba... Uno mandaba en su propia hambre. El país estaba en manos de los más fuertes. El dinero tenía un poder absoluto. Y el poder, a su vez, te lo daba todo. A lo largo de los años vi desaparecer a muchas gentes inteligentes arrastradas por la corriente... Virgilio Piñera, que era un perseguido, y objeto de burlas, se fue para Buenos Aires y desapareció del escenario por muchos años. Gastón Baquero se cansó de trotar por las calles de La Habana y se metió a trabajar en el *Diario de la Marina*, donde llegó a tener un poder enorme... Sus compañeros de las revistas de poesía lo acusaron siempre, en voz baja, de haber traicionado a la causa... En realidad, no sé qué causa era esa. Dedicar una vida entera a la literatura en un medio anti-literario era una empresa casi utópica. En eso, como ya te dije radica el mayor mérito de Lezama Lima. Estuvo siempre al margen. En el aislamiento. Creo que Baquero le consiguió un destino (un puesto) en el Ministerio de Gobernación se iba todos los días a la cárcel del Castillo del Príncipe, a cumplir una tarea burocrática por un sueldo miserable. Luego, Baquero quiso darle trabajo en el *Diario de la Marina*, escribiendo una breve columna, y aquello provocó un movimiento de hilaridad... Nadie lo entendía. Yo creo que Lezama extremaba su oscuridad para molestar a las gentes.

—La circunstancia de haber estado fuera del país durante más de cuarenta años te convierte en un testigo excepcional de lo que se denomina en distintas formás como el exilio, la diáspora, la emigración cubana, la comunidad cubana en el exterior... ¿cómo caracterizas tú, desde el punto de vista

cultural, este fenómeno? ¿Éxiste una cultura cubana en el exilio? ¿Es posible una creación cultural cubana en ese contexto, sin vínculos con las raíces y frente al desafío de una cultura tan poderosa como la norteamericana?

—Yo soy muy pesimista... La trágica vida de Reinaldo Arenas y su suicidio son la mejor respuesta a tu pregunta. El trasplante tiene siempre un fuerte ingrediente de angustia. En los años del gobierno de Batista, entre 1952 y 1959, cuando uno tenía que abandonar una vida mejor en Cuba para asilarse en un país lleno de dificultades, el exilio era realmente político... es decir, éramos exiliados políticos. Cuando triunfó la revolución, en 1959, hubo exiliados políticos. Por ejemplo las gentes del gobierno que había caído. Hubo también otros elementos que no estábamos de acuerdo con la revolución y tuvimos que abandonar el país para no caer presos. Ese fue mi caso. Regresé a principios del 59, y hasta estaba dispuesto a quedarme en el país, pero no fue posible. Tuve que marcharme. Hubo muchas gentes, como yo, que no se incorporaron a la revolución, y tuvieron que escoger el camino del exilio... Quiero decirte que en 1959 el exilio era durísimo. Era en los tiempos en que el gobierno de Cuba tenía relaciones diplomáticas con Estados Unidos y la policía y las agencias federales perseguían a los exiliados de entonces... Esa situación cambió a partir de 1960... Ahora bien, la distinción entre un exiliado político y un emigrado es difícil de establecer. Sobre todo si el emigrado se empeña en parecer exiliado político. Un individuo al que le quitaron el trabajo, o le intervinieron el negocio, y decidió irse del país, difícilmente puede ser considerado un exiliado. En definitiva, si vamos a ver, la cosa no tiene mayor importancia. La patria portátil, la nación de repuesto que armaron los americanos al otro lado del Estrecho de la Florida, tiene hoy una existencia real, ya séase como exiliados o como emigrantes. Esa comunidad, que ha crecido en forma sorprendente, pesa mucho sobre el destino de Cuba y de la revolución. No ha surgido por azar. Se origina, básicamente, en las facilidades inmigratorias que les dieron los americanos para establecerse legalmente en Miami y otras ciudades. En los años iniciales hubo, ciertamente, mucho dolor en esa masa de gentes que salió de Cuba bajo la presión revolucionaria. Pero con el correr de los años la cosa cambió mucho. Yo no creo que existan ya exiliados políticos. Ni siquiera los que lo fuimos en un tiempo lo somos ya. Prácticamente, para todos los efectos, todos somos ciudadanos americanos de origen cubano. Inclusive, la Fundación Nacional Cubano-Americana esta integrada, en su mayoría, por ciudadanos americanos. Con muy pocas excepciones, los llamados dirigentes del exilio son ciudadanos americanos. El tema electoral americano, tanto local como nacional, tiene hoy mayor importancia en las comunidades del exterior que el de Cuba...

—¿Por que?

—Porque el emigrante cubano, vamos a llamarlo así, se ha desgajado del tronco nacional de su tierra original... Es posible que no se haya integrado totalmente a la vida americana, es decir, que viva fuera de la corriente principal del país en que habita, es posible que no domine la lengua y hasta es posible que haya perdido mucho de su propia lengua nativa, pero no tiene nada que ver con Cuba. El hecho de integrarse a un sistema económico que le ofrece grandes ventajas, tales como crédito, pensión, asistencia médica, etc..., lo aparta totalmente de Cuba. Ese ser humano no tiene nada que ver con su país de origen. Es como el puertorriqueño que abandona la isla y se instala en Nueva York. Emigra por razones económicas y porque en Nueva York existe un ancho mundo puertorriqueño, pero no regresa nunca a la isla, salvo cuando va de visita.

—¿Y el fenómeno cultural?

—Si entendemos por cultura las comidas, las fiestas, los bailes, la música, el ruido, el desorden, una cierta irresponsabilidad, un modo de vida tercermundista, algunos hábitos campesinos, etc., etc., entonces sí se puede decir que se aferran a sus orígenes... A su *cultura*. Pero todo, eso sí, deformado. La lengua se va perdiendo o se transforma en una especie de *spanglish*. Las masas cubanas en Miami o en otras ciudades del norte lo que hablan es una jerga a veces difícil de entender. Dentro de diez años es

posible que un cubano de la isla no pueda entenderse con uno de Union City. A eso hay que agregar que la revolución cubana ha influido mucho en el habla del pueblo. A mí me resulta, a veces, difícil entender lo que dice un cubano recién llegado a Miami. En resumen, yo creo que hay dos mundos distintos y hasta opuestos: el mundo dentro de la isla y el del exterior. Se ha establecido la farsa de considerar que se trata de un sólo mundo, pero son distintos. No es cierto, a estas alturas, que sean un solo pueblo. Tú te sientas en un café de la Gran Vía de Madrid y te es posible distinguir al cubano de la isla del cubano de Miami o Nueva York. Los ves pasar, y enseguida te das cuenta de que son dos seres distintos. Hay claros elementos diferenciales. El de Miami, que probablemente anda con pasaporte americano, camina con paso insolente y seguro, y habla a gritos. Viste distinto. Hay exageración en las mujeres y en los hombres. Hay ostentación. Es el nuevo rico o el pobre que se cree rico. El que llega de la isla a Madrid se mueve con menos seguridad, es más discreto, menos rico, más modesto. Creo que Octavio Paz tiene un ensayo sobre las diferencias del mexicano de adentro y el de afuera, el chicano, que podrían servir para ilustrar esto que digo.

—*¿Y por qué esas comunidades se mantienen vigilantes sobre el caso de Cuba y hasta se han vuelto amenazadoras?*

—Porque a través de los años, que ya son 35, se ha mantenido vivo el caso de Cuba, la industria del anti-castrismo ha servido para que muchas gentes se enriquezcan, se ha creado la mitología de la liberación y del regreso, y las estaciones de radio en Miami, 24 horas diarias, mantienen una retórica de tipo político que es muy burda, pero que influye en las gentes... Son grupos de presión que están involucrados con los intereses políticos americanos... Es decir, hay un vasto sistema de simulación política. El gobierno de Cuba ha empezado a cambiar de actitud con respecto al cubano emigrante y eso es positivo. Hasta hace poco, sin embargo, hubo la tendencia a creer que todos los que vivían afuera eran enemigos irreconciliables. Eso no es cierto. Esos emigrantes cubanos no van a regresar, en su mayoría, a la isla para vivir permanentemente. Van a ser visitantes y hasta propietarios ocasionales. No hay forma de que un cubano que haya vivido diez o quince años en los Estados Unidos pueda nunca adaptarse a vivir otra vez en Cuba. Es materialmente imposible el retorno.

—*¿Y los hijos? ¿Los que salieron muy jóvenes de Cuba y se criaron en los Estados Unidos?*

—En su mayoría no tienen nada que ver con el pasado de sus padres. La mayor parte de estos jóvenes han perdido hasta la lengua.

—*Como te preguntaba, ¿existe una cultura cubana en el exilio?*

—Yo no lo creo. Empiezo por decirte que dudo mucho de que exista un exilio cubano. Existen casi dos millones de cubanos que salieron de la isla por diversas razones y se han instalado en el extranjero, sobre todo en los Estados Unidos. En gran parte, se trata de una masa rural. Si tu lees los obituarios de los periódicos veras que abundan los difuntos de los pueblos de campo. Las costumbres de esas comunidades suelen ser rurales. El estilo de vida, en la mayoría de los barrios de Miami, es estrictamente rural. Por las mañanas tú oyes los gallos cantar. Los domingos matan su puerquito. Destruyen la arquitectura de las ciudades americanas y les dan un aspecto rural. La lengua que se habla por las estaciones de radio, sobre todo en Miami, es pobre. Y si te fijas en las llamadas telefónicas verás que los que hablan son gentes de un nivel muy bajo. Ahora bien, si un individuo salió de Cuba con una determinada formación cultural y sigue produciendo, o sigue estudiando, o sigue creando, al margen de las corrientes que prevalecen en la emigración, no puede decirse que se trata de "una cultura cubana en el exilio". Un árbol no hace un bosque. Existe el fenómeno individual. Hay escritores cubanos que viven afuera y que producen, bien o mal, pero que no son, específicamente, escritores del exilio. Baquero, por ejemplo, no es un poeta del exilio, a pesar de haber vivido 35 años en el destierro. Su casa en Madrid, terriblemente humilde, es un rincón de Cuba. Allí tiene su bandera, su escudo, sus libros de Cuba. Y tiene esa tremenda soledad del verdadero desterrado. A veces se le iluminan los ojos, y te dice: "Fulano me trajo unos mangos de Cuba". O unos

tamarindos. Si tu vas a una librería en español en Miami, por ejemplo, ves una enorme cantidad de libros de poesía, de historia, de ensayos, novelas, etc., casi todos (hay excepciones, claro) de un nivel intelectual muy bajo. Son gentes que escriben sus cositas y pagan porque se publique el libro que nadie va a comprar, y mucho menos leer. El cubano quiere fijar su posición ante la historia y se dirige a la posteridad. Es lo que se podría llamar un *ego trip*. La vanidad los impele a publicar libros. Antiguos impresores han hecho fortuna editando estos libros que pagan sus propios autores. Además, así se forman reputaciones muy extrañas. En Miami hay un tipo que ha escrito muchos libros y se hace llamar “el Mañach del exilio”. Hay casos aislados, por supuesto, de gentes que tienen un valor intrínseco. Yo creo que, en general, la radio y la televisión de los cubanos en los Estados Unidos es muy pobre. La radio es espantosa. Las dos plantas de televisión en español son, en realidad, mexicanas o venezolanas, y son muy inferiores en todo.

—*Se habla con insistencia, en los últimos tiempos, de la voluntad de convertir a Miami en una, alternativa cultural, en un modelo para América Latina. ¿Crees que eso es posible? ¿Piensas que esa perspectiva responde a una estrategia de los Estados Unidos o se limita a una aspiración de ciertos sectores del exilio cubano?*

—De alternativa cultural, nada. Mi opinión es que Miami es un vertedero donde desaguan todos los excedentes de población de los países del sur. Los cubanos están presionados actualmente por las otras nacionalidades que avanzan. Pronto, muy pronto, quedarán en minoría. Hay sectores grandes de la ciudad que han sido ocupados por los nicaragüenses, que odian profundamente a los cubanos. Los haitianos, que crecen vertiginosamente, han fundado otra ciudad dentro de Miami. Colombianos, centroamericanos, venezolanos, brasileños, argentinos, ecuatorianos, etc., han ido invadiendo la ciudad. Una emisora colombiana, Radio Caracol, le está pisando los talones a Radio Mambí, que es el órgano oficial de la industria del anti-castrismo. Los colombianos son más profesionales y hacen radio con mayor objetividad. Los cubanos, en estos momentos, se están moviendo hacia Orlando, donde hay trabajo, abundante y posibilidades de montar negocios, etc. Miami hoy es, en realidad, una ciudad del Cuarto Mundo por su aspecto físico y por el carácter de la población que se ha asentado allí. No es, de ningún modo, una ciudad americana. Es la tierra de nadie. Toda la corrupción y todo el desbarajuste que tipifican a los países latinoamericanos han venido a coincidir en un punto que se llama Miami, que no es solamente una ciudad sino una región de más de dos millones de seres humanos, legales e ilegales. Todo es posible en el mundo mágico de Miami. Todo se puede falsificar. Todo se puede comprar. Tal vez Tánger, en un tiempo, y en tono menor, fue algo parecido a Miami. Los americanos de otras zonas de los Estados Unidos se espantan cuando oyen el nombre de Miami. Es una mala palabra. Lo que sí es cierto es que dentro de unos años existirá un tipo humano específico de Miami, diferente a todos los otros tipos de los Estados Unidos y de los países del sur. Será una mezcla de todas las nacionalidades, con una lengua propia, con costumbres propias. En ese sentido sí es cierto que Miami es una alternativa para lo peor.

—*¿Y qué me dices de la nueva generación de cubanos, los que fueron muy jóvenes para Miami o los que nacieron allí de padres cubanos y que se han educado en las universidades de Estados Unidos?*

—Yo, por lo pronto, no conozco ninguno que se haya destacado en nada. Debe existir, pero yo no lo conozco. La metodología de las universidades americanas es castradora. Yo he vivido y trabajado durante años en el mundo académico. Estuve diez años en Pittsburgh, Pennsylvania, y obtuve un Master y un doctorado. Claro, yo no fui ganador por el sistema, porque era demasiado viejo. Pero, por lo general, el hispano que pasa por la trituradora del sistema académico americano sale entrenado para no atreverse a pensar nada que no esté debidamente documentado. Ciertamente, es una buena disciplina intelectual. Le corta las alas a la imaginación creadora. Con el vasto mundo académico de Estados Unidos ocurre lo que decía Unamuno del ajedrez. “Sí, es cierto, desarrolla la inteligencia, pero es, a su vez, una inteligencia que solamente sirve para jugar al ajedrez”.

—*Hablemos de la conferencia celebrada en abril en La Habana y a la cual asististe. ¿Que te pareció? ¿Hubo algo positivo en el encuentro? ¿Qué opinas del tan discutido episodio del video?*

—Empecemos por lo último. A mí me pareció absolutamente natural que se divulgara el video. Yo no vine a Cuba clandestinamente. Yo no hice nada ni dije nada a escondidas. Lo que vi y dije lo he publicado en los Estados Unidos. Mis cartas están sobre la mesa. Fue una tontería de algunas gentes esperar que se mantuviera en secreto la visita o parte de la visita. Es más, yo voy más lejos. Me pareció mal que no le permitieran a los periodistas extranjeros que entraran a la recepción y les dejaran tomar películas y fotos y grabar todo lo que se hizo, o dijo, en el encuentro con Castro. Hubiera sido saludable una política de puertas abiertas para la prensa extranjera. El gobierno de Cuba debe hacer un esfuerzo para liberarse de esos fantasmás que lo inducen a prohibir cosas y actuar a la defensiva.

—*Que te pareció más interesante en la Conferencia?*

—Sin duda, la exposición que hizo Abel Prieto sobre Cultura, Cubanidad y Cubanía. Tengo varias objeciones que hacer a los planteamientos que hizo Abel. Es un tema que siempre me ha apasionado. Abel habla de la cultura plattista “sostenida por una mediocre filosofía de la vida, opuesta radicalmente a toda grandeza de miras que pueda generar un cubano”. Y habla del individuo “pragmático, medroso, siempre llamando a la cordura y a las concesiones, enemigo de ideales y utopías” y se refiere a cómo este individuo se dedicó “a minar las bases del pensamiento de la independencia, martiano y anti-imperialista, a través de muy diversos ropajes”. Eso es muy bonito. Comprendo que el pensamiento de Abel Prieto está encuadrado en su posición como hombre joven envuelto en un proceso revolucionario y, además, funcionario de la cultura oficial de Cuba. Esa posición es fundamental para los ideales de la revolución. La utopía martiana es esencial para explicar el proceso que ustedes han vivido. Sin embargo, yo no participo de nada de eso y rechazo, por otra parte, la cultura plattista. Ese rechazo al plattismo me corre por las venas desde que era casi un niño. Pero yo no me siento obligado, por ninguna militancia, a hablar de la grandeza del pueblo cubano. Yo no renuncio al espíritu crítico. Y creo, realmente, que la nueva generación cubana tiene el deber de analizar el proceso histórico cubano, desde el siglo XIX hasta hoy, sin tapujos de ninguna clase y sin beaterías. Participo de la admiración a Martí pero siempre me he negado a entrar en el culto. Lo he dicho a través de muchos artículos y a través, también, de un breve ensayo. Hay que podar a Martí y ubicarlo en el lugar que le corresponde. Martí deslumbró a sus oyentes cuando estaba preparando la guerra del 95 y sembró en la conciencia del cubano un sueño que es muy hermoso, pero que ha estado permanentemente chocando con la realidad de Cuba... Martí inventó un país ideal, maravilloso, visto desde la distancia, habitado por gentes superiores capaces de convertir a la isla en “el fiel de América”. Durante años y años yo he estado oyendo la misma música. Abel Prieto no acaba de inventar una nueva cosa. Ese ha sido el tema preferido de todos los políticos providenciales que manejaron esta isla durante todos los años de la república que surgió en 1902. “Como lo soñó Martí” fue la consigna preferida de los que usufructuaron el país. Las críticas a los pragmáticos y a los que trataban de racionalizar la vida política cubana estuvieron siempre presentes en el discurso cotidiano. Abel está planteando las cosas en blanco y negro. Y hay muchas tonalidades. Oponerse a la utopía no es, necesariamente, un acto plattista. Criticar al cubano y señalar las deficiencias de su carácter como pueblo no es plattismo. No ser revolucionario ni aceptar los postulados de la revolución no es una traición a Cuba. Hay algo excluyente en la exposición de Abel Prieto que yo me siento obligado a rechazar...

—*¿Te parece que la exposición que hizo Abel Prieto en la Conferencia no fue suficientemente crítica?*

—Por supuesto... No lo fue. Hubo algo muy importante en todo lo que dijo. Se ve que se está implementando una política cultural más abierta, más dispuesta al reconocimiento de los valores culturales no adscriptos a la revolución... Eso lo entiendo. Eso me parece necesario y oportuno. La revolución ha entrado en una etapa en que tiene que volverse sobre sí misma y revisar sus posiciones. La nueva generación

cubana, la generación que podríamos llamar de relevo, tiene que revisar todos los engranajes, incluyendo los mecanismos de la utopía.

—*Pero la Revolución no puede renunciar a lo esencial de sí misma.*

—Claro que no. Pero las esencias pueden ser revisadas. Se está viviendo en Cuba un momento trágico. Yo no creo que se le deba temer a ningún tipo de revisión. Comprendo que hay aquí, como en el exterior, una generación congelada en sus prejuicios y detenida en el tiempo, que es incapaz de someterse a una verdadera auto-crítica. No pueden. Pero hay en este país gentes nuevas que pueden darse el lujo de todas las irreverencias. Para mí, lo he dicho, los dos momentos estelares del anhelo de grandeza cubano son Martí y Castro. Por decir esto me quieren fusilar los cubanos de la diáspora, el vertedero, como te guste. Pero creo que aquí, en Cuba, me, pueden entender mejor, a pesar de todo...

—*¿Por que?*

—Simplemente, porque están a la vista las deficiencias del cubano. Eso no se puede ocultar más. Yo sé que lo que digo va en contra del espíritu de propaganda, pero hay que admitir que el pueblo ha desertado de esos dos momentos estelares a que me refiero... El proyecto que le presentó Martí al pueblo de Cuba, y a los dirigentes de la guerra, era realmente hermoso. Pero tan pronto Martí desapareció en Dos Ríos comenzó el proceso de destrucción del proyecto. Solemos acusar mucho a los americanos de que “nos sobornan”. Pero nos olvidamos de la parte que tomamos en ese contubernio. Hasta ahora yo he visto que nos sobornan porque queremos ser sobornados y lo buscamos. La generación del 95 se entregó con entusiasmo en manos de los “salvadores”... con muchas excepciones, por supuesto... Siempre las hay. Pero el período entre 1902 y 1959 fue realmente humillante. Yo viví en el ámbito de esas humillaciones... También vi como terminó la utopía revolucionaria de 1933... El proyecto que le diseñó Fidel Castro a los cubanos, a partir de 1959, también era hermoso... Pero, sin embargo, ya a fines de 1959, cuando todavía no habían comenzado los problemas graves en el país, muchos de los principales dirigentes del proceso contra Batista, y también elementos que procedían de las filas de la revolución, salieron corriendo hacia Washington para suplicar que los sobornaran... ¿Cree Abel Prieto que es malo decir estas cosas? ¿Se puede mejorar al pueblo ocultándole sus defectos o arrojándoselos al rostro? No hay que olvidar que hay casi dos millones de cubanos que han desertado del país y andan por el mundo hablando horrores del proyecto de Fidel Castro... Yo sostengo que si este fuera, en realidad, el pueblo que soñó Martí, y el que se imaginó Castro en 1959, la revolución, que ofrecía un programa lleno de dignidad nacional y de rebeldía, habría triunfado y no habría hoy en Cuba un *período especial en tiempos de paz*...

—*Pero no se puede desconocer que la mayoría del pueblo cubano apoyó y sigue apoyando la Revolución...*

—Tengo que admitirlo porque la revolución dura. Es decir, esta ahí, viva. Y yo confieso que me sentiría muy triste si fracasa y cae. La idea de que aquí ocurra un vuelco y el trabajo de 35 años ruede por el suelo me angustia, a pesar de que no tengo nada que ver con la revolución ni voy a retornar a Cuba. Yo siento una profunda admiración por el ideario de Martí, y también admiro, sin duda, el esfuerzo extraordinario que ha hecho Castro por convertir este; pueblo en un gran pueblo, en el “fiel de América” que quería Martí. Ha logrado poner a Cuba en el mapa mundial, sin ningún género de dudas. Pero tengo poca fe en el pueblo cubano. La experiencia que he tenido con los cubanos que forman eso que llaman exilio no me deja espacio para ubicar la fe... Estoy seguro de que estas cosas que yo digo, en voz alta y públicamente, las piensan muchas gentes en la soledad de sus conciencias. No es, como dice Abel, cultura plattista. Es, tal vez, escepticismo. La única esperanza que me queda, en serio, es que la revolución evolucione, que la nueva generación ponga a un lado las utopías y avance sobre el futuro con un espíritu más crítico y sin renunciar a la dignidad nacional.

**E**n enero de 1958 yo estuve en Caracas y presencié todo el proceso de la caída de Pérez Jiménez. En honor a la verdad, tengo que decir algo. Cuando yo entré en Venezuela, el 23 de enero mismo de 1958, y después permanecí todo un mes escribiendo artículos para *Bohemia*, yo vi un pueblo disciplinado, cuidadoso, limpio, respetuoso de las regulaciones del tránsito, y vi como fueron llegando al país, en los días siguientes a la salida de Pérez, todos los grandes líderes de la democracia venezolana. Hablé con todos ellos. Betancourt, Caldera, Jovito Villalba, Larrazabal, los periodistas como Capriles, y muchos más. Cuando volví a pasar por Caracas a mediados del año 58, ya habían echado abajo todo el ordenamiento social construido por Pérez Jiménez. La ciudad de Caracas se había vuelto caótica, sucia, corrupta. Los venezolanos en las calles ya no respetaban nada. La basura inundaba las calles. El relajo era mayúsculo. No estoy defendiendo con esto a Pérez Jiménez. Estoy dejando constancia de un hecho que yo presencié con estupor.

Durante casi todo el año 58 estuve viajando por la América Latina entrevistando a dirigentes políticos y presidentes para *Bohemia*. Creo que hablé con casi todos los más importantes. En Colombia hablé con Laureano Gómez y Lleras Camargo. Con Aramburu en Argentina, con Kubischek en Brasil.

Pero el que más me impresionó fue un viejo increíble que se llamaba Luis Alberto Herrera. Era el jefe del partido Blanco del Uruguay. En el país, en aquel momento, había un gobierno colegiado de nueve presidentes y Herrera era uno de ellos. Casi siempre Herrera había estado en la oposición. En el momento en que yo voy a verlo ya tenía 85 años.

Voy a reproducir, más o menos, la entrevista que tuve con el viejo Herrera y que es, con algunas variantes, lo mismo que publiqué en *Bohemia* en aquel año de 1958.

Herrera vive en una casa absurda. Practicamente, se está cayendo. “A fines del siglo pasado, —me dice el secretario— cuando el doctor se casó, estrenó esta casa... Pasaron los años. Murió la esposa. El doctor está solo aquí... No se ocupa de arreglarla”.

Herrera ha sobrevivido a todos, inclusive a la vieja casa. En el país se hacen apuestas sobre si se muere o no. A Herrera no le importa. En las fatigosas jornadas del Consejo de Gobierno, cuando Herrera se dedica a su deporte favorito, que es enredar las cosas por burla, los otros ocho miembros lo miran ansiosos, casi esperanzados.

—¡No, no, no se hagan ilusiones! ¡No me muero! ¡No me moriré nunca! —exclama el viejo, mirándoles con ojos de malicia.

Y Herrera cumple sus promesas. Da a entender que es sordo, pero los que lo conocen bien dicen que no tanto. Su partido lleva casi noventa años en la oposición. Pero Herrera va y viene. Unas veces hace pactos con los Colorados y, de repente, los rompe. Dice cosas horrendas del gobierno. En el Consejo hace lo que le da la gana. Es arbitrario, irreal. Unas veces defiende ardorosamente un proyecto y, al día siguiente, vota en contra. Se vanagloria de no ser un hombre serio, pero el pueblo del Uruguay lo quiere. Es rigurosamente honesto. Hay que contar con él. Es el hombre parmanente-mente atravesado.

Invariablemente, Herrera asiste a todas las reuniones del gobierno. No falla nunca. Cuando los otros ocho miembros del Colegio entran en el salón, ya está allí el gigantesco anciano aguardándolos.

Pero hoy llueve, y no hay sesión. Herrera se ha quedado en la cama. Hace frío. El secretario nos anuncia, y desde afuera se oyen los gritos del anciano:

—¡Díles que ya me morí!

—Doctor, es que saben que no, que usted está aquí...

—¡Díles que yo me llamo Juan Pérez! No, no... Mejor, ¡díles que me llamó Juan González! —lo grita todo, porque el secretario y él juegan a que es más sordo de lo que realmente es.

—Es que, mire, doctor... Usted los citó.

—No, no, yo me morí ya... ¡Esto si es divertido! Y, oye, ¿qué cara tienen? ¿Parecen buenos muchachos? ¿Son cubanos, dices? ¡Pregúntales si les gustan los gatos!

Silencio del secretario.

—¡Nada, nada, ve y pregúntales si les gustan los gatos!

El pobre hombre sale del cuarto medio atolondrado.

—Dice el doctor...

—¡Sí, hombre, dígame que nos gustan los gatos!

Regresa alborozado.

—Doctor, dicen los periodistas que sí, que están encantados con los gatos.

—¡Esa es la gente que me gusta a mí! Que vengan para acá, que les voy a dar un abrazo.

Y entramos en la habitación, que es fantástica. Papeles, libros, colchas, vasijas de todas clases, cuadros semidestruidos, orinales, alfombras deterioradas, sillas cojas, polvo, paredes rotas. Un rastro. Y en la cama, sentado, un viejo enorme, muerto de risa, rebosante de alegría y de vida.

—¡Viva Cuba libre! ¿Cómo anda Máximo? —pregunta.

—¿Qué Máximo?

—Mi viejo amigo -Máximo Gómez, ¿cómo está?

—Murió hace medio siglo.

—¡No me diga! Pero si era un gran amigo mío... Yo lo conocí -en La Habana— era así, —como un indio, cetrino... ¿Así es que murió? ¡Todo el mundo se ha muerto menos yo.

—¿Y cómo anda Gonzalo?

—¿Qué Gonzalo?

—Gonzalo de Quesada, el amigo de Martí ¡qué fino muchacho!

—También murió...

—¡Pero, hombre, usted nada más que da malas noticias! ¿Qué pasa?

Balbuceamos cosas.

—Acérquense aquí, siéntese en la cama, déjeme verlo de cerca: Más cerca, no tenga miedo, si yo no muerdo!...

Viendo el espectáculo se imagina uno lo que debe ser este terrible anciano suelto en el superde-liberativo colegiado del Uruguay. Es difícil que el país pueda marchar ágilmente. Herrera es un humorista. Lo tiene todo tirado a la porra: la casa, la vida, el partido, el gobierno.

—Mire, ese que usted ve ahí es un senador... —me dice, como en secreto a voces señalando para el amable señor que está junto a él.

—Mucho gusto.

—Mucho gusto.

—¡Es decir, dice él que es senador! Yo lo dudo... ¡De qué medios se habrá valido para hacerse senador este tipo! Mire usted que yo, amigo de Máximo, verme obligado a tratar con estos Minimos... —y la risa le brota por todos los poros, incontenible.

El senador tartamudea cosas, se ríe, no sabe qué hacer. “¡Este doctor...!”

—Bueno, ¿para qué vienen ustedes? ¿Qué quieren de mí?”

—Verlo nada más... —le decimos, porque ya sabemos que es imposible hablar en serio.

—¡Pero hijo, si yo no sirvo para nada! Estoy en el desierto de la vida. Lo único que me queda es mi gato. Los gatos se parecen mucho a los hombres... ¡por lo menos en la mala entraña! Yo estoy sordo. Soy idiota. ¿No me ve usted la cara de cretino que tengo? No sé nada de nada.

A gritos le largo la pregunta sobre lo que piensa del gobierno colegiado. Y hace un gesto como mandando al dialbo al colegiado.

—¡Yo estoy por la reforma, mi viejo! Y lo digo porque lo siento. Yo no me ando con falluterías.

Eso no sirve...

Se ríe a carcajadas. El gato anda por debajo de la colcha, buscando calor. En una mesa un retrato de Mussolini y otro de Evita Perón, dedicados los dos. Guayo tira unas fotos. El senador dice que es impropio tomarle fotos al líder de esta reforma. Pero éste hace un gesto como aconsejándole que se esté quieto. Por último: "Eh, tú, no me cojas con la boca abierta! Sácame una fotografía seria, para la historia.

Hasta aquí la entrevista con Herrera. Al yo revisar este encuentro con aquel hombre, que me recibió en la cama, porque apenas si podía caminar, y era tratado por todos los uruguayos como una reliquia del pasado, yo me siento abrumado y hasta un poco desesperado. La razón es obvia. Herrera tenía en aquel momento 85 años y yo era un hombre de unos 40 años. Al entrar en la casa de Herrera sentí que estaba retrocediendo en el tiempo. Me estaba aventurando en un pasado remotísimo. Eso me parecía a mí.

Y lo que son las cosas. Maldita sea. Ahora yo tengo 85 años. También vengo del siglo pasado. Hablo y escribo de cosas que las gentes jóvenes consideran remotísimas. No soy todavía una reliquia porque camino sin bastón y ando por la calle y me queda algo de memoria y mala leche. ¡Pero que desagradable es tener 85 años! ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Es que se han olvidado de mí?

**T**odos los que vivimos en la isla durante los años anteriores a la revolución tenemos culpas. No hay inocentes. Todos, a todos los niveles, unos más y otros menos, nos doblegamos a la realidad del país. Son muy pocos los, políticos que se enfrentaron a la dura condición del protectorado que éramos y alzaron la voz para protestar. Y los que lo hicieron fueron barridos. En el periodismo la cosa era peor. Si te salías del carril te quedabas en la calle y estigmatizado. Era necesario andar con pies de plomo. Y era conveniente seguir la regla de San Ignacio. No bastaba creer en el superior sino que, además, era indispensable pensar como el superior. Tenía uno que incorporarse. Unos lo hacían con gusto, otros lo hacían a regañadientes.

Desde que yo me dediqué al periodismo, en los años 30, me gustó siempre hablar con los hombres del pasado. Creo que fue en Bejucal donde hablé durante varios días con un viejo médico increíble que se llamaba Zertucha Ojeda que había sido, precisamente, el médico de Antonio Maceo. Eso sería en los primeros años de la década del 40. El hombre me dio una visión muy certera de Maceo. De acuerdo con lo que él me declaró les habría sido difícil a los americanos conquistar la isla si Maceo hubiera estado vivo en 1998. "Fue una catástrofe la muerte de aquel hombre", me decía Zertucha. Zertucha, espectador de los primeros años de la república, pensaba lo que yo he llegado a pensar con los años. Que, con algunas excepciones, los hombres que habían estado luchando durante 30 años contra los españoles fueron flojos e ignorantes cuando tuvieron que enfrentarse a los americanos. Martí fue un admirable predicador, y dio el ejemplo al morir en su ley, pero no dejó muchos discípulos capaces de interpretarlo.

Yo hablé bastante con Carlos Mendieta después del golpe de estado del diez de marzo de 1952. Estaba retirado de todo. Le pregunté una vez que por qué no escribía sus memorias. Me dijo que no. Había tenido una historia política tumultuosa. Se arrepentía, al cabo de los años, haber caído en la trampa que le tendieron Batista y el embajador Caffery para instalarlo en la presidencia en 1934. Creyó que podría gobernar y, al revés, fue gobernado. Pero salió de la presidencia sin mancharse el plumaje. O, al menos, sin mucha mancha, porque el poder, en Cuba era siempre corruptor.

Yo traté, después del año 48, a Ramón Grau San Martín. Era un hombre inteligente y culto y creo que nunca se dejó manipular por los americanos. Al contrario. Hizo toda la resistencia que era posible hacer en aquellos tiempos. Tuvo un gesto que no se lo perdonaron nunca. No votó a favor de la partición de Palestina, lo cual era un interés muy particular del presidente Harry S. Truman. Se dice que la S de Truman quiere decir Salomón. Es decir, que tenía antecedentes judíos. Truman dio la orden, esa es la palabra, para que la colonia de Cuba votara en las Naciones Unidas, creo que en el Consejo de Seguridad, en 1947 o 1948, no recuerdo, a favor de la partición de Palestina. Grau se negó. Y Ernesto Dihigo, que era el delegado de Cuba en la ONU, pronunció un discurso brillante explicando las razones por las cuales votaba en contra. Las razones son las que hoy conocemos y que explican la constante guerra entre judíos y palestinos y el apoyo escandaloso de los Estados Unidos a los judíos. Todo lo que predijo Dihigo en su discurso se ha realizado. Pero Truman no le perdonó a Cuba aquel voto que lo obligó a tener que utilizar tres votos de la Unión Soviética. Aquel hecho explica, en cierto modo, las razones por las cuales Truman impulsó a Batista para que diera un golpe de estado el 10 de marzo de 1952.

Yo vine a conocer a Dihigo en Miami, poco antes de su muerte, hace apenas unos pocos años. Era un hombre muy lúcido y me habló bien de Grau.

Uno de los errores más graves de la revolución es haber estigmatizado a muchas gentes que merecían respeto por su conducta. Uno de esos fue Grau que murió en condiciones desastrosas. No se le hizo justicia a Grau. Fue, realmente, un precursor de la revolución. Y yo lo que entiendo por *revolución* es la ruptura de las ataduras con los Estados Unidos. Para mí la revolución no es el comunismo sino la independencia de Cuba con respeto al país del norte. Eso es lo fundamental.

Hay un hecho, aparentemente simple, que me impresiona mucho en los primeros días de la revolución. Habían empezado los fusilamientos. Un pelotón, creo que en Santa Clara, aunque no estoy seguro, llevaba al Coronel Cornelio Rojas al paredón y antes de ejecutarlo le preguntaron si quería decir algo. Sí, respondió, quería decir algunas palabras, antes de recibir los tiros. Y dijo esto, nada más: "¡Muchachos, cuiden la revolución!".

Yo me pregunto donde están hoy aquellos jóvenes firmes que fusilaron a Cornelio Rojas. Algunos deben estar en Cuba, más que nunca en sus ideales. No lo dudo. Otros deben estar en Miami, dedicados a combatir la misma revolución que fusiló a Cornelio Rojas. Y digo combatir en sentido figurado. Porque en Miami ya no se combate nada sino que se vive del cuento.

Ahora, en el siglo XXI, el pueblo de Cuba se enfrenta a una prueba que tiene la mayor importancia. Yo soy de los que han llegado a creer, partiendo de la experiencia de 42 años, que Castro no va a ciliar nunca su posición. Yo entiendo que **él es la revolución**. El es el motor que la impulsó y es el que la ha mantenido viva. Es una estupidez reprocharle que haya estado tantos años en el poder, como hacen los americanos y los personajes del circo de Miami. No tenía otra alternativa. Pero no somos eternos. En los próximos diez años, o quince, o tal vez menos, vamos a asistir, o asistirán otros, a la desaparición física de Castro y se intentará el proceso para institucionalizar la revolución. Eso quiere decir que se tratará de mantener el rumbo sin contar con la presencia de Castro. Esa será la prueba de fuego para el proceso vivido desde 1959. Ese será el momento en que se comprobará si la larga lucha de casi medio siglo, si el sistema de austeridad impuesto por Castro, se mantendrá sin grietas o se disolverá en un sainete de complicidades. Por lo pronto, el aparato de corrupción que existe en Miami, respaldado por los Estados Unidos, nunca ha ocultado su convicción de que **no Castro no problem**. Es decir, cuando desaparezca Castro, entonces ya no habrá problemas.

Yo no lo creo. Es decir, **yo tengo la esperanza** de que el proceso tomará otras formas, pero se mantendrá. El pueblo cubano ha cambiado mucho, por lo menos en sus clases dirigentes. Estos cubanos de ahora, por lo que yo he visto, no se parecen a los que yo conocí en el período anterior.

Tienen una visión más austera de la vida y han adquirido conciencia de su verdadera misión histórica. Millones de cubanos han podido irse al extranjero para buscar mejores condiciones de vida y han traicionado los ideales de la revolución, pero otros millones se han quedado en el país resistiendo a pie firme. Yo afirmo que la resistencia de los cubanos durante todos estos años no puede ser calificada de otro modo que como conmovedora. Este de hoy es un pueblo más serio. Se han marchado dos millones, y se marcharán muchos más, pero son más los que se quedarán para construir un mejor futuro. Esa es mi esperanza.

**B**ueno, y al final, ¿qué es lo que se saca en claro después de leer todos estos recuerdos entreverados con chismes? ¿Qué ha querido decir el autor? ¿Cuántas cosas no ha dicho, ya sease porque las ha olvidado o porque no le conviene, recordarlas? ¿Hasta qué punto el autor fue parte de las cosas que parece criticar? ¿Fue realmente un espectador gratuito o se benefició con las cosas que vio o que oyó y que calló?

Yo no tengo respuestas. Ciertamente que son preguntas muy apropiadas. Uno busca siempre la manera de disculparse poniendo distancia entre lo que critica, con supuesta objetividad, y uno mismo, situado en un inocente puesto de observación. De todos modos, ¿qué importa? Yo nunca fui funcionario público. Nunca ocupé puestos en ningún gobierno. Nunca aspiré a un premio literario. Nunca participé en ninguna conjura para despojar a nadie de nada. Nunca se me acusó de la muerte de nadie. No tengo nada **grave** de que arrepentirme.

Desde 1933, cuando apenas era un joven de 17 años sin cumplir, empecé a vagabundear por las calles de La Habana en tiempos en que a cada rato era necesario tirarse al suelo para huirle a las balas de los viejos *springfields* de los soldados. El único lugar seguro para sentarse a meditar era el Cementerio de Colón. O, tal vez, las bibliotecas. Aquel era un país de pillos afortunados. Si se compara la situación de los que éramos jóvenes en 1933 con la de los que hoy andan por la misma edad, más o menos, se verá que estos de ahora son más afortunados. Hoy hasta tienen la opción de agarrar una balsa e irse para los Estados Unidos y meterse a traficantes en droga o alcaldes, o cualquier otra cosa, mientras que en aquellos tiempos ni siquiera eso se podía hacer. Cuba era una encerrona. Era un pequeño país selvático donde la vida no valía nada. Era muy instructivo merodear en torno al necrocomio, que estaba en el Cementerio de Colón, porque se veían llegar los cadáveres de jóvenes acribilados a balazos. Hasta eso se podía hacer. Las autopsias eran casi públicas. Eran un espectáculo. Yo nunca podré olvidar la autopsia de Ivo Fernández Sánchez y un compañero, cuyo nombre no recuerdo, cuyos cuerpos jóvenes habían recibido una cantidad impresionante de balazos.

Hace años, en París, tomando café con Leonardo Fernández Sánchez, quien creo que después fue embajador de Cuba en algún país de Europa, yo le contaba que había visto la autopsia de su hermano cuando yo era muy joven y vi a Leonardo casi llorar.

A muy pocas gentes, salvo a algunos cubanos de la isla, les puede interesar este libro. Los extranjeros se pueden ahorrar la lectura. Digo que a los cubanos de la isla porque éstos, hoy, tienen la tendencia a sentirse insatisfechos porque carecen de algunas cosas. Si miran hacia atrás —y yo lo que estoy haciendo es mirar hacia atrás— verán que en mi juventud estábamos insatisfechos también, pero, además, estábamos humillados y ofendidos porque Cuba era un país miserable y sin esperanzas. Eramos víctimas, pero sin esperanza. Hoy Cuba, al menos, su juventud, puede alimentar algunos ideales. No hay nada más bello que poder participar en la construcción de un país libre. Los que se

declaran vencidos y huyen hacia el norte, donde están los enemigos de Cuba, no saben que al final los espera una gran desilusión.

**D**espués de casi cincuenta años de destierro, después de ver a mis hijos convertidos en extranjeros, después de ver las cenizas de mi mujer aventadas en tierra extraña, después de tener un nieto inglés, después de haber presenciado el increíble proceso de degradación que han vivido mis compatriotas en el extranjero, al servicio de causas innobles, entregados al fraude, y con el alma ensombrecida, después de esa experiencia yo puedo afirmar que la felicidad, suponiendo que exista, no está afuera, con las ventajas materiales que se puedan obtener sino adentro, en contacto con la tierra propia, y con honor. Son cosas abstractas. Pero todas las cosas que nos dan un poco de felicidad son abstractas.

En la Cuba en que yo viví, y amé, y sufrí, y hasta prosperé, el tema fundamental de la supervivencia era la complicidad. O te adaptas y entras en el juego o pereces. Algo parecido a lo que ocurre hoy en los Estados Unidos, que en eso no éramos diferentes. Pero en profesiones como la que yo escogí la adaptación era angustiosa. El periodismo tenía que trajinar diariamente con la realidad. Y la realidad era sucia y torpe. Se necesitaba mucho control o paciencia para no estallar. O se necesitaba mucha habilidad para protestar y hacerse respetar. Todo dependía, en última instancia, de la clase de persona que se era. O exigentes o resignados. O te conformabas con poco o no renunciabas a conquistar el cielo. En cuyo caso te condenabas al infierno.

En este libro yo he contado cosas que no tienen mayor importancia. Son experiencias vividas a través de los años. Son más las cosas que he olvidado que las que recuerdo, lo cual es natural a los 85 años. Pero esas cosas sirven para dar una idea de cómo era Cuba antes de la revolución. Toda revolución supone un corte brutal en el hilo de la vida de un pueblo. Se prohíbe mirar hacia atrás. Se crucifica el pasado. No es extraño que sea así. La revolución, siempre, es una operación hacia adelante. El pasado es un estorbo. Pero llega un tiempo en que hasta las revoluciones tienen que rescatar el pasado para fijar su importancia.

No se hace por decreto sino que es la ansiedad misma de las gentes la que obliga a mirar hacia atrás. Con casi medio siglo de ausencia de mi país, y con la experiencia de haber sido espectador de cosas que tienen relación con el país, yo tengo muchos recuerdos que sirven para dar una idea de lo que éramos. Es lástima que sea más lo que he olvidado que lo que recuerdo.

Hay algo que me alarma seriamente, aunque no creo que lo llegaré a ver. Hace algún tiempo, no mucho, hablaba yo con un hombre que presume de estar bien enterado (siempre hay cubanos bien enterados) y este me decía que ya hay funcionarios del gobierno americano que están sosteniendo conversaciones muy serias con elementos de alto nivel en el gobierno cubano.

—¿Y para qué? —le preguntaba yo al bien enterado.

—Bueno, para ver lo que van a hacer cuando Castro muera...

—Pero eso me parece una pendejada... —le dije.

Pero él me dijo que era así. Yo no quiero creerlo. Porque yo me pregunto, seriamente, si valía la pena hacer una revolución, mantener al país en pie de lucha durante tantos años, para después, cuando muera Fidel Castro, volver a discutir con unos americanos ignorantes lo que hay que hacer. Hombre, está claro. Lo que hay que hacer se cae de la mata. Volverle a entregar la isla a los americanos. ¿Es eso?

Yo no lo creo. Y tengo fe en que no, con lo cual corro un riesgo. Yo viví el pasado de Cuba como semi-colonia americana y me asusta la idea de que el destino vuelva a llevar al país a esa situación humillante.

¿Y cómo evitar ese destino manifiesto según algunos? Las nuevas generaciones cubanas ignoran lo peor del pasado. La revolución trató de borrarlo y casi que lo ha logrado. Pero esa ignorancia del pasado y del papel que jugaron los cómplices de Washington, a través de los años, es muy peligrosa. Yo noto en las gentes jóvenes de Cuba, en las gentes sencillas que no se dedican a la historia, una gran curiosidad por el pasado inmediato. Esto es, por lo que era Cuba antes de la revolución. Algunos, inclusive, influidos por gentes de otra época, han embellecido ese pasado. No hablemos de Miami, donde no solamente han re-construido un pasado maravilloso sino que además lo han dotado de héroes. ¡Qué maravillosa era Cuba cuando la dominaban los americanos! ¡Qué grandes sus hombres! Son gritos de admiración que suelo oír muy frecuentemente en Miami. Pero esa sensación se ha ido filtrando en las nuevas generaciones que viven dentro de la isla.

En el fondo, instintivamente, esa es la razón que me ha movido a contar cosas sobre las gentes que yo conocí en el pasado. Yo soy un testigo bastante imparcial porque no soy ni he sido nunca un miembro del gobierno cubano y aunque he ido a Cuba tengo discrepancias con sus orientaciones. Pero, a pesar de eso, es obvio que conservo vivo el amor a mi tierra y me preocupo por su futuro. A medida que avanzan los años y que la revolución va envejeciendo y que sus temas se van volviendo monótonos podría ir reapareciendo en Cuba el mismo espíritu que provocó, a partir de 1898, un cierto entusiasmo entre los cubanos **por ser americanos**. Uno de los personajes más típicos del exilio Cubano, Carlos Alberto Montaner, publicó un libro exigiendo que todos los cuhanos deben ser yanquis. En cierto modo, este Montaner me recuerda a aquel general español que dio un grito histórico reclamando la muerte de la inteligencia.

Pero este Montaner no es un caso aislado. El representa una corriente de opinión entre los cubanos del exterior, que viene dada por herencia, y según la cual todas las ideas sobre soberanía, autodeterminación, independencia con respecto a los Estados Unidos, son indeseables por un lado e irrealizables por otro. La convicción firme que tienen muchos cubanos y que han alimentado desde el siglo pasado, de que Cuba no puede ser otra cosa que un apéndice de los Estados Unidos, siempre al servicio de los intereses del país del norte, está hoy más metida que nunca en la conciencia de esos cubanos. Forma parte de la circulación de la sangre. Es difícil hablar con los cubanos del exilio sin que se plantee enseguida la inevitabilidad de la subordinación a los intereses americanos. La idea de una isla independiente, próspera, respetada, con plena autodeterminación, y además con excelentes relaciones con el vecino del Norte en un nivel de mutuo respeto, es rechazada de plano. Montaner, por ejemplo, con un descoco admirable, habla en defensa de la Enmienda Platt “porque era un práctico mecanismo para contener las convulsiones políticas que amenazaban la existencia de la república”. Montaner expresa su desprecio por la soberanía. “Es una vaga falacia”, dice. Cuba se americanizaba. “Cuba carecía de impulsos culturales autónomos”, explicaba. Todo era extranjero. El cubano era un ser culturalmente desvitalizado.

“Cualquier enérgica reclamación de **soberanía** no tiene otra explicación que la de la pereza intelectual de quien la hace”, dice en su libro-programa donde ofrece las **claves para una conciencia en crisis**. “La soberanía es un mito, un vicio del lenguaje. La independencia es una ilusionada quimera. Un país de las características sociales y culturales de Cuba no es otra cosa que un apéndice mimético de los centros creativos del planeta”. Obviamente se refiere a Estados Unidos.

Más adelante, Montaner propone desterrar la idea del nacionalismo. Hay que abandonar toda idea de anti-yanquismo. Ser antiyanqui es una forma de ser anti-cubano. Porque ya todos somos yanquis. Nunca, en sus relaciones con Cuba, han tenido los americanos un servidor más **leal** y coherente que

Carlos Alberto Montaner. Nunca en nuestra historia como pueblo se vio un caso tan ostensible de sometimiento a los intereses americanos. No hay un sólo autor americano que se haya lanzado a proclamar, en forma tan clara, la tesis de que los cubanos tienen que abandonar sus sueños de vivir en un país libre y soberano para convertirse en un barrio de la Florida. Yo me imagino que los propios americanos que manejan a Montaner deben sentir, en su fuero interno, una cierta repugnancia al contemplar el espectáculo de un hombre que va mucho más allá de lo que se le pide. El hombre quedará en la historia como un caso increíble de alabardero desbocado.

Pero, en rigor, lo que Montaner expresa en forma tan grosera, no es sorprendente para los que conocemos la historia de los entreguismos cubanos a través de la historia. Los que hemos presenciado el desarrollo de la comunidades cubanas en los Estados Unidos, sobre todo a partir de 1959, sabemos que Montaner es un intérprete de lo que se alberga en el alma de los cubanos que dejan la isla atrás y se americanizan.

En los 47 años que he estado viviendo en el destierro, sobre todo en los Estados Unidos, no he conocido un solo grupo de cubanos que no haya basado su estrategia política en la necesidad de provocar a los Estados Unidos para que intervengan en Cuba. La única excepción ha sido el propio Castro, porque él operó, desde el principio, con una tesis independentista y lo hizo en las entrañas del país. Desde los inicios se vio que el movimiento de Castro no fue contra Batista solamente sino contra el sistema y contra toda la estructura de poder político en Cuba, tal como se vio cuando rompió los nexos con todos los otros grupos que hablaban del llamado Pacto de Caracas, en 1957.

La estrategia de la guerra del 95, por supuesto después de muerto Martí, consistió en amenazar y dañar las propiedades americanas para que los americanos se metieran en el conflicto. Máximo Gómez en 1897 escribió la carta patética al presidente de los Estados Unidos pidiéndole que interviniera en Cuba. Calixto García, inocentemente, puso tropas a las órdenes del general americano que iba a dirigir la invasión por el oriente. Gómez se negó, indignado, a aceptar la independencia de Cuba, propuesta por el Gobernador Blanco, a cambio de unir sus fuerzas con los españoles para impedir que desembarcaran los americanos. Los liberales, en el 1906, inventan una sublevación para obligar a los americanos a invadir la isla otra vez. A lo largo del proceso de 1902 a 1959, la historia es siempre la misma. Llamar o provocar a los americanos para que invadan el país y saquen del poder a los adversarios. Hubo algunos amagos con Menocal, y hasta hubo algunos desembarcos. A Alfredo Zayas le pusieron un interventor. En el caso de Machado todas las fuerzas se aliaron para provocar la intervención americana. Lo destituyó un embajador, Sumner Welles. Luego impusieron a Batista. En el año 52 utilizaron otra vez a Batista para dar otro golpe de estado. Desde 1959 empezaron a conspirar para acabar con la revolución.

Todos los movimientos que se inician a partir de 1959 fueron preparados y financiados por los Estados Unidos. Los cubanos han actuado como marionetas. Y todos los esfuerzos de los cubanos han estado orientados en una sola dirección: provocar la intervención de los Estados Unidos.

La expedición de Bahía de Cochinos se suponía que no era otra cosa que una avanzada para llamar después a los marinos americanos. Cuando ya estaban vencidos, los invasores, desde la playa suplicaban que los americanos desembarcaran. Todo el odio de los cubanos, desde entonces contra Kennedy, se basa en que no quiso desembarcar tropas en Cuba. Todavía hay más, el asesinato de John F. Kennedy, en Dallas, en 1963, ha sido atribuido, por algunos investigadores, a las intrigas de grupos de cubanos que querían vengarse de él y, además, provocar la invasión de Cuba echándole la culpa a Castro. Todo eso es hipotético, por supuesto, pero está, en cierto modo, dentro de las líneas generales de la conducta de los cubanos desde el siglo XIX, siempre obsesionados por la idea de provocar la intervención de los americanos. Una de las hipótesis más difundidas sobre la voladura del crucero Maine, en 1898, gira en torno a lo mismo. Provocar la intervención de Estados Unidos. Lo

cual, si se viene a ver, lo lograron porque lo del Maine fue un buen pretexto para desatar una ridícula guerra que España no quería.

Con muy pocas, poquísimas excepciones, el cubano que desde 1959 se instaló en los Estados Unidos como emigrante disfrazado de refugiado político, se ha adherido a una tesis que se ha difundido aun entre los más humildes. Esa tesis es desoladora. La revolución cubana, dicen, ha demostrado que Cuba no puede sobrevivir fuera del marco del protectorado. Durante 42 años han estado martillando sobre estas gentes para establecer la noción de que Cuba tiene que volver a someterse a la supervisión americana. Los casi dos millones de cubanos que forman el núcleo de población proveniente de Cuba son decididos partidarios de alguna forma de subordinación al país del norte. No creen que es posible la existencia del país fuera del marco americano. Y los que llegan, los que acaban de llegar, tienen muchas dificultades para no acomodarse al criterio de la mayoría.

Hay algo fatal y extraño en la conducta de los cubanos. Un hombre se puede pasar 40 años compartiendo, dentro de la isla, al servicio de la revolución, a veces en posiciones responsables, las ideas que forman el núcleo central del movimiento de liberación que existe en la isla, y de pronto, un día, da un salto y se convierte en desertor y es acogido con los brazos abiertos en Miami y empieza entonces a desenrollar el ovillo de su vida y a negar todas las creencias que lo habían sostenido espiritualmente durante años. Después se une a los grupos de Miami, o se mete en los periódicos y se convierte en una fiera combatiendo lo que antes defendió. ¿Cómo se puede explicar esto si no es por la existencia de una deficiencia profunda y angustiosa en el carácter del cubano? Al desaparecer los fundadores iniciales del anticastrismo financiado por los americanos en 1960, los que han venido a llenar el vacío son los desertores del castrismo. Otra masa enorme de gentes infelices que han huido de la isla en busca de mejores condiciones de vida y aprovechando las ventajas que se les ofrecen en lo que llaman exilio, ha renunciado a su condición de cubanos y se afilia a las ideas que están de moda en Miami y que se difunden por la radio.

Es obvio que estas gentes han roto definitivamente sus vínculos con la tierra en que nacieron. No regresarán nunca, a no ser como turistas. Se han segregado del tronco nacional. Pero, de todos modos, eso que se podría llamar la **Cuba portátil**, o Cuba de repuesto, que los americanos empezaron a organizar hábilmente desde 1959, y que hoy cuenta con un par de millones de seres humanos regados por todos los Estados Unidos, representa un peligro para la nacionalidad cubana. Ahora lo es, pero lo será más cuando desaparezca Castro y una nueva generación haga acto de presencia en el escenario.

No es posible ni siquiera imaginar como seguirá creciendo esa **Cuba portátil** en los próximos años. Esas masas cubanas que se han instalado en el sur de la Florida, y que siguen avanzando hacia el norte, con gran disgusto de los habitantes de la península, tal vez llegarán a tener la misma fisonomía de las poblaciones de origen mexicano que se encuentran en los estados aledaños a la frontera. Las tendencias son las mismas. Por un lado, las nuevas generaciones pierden la lengua española o la conservan muy mal. Por el otro, poco a poco se van desentendiendo del país de origen. Pero lo que no se va a borrar de la mente de los cubanos de la isla, en el presente y en el futuro, es que existe un camino hacia el norte que lo lleva a una prosperidad ilusoria. México, a lo largo de su frontera con los Estados Unidos, nunca ha podido, y tal no ha querido, impedir el trasiego de los que allí llaman braseros.

Es evidente que las relaciones de Cuba con los Estados Unidos nunca volverán a ser iguales a las que existían antes de la revolución. La presencia de una comunidad cubana mayoritaria al otro lado del Estrecho de la Florida será lo que marque la diferencia. Esa masa, lamentablemente, va a pesar en el destino de Cuba.

Conocí a Guillermo Alonso Pujol cuando ya era vicepresidente en el gobierno de Carlos Prío. Tenía fama de ser un hombre inteligente. Tal vez porque, de vez en cuando, introducía en sus discursos y artículos alguna que otra frase en latín. Yo creo que Alonso presumía de ser el heredero intelectual y político de Orestes Ferrara. Lo cual me parece dudoso.

Creo que fue en el 49 o tal vez en el 50 que Alonso me llamó y me citó para su casa en Miramar. En una época, quien le hacía los discursos era Juan Antonio Rubio Padilla. Después fue Miguel de Marcos el encargado de ese departamento de la oratoria y las declaraciones. Creo recordar que se disgustó finalmente con Miguel.

La cita mía con Alonso fue por la noche en su casa, que estaba a la entrada del reparto Miramar, creo que en la calle 8, o algo así. Me recibió un criado y me dijo que el doctor me estaba esperando y entonces me llevó directamente a la habitación de Alonso.

—Sientese, por favor, el doctor enseguida estará con usted...

Desde un lugar que parecía el baño salió la voz del vicepresidente:

—Ortega, un momento nada más, que estoy haciendo algo que nadie puede hacer por mí...

Estaba defecando, para decirlo de un modo elegante. Al cabo de un rato salió del baño con rostro placentero. Siempre que uno defeca con felicidad, suavemente, sin contratiempos, algo se refleja en el rostro. Estaba en calzoncillos.

Fue muy amable conmigo Alonso. Quería conocerme. Me hizo elogios. Y me hizo muchas historias, porque tenía buena memoria.

Me contó, por ejemplo, que durante el escándalo de los bonos, en que se había visto envuelto hacía años, él había ido a ver al que entonces era Coronel Batista y le había llevado un sobre con una cantidad respetable de dinero proveniente de los bonos.

Alonso parece que no conocía todavía muy bien al Coronel. No sabía si franquearse con él y darle el dinero o simplemente irlo tanteando para ver hasta donde podía llegar. Batista todavía presumía de ser un militar honesto. “Pundonoroso”, como se decía en Cuba.

—Coronel, usted sabe lo de los bonos... Han habido muchas malas interpretaciones, pero en realidad fue un negocio decente, bueno para el país... —le dijo Alonso.

Batista lo miró severamente. Alonso estaba cortado. “¡Carajo, habré metido la pata con este hombre?”, se preguntaba.

Entonces se decidió. Sacó del bolsillo un sobre lleno de billetes y se lo puso sobre la mesa.

—Coronel, quiero contribuir a las obras...

—¿Qué es eso que usted me da ahí? —preguntó Batista con voz que parecía irritada.

Alonso sintió frío en el espinazo. Batista parecía disgustado. Casi ofendido. Entonces Alonso, tímidamente, hizo ademán para recoger el sobre.

—¡Deje eso ahí! —casi gritó el Coronel.

Y a continuación tocó un timbre. Al poco rato se apareció en el despacho el Coronel Mariné.

—Coronel, tome ese sobre y reparta lo que contiene entre los muchachos... —ordenó Batista.

Y Alonso se reía a carcajadas recordando el susto que había pasado. A partir de entonces, Batista y él se entendieron muy bien. No hubo secretos.

El vicepresidente me hizo muchas historias del pasado. Me habló mal de muchas gentes que habían entrado en el negocio de los bonos. Yo nunca supe que había sido lo de los bonos, pero parece que se trataba de un escándalo mayúsculo en el cual una cierta cantidad de gentes importantes se habían cogido varios millones. Me mencionó algunos nombres. Puso énfasis en señalar que Carlos Márquez Sterling había entrado en el fraude.

Esa noche estuve hablando mucho rato, varias horas, con Alonso Pujol. Era inteligente. Hablaba bien. Tenía un cierto cinismo que contrastaba con la hipocresía de los políticos cubanos. Hablaba

maravillas de Ferrara. Creo que se consideraba como su discípulo. Me habló horrores del presidente Prío. Yo salí muy impresionado de la entrevista. Acostumbrado al rastacuerismo de los políticos cubanos, Alonso me sorprendía por su conocimiento del pasado de Cuba y por su expresión culta. Era evidente que Alonso quería impresionarme, tal vez para usarme.

Varias semanas después me volvió a llamar y volví a visitarlo. Me dijo exactamente las mismas cosas que me había dicho en la primera reunión. Era como un disco. En las siguientes reuniones ocurrió lo mismo.

Alonso tenía un repertorio de frases, anécdotas, comentarios, juicios históricos, etc., y se los endilgaba a todo el mundo. La primera impresión era buena. Pero después uno se daba cuenta de que el hombre era un fraude. Era casi un actor. Se sabía su papel muy bien. Yo creo que Alonso, pensó que me había conquistado. Hasta un día en que me enteré, por el abogado Vidaña, que José Manuel Alemán lo había nombrado, al Vice, albacea testamentario. Alemán acababa de morir y el ejecutor de la herencia iba a ser Alonso Pujol. Evidentemente, se iba a meter una buena parte de la enorme herencia. Alonso mantenía un secreto riguroso.

Pero yo le publiqué la noticia, en cuatro o cinco líneas, y sin comentarios. Era suficiente. Las gentes se dieron cuenta que algo iba a ocurrir con la fastuosa herencia.

A los pocos días murió mi padre. Estábamos en los primeros días de noviembre de 1951. Esa noche yo estaba en la funeraria. Entonces vino Humberto Medrano, muy ceremonioso, y me entregó mil pesos. "Una ayuda nuestra para los gastos del funeral", me dijo. Aquello me extrañó. Un rato más tarde me dijo lo siguiente: "Mira, Luis, dice Sergio que no toques más el asunto de Alonso Pujol, porque ya yo hablé con él

—¿Hicieron algún arreglo con él sobre la herencia?

—Sí, nos dio diez mil pesos.

Yo sabía que Carbó no había intervenido en aquello. Se trataba de un arreglo que había hecho Medrano con Alonso Pujol y le preocupaba que yo volviera a mencionar el caso. Luego supe, por el abogado Vidaña, que asesoraba a la viuda de Alemán, que Alonso se había quedado con unos tres millones.

Todavía estaba insepulto el cadáver de Alemán cuando Alonso, y la viuda, fueron a Nueva York al banco donde Alemán tenía una caja de seguridad. Entró la viuda con el albacea. Sacaron las varias cajas de dólares que tenía Alemán allí y empezaron a contarlos. Y la viuda veía según me contó Vidaña, que Alonso iba separando un montón de dólares aparte. Se trataba de millones.

Al final, ella empezó a meter el dinero en un maletín.

—¿Y esa parte, Guillermo, no la metemos aquí?

—No, ésa es la parte mía... —respondió Alonso fríamente.

Ella protestó suavemente. Entonces él le dijo que era necesario evitar problemas porque el departamento de impuestos de los Estados Unidos podría ponerse a hacer reclamaciones, etc. Y todo quedó así.

Al ocurrir el golpe de estado del 10 de marzo de 1952 fue evidente, al menos para mí, que Alonso estaba en la conjura. Batista quería obligar a Prío a renunciar y que Alonso, como Vice, tomara posesión del cargo, para de este modo celebrar las elecciones programadas para junio. Batista estuvo buscando al Vice toda la mañana del golpe para instalarlo en la presidencia. Pero Alonso se escondió. Se asustó. No le había informado a Prío del plan de Batista y después quedó mal también con Batista.

Sin duda, Alonso Pujol fue un personaje extraordinario. Tenía una buena fachada de estadista, sin serlo. Y tenía un repertorio que cada vez que lo soltaba delante de alguien dejaba la impresión de que era un hombre con ideas brillantes y un conocedor profundo de los entretelones de la historia de Cuba.

En 1961 recibió un susto muy fuerte. Su hijo Jorge cayó preso en la invasión frustrada de Bahía de Cochinos. Alonso era un buen padre. En los primeros días, después de la invasión, se dijo que Castro le iba a fijar un precio a cada uno de los presos. Cien mil para los ricos, cincuenta mil para los menos ricos, y así en una escala. En Miami se empezó a organizar un movimiento para recaudar fondos. Alonso estaba viviendo en Fort Lauderdale y se reunía allí con los familiares de los presos. Fueron días de mucha agitación. En aquellos días yo estaba publicando en Miami un diario que se llamó *Popular* y que duró poco porque era demasiado polémico. Yo publicaba todos los días la lista de los que iban a entregar dinero para el rescate. Un día se me ocurrió una fórmula brillante. Publiqué que Alonso Pujol estaba dispuesto a donar todo el dinero que se necesitaba para rescatar a todos los presos. Dije que el hombre, en un gesto patriótico, “iba a sacrificar sus millones en el altar de la patria” usando el mismo lenguaje al que Alonso estaba acostumbrado. Lo que ocurrió fue muy cómico. Todos los cientos de familiares de los presos corrieron hacia Fort Lauderdale y le pusieron sitio a la casa de Alonso para alabarlo y darle las gracias por su generosidad. Entonces decidió salir huyendo para Panamá. “No sé si matarlo o irme de aquí”, le dijo a Lomberto Díaz, refiriéndose a mí, indignado por lo que había publicado. Poco después, Alonso, según se dijo, fue a Cuba, habló con Fidel, y se llevó a su hijo. Precisamente, lo que salva a Alonso Pujol fue esa ternura que sintió por sus hijos.